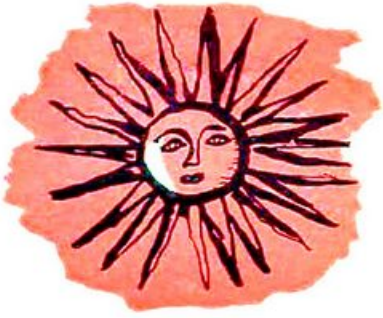
SOL Y LUNA



10

BUENOS AIRES
1943

SOL Y LUNA

DESPLEGADO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DIRECTORES

Juan Carlos Goyeneche *Mario Amadeo*

Secretario

José María de Estrada

CONSEJO DE REDACCION

Ignacio B. Anzoátegui
Alberto Espezel
Santiago de Estrada
Máximo Etchecopar
Leopoldo Marechal
Mario Mendióroz
César E. Pico

Registro Nacional de la Propiedad
Intelectual Nº. 54730.

Se ruega dirigir la correspondencia a SOL Y LUNA,
Pueyrredón 1777 - Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SOL Y LUNA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA

DESPLEGADO

10

BUENOS AIRES
1943

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SUMARIO

El Hidalgo, por *Alfonso Valdecasas*

Sonetos, por *Diego Navarro*

Crisis de la obra de arte, por *Máximo Etchecopar*

A Adriano del Valle y Rossi, por *Fernando de los Ríos y de Guzmán*

El espíritu de la Filosofía Tomista, por *Octavio Nicolás Derisi*

Cuento viejo catamarqueño, por *Adela R. L. de García Mansilla*

Don García Hurtado de Mendoza, por *Luis G. Villagra*

FLOR DE LEER

Cancionero de Uppsala

La Ville, por *Paul Claudel*

La compra de la república, por *Giovanni Papini*

LIBROS

La cultura del renacimiento en Italia, de Jacob Burckhardt, por *Alberto Espezel*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HOMENAJE

LA sabiduría antigua definía la política como el arte de lo posible. Con las posibilidades termina el hacer del político; la causa comprometida no cuenta con él para sustentarse. Pero sobre las ruinas de las posibilidades subsiste el amor. El amor del patriota se aferra más allá de todo cálculo y aún de toda esperanza. Porque la política es humanamente eterna y la patria no. Porque la política es una forma de inteligencia y la patria es una forma de vida. Y siempre habrá hombres para quienes

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

esa forma de vida valga tanto como la vida misma, y esos hombres son los patriotas.

Un hombre de este cuño, un amador de su patria y de nuestra patria grande por encima de todo cálculo y de toda esperanza, eso fué antes que nada Carlos Pereyra. Su talento de historiador se le dió como egregia añadidura de ese inagotable amor que habría de impregnar a toda su obra de calidad militante. Porque como pocos supo realizar la inaudita hazaña de aunar el calor de la pasión con la más perfecta lucidez de la inteligencia. Que ni por un instante su acendrado amor por Hispano-América y por la obra de España en América le ocultaba las debilidades de la una o los errores de la otra.

Fué así este émulo de Maurras y de Bainville quien, con la lección de las cosas, nos revelara desde nuestro pasado la misma elevada ambición de un destino histórico que nos arrebataba en la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

inflamada oratoria de José Antonio Primo de Rivera.

Retengamos hoy como homenaje último la lección de su fidelidad inquebrantable a ese destino anhelado y sustentado contra la apariencia
o la evidencia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL HIDALGO

AL tratar del hidalgo no pretendo hacer historia o investigación literaria. Creo que el tema no está relegado a la erudición de lo pretérito, sino que puede tener un valor y un alcance actual. En el tipo de hidalgo español se dieron, encarnados históricamente, valores que pueden y deben volver a encarnar en la Historia. Y la raza que los produjo no está exhausta. Esta creencia mía no es de ahora. Hace años señalé que la trayectoria seguida por el mundo moderno con el desarrollo del capitalismo y el socialismo, nos había dejado reducidos a ser burgueses o proletarios, dos tipos que en su aparente oposición radical tenían de común, externamente el definirse por un criterio de nivel económico; internamente, el ser entes proyectados hacia un egoísmo privado o de clase, desentendidos de las grandes virtudes públicas, desarraigados de la tradición histórica. Yo observaba que ni el burgués ni el proletario habían sido creación española; al contrario, el espíritu de España era hostil a estas dos figuras y la creación humana de España, con alcance universal, fué la del hidalgo, quien

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

para serlo no necesitaba encontrarse en posesión de determinados bienes económicos, porque su superioridad social se fundaba en su vida ejemplar, en su valor, y en sus virtudes.

Es notorio que el mundo actual tiende a la liquidación de esos tipos que hasta aquí prevalecieron: burgués y proletario. Lo es también que la mejor ambición que podemos tener es la de crear un nuevo tipo humano más noble y perfecto que el que existió hasta aquí. Ese anhelo de una renovación del hombre juntamente con el anhelo de una renovación del ser hispánico nos hace volver los ojos al tipo humano ejemplar, el hidalgo, que España ha producido. Por ello, al tratar del hidalgo creo ofrecer indirectamente algún aspecto del ser y de las aspiraciones de los españoles de hoy. Claro que hay que buscar los rasgos del hidalgo allí donde se encuentra plenamente realizado, en la época clásica de España y en los testimonios que de ella nos quedan: los clásicos de nuestra literatura; pero no es posible, apurar su doctrina. Para lograr entenderlos el criterio, más que un saber erudito se ha de apoyar en el propio espíritu de español. Si nuestro ser de españoles responde al ser de la Patria, nuestra versión del hidalgo será fiel a la verdad.

Son varios los pueblos que han logrado crear un tipo de hombre representativo que podía erigirse en modelo y norma de perfección nacional: el "kalos kagathos" de la Grecia clásica, el hidalgo español, el cortigiano del Renacimiento italiano, el gentilhomme francés, el gentleman inglés, el Junker prusiano, el samurai del Japón... Sería fácil mostrar las analogías que existen entre esos tipos. Más o menos logrados, todos expresan o encarnan

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lo que llamamos nobleza. Los más de ellos solo representan un sector restringido y cerrado de la sociedad. El cortesano por ejemplo sólo brilla en la reducida constelación de cada Corte renacentista. El hidalgo, en cambio, tiene anchurosos campos de acción y ejemplaridad. Más adelante veremos en qué consiste esta capacidad expansiva del tipo del hidalgo; ahora solo quiero observar que si los otros tipos tienen un ámbito restringido, no se debe, tanto a que sus virtudes sean distintas, cuanto a su propio sentido y propósito de reducirse a figuras de una minoría cerrada. Por ejemplo, (Menéndez Pidal lo ha demostrado) las dos características principales de la figura del *cortigiano*, a saber: la *desenvoltura* y el ser *esforzado* en armas, son, en concepto y palabra, de origen español, que es tanto como decir que tienen raíces comunes con las del hidalgo. No en vano para Baltasar Castiglione los españoles eran los "maestri de la cortegiania". Pero, en cambio, lo que hace el ser del cortesano es su limitación en su mismo fin: "quiero —dice Castiglione— que el cortesano se dé con todo su corazón y pensamiento a amar, y casi a adorar, sobre toda otra humana cosa, al Príncipe a quien se debiere, y su voluntad y sus costumbres y sus artes todas, las enderece al placer de él". He aquí un quehacer a que no pueden ni deben entregarse sino muy escasas personas y en el muy restringido grupo social que forma la Corte y séquito de un Príncipe.

El que es hidalgo a secas, tiene otra hechura y horizontes. Vive más desde sí y más para todos que el cortesano. Desde luego también es fundamental para él la relación con su Rey o señor. Dará por él sus bienes y su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vida, pero ciertamente nada más lejos del hidalgo que esa consagración absorbente y minuciosa al placer del señor que caracteriza al cortesano.

De las figuras antes enumeradas sólo el "gentleman" tiene, en cierto modo, la misma universalidad que el hidalgo y es, junto con él, la más conocida, entre otras razones, porque hidalgo y gentleman han correspondido a dos grandes creaciones imperiales. En la figura del gentleman influyen también rasgos del hidalgo que toda Europa había admirado como ejemplares. Junto a esta analogía diferencias profundas les separan. El gentleman no madura hasta mediados del siglo XIX y los elementos peculiares de su evolución son propios de la Edad Moder; el hidalgo alcanza su plenitud de expresión en los siglos XVI y XVII, y se nutre en gran parte de principios y costumbres medievales.

La referencia al gentleman nos servirá, pues, repetidamente, de elemento de contraste para destacar la figura del hidalgo español.

Acabo de decir que éste hunde sus raíces en lo profundo de los tiempos medievales. En el primer gran testimonio de nuestra poesía "El Cantar de Mio Cid" en el siglo XII, aparecen ya los hidalgos: "Alegre fué el Rey non viestes atanto, mandó cabalgar apriesa todos sus fijosdalgo" (v. 1831-2).

Y se dice de la mujer del Cid "membrada fijadalgo" o de las hijas "ambas son fijasdalgo" (v. 210, 2235; cfr. 1565). Todavía más remotamente cree Menéndez Pidal encontrar esta palabra "latinizada en forma extraña" en el siglo X en una sentencia de Bermudo II de León, año 985: "fili bene natorum".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Efectivamente, "hijo dalgo", es tanto como hijo de bien. "Algo" (según la partida II, título 21, ley II) "Quiere tanto decir, en lenguaje de España, como bien; por eso los llamaron fijosdalgo, que muestra a tanto como fijos de bien". Las Partidas nos informan de como se concebía el origen de los hidalgos. Fué este la guerra y su ejercicio, pues para combatir se reveló que importaba más que la fuerza o la ferocidad u otras aptitudes, el que quienes lo hacían fueran "hombres que hubiesen naturalmente en sí vergüenza... que la vergüenza veda al caballero que huya de la batalla". Estos eran los escogidos y luego, según nos cuenta tiempos después el "Victorial" o Crónica de Don Pero Niño "tomaban sus hijos e criábanlos muy honradamente e dábanles lo de sus padres. Hacíanles usar aquel mismo oficio que sus padres usaban e llamábanlos hijos de bien. A otros cambióse el nombre e llamáronlos hijosdalgo, que quiere decir hijos de bien e hijos de aquel linaje bueno, de aquéllos que siempre fueron buenos e hicieron bien".

Una nota se destaca por lo pronto, en esta explicación literal del significado de la palabra "hidalgo": la referencia a un pasado, una sucesión, una continuidad. El concepto de "hidalgo" está radicado en el tiempo. En cambio el "gentleman" el "hombre gentil" o de gentes, se caracteriza por la exterioridad y por el espacio. Ciertamente la raiz originaria de la palabra ("gens" "generosus") alude también a una proveniencia, a un proceso temporal, por tanto. Pero mientras en la hidalguía esta noción es fundamental y viva, en la "gentlemanerie" desaparece la noción temporal y queda sustituída por la noción espacial, mundanal, de don y trato de gentes. Es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te predominio del carácter espacial, se revela claramente en que "gentleman" no lo hay sin un *buen exterior*. En cambio, en el hidalgo, el buen exterior tiene importancia, mas no como esencial, sino, simplemente, como atributo conforme a su esencia.

Ortega y Gasset ha dicho en su "Meditación de la técnica" que el "gentleman" se caracteriza por no ser un heredero. No demos a esta frase alcance absoluto, pues si así fuera el tipo del "gentleman" no sería humano. Como ha expuesto el mismo Ortega, es constitutivo del hombre a diferencia de los animales, el ser quiéralo o no, heredero de un pasado. Ortega y Gasset, al decir que el "gentleman" no es heredero, lo que expresa es que no aparece en la vida social como titular de una posición y un poder ya adquiridos por sus antepasados... mas la noción de herencia no supone sólo una posición y unos derechos recibidos sino también unos deberes, una responsabilidad y un ejemplo a seguir.

Uno de los clásicos españoles de la literatura militar, Diego Núñez Alba, en sus "diálogos de la vida del soldado" escritos hacia 1551, plantea una cuestión del mayor interés. ¿De dónde les viene a los nobles linajes que sus miembros sobresalgan en valor y virtudes? ¿A qué se debe el que uno tras otro, los individuos de un linaje se acrediten en las mismas pruebas de esfuerzo y servicio? El diálogo se desarrolla entre dos personajes: Milicio, el veterano, que adoctrina, y su interlocutor, Cliterio, que pregunta. ¿A qué se debe esto? ¿Es que los nobles linajes "lo heredan con la sangre o lo maman con la leche"? Milicio no se decide a tratar a fondo la cuestión: "Dejemos esta materia —dice para concluir—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a los que tienen el cuidado de investigar las causas de las cosas humanas". Pero antes ha sentado terminantemente que no es por ninguna razón natural como pueda ser la sangre, sino que "si viven más noblemente es por la obligación y por la costumbre en que se crian y porque ponen las de ellos obras por dechado delante de sus ojos para imitarlas. Esta es la razón de que vayan las armas pintadas en escudos, para que, viéndolas los descendientes, les venga a la memoria la manera con que sus antepasados las ganaron y sepan que son obligados a no degenerar de la virtud de aquellos cuyos hechos las armas representan".

Así, pues, si el hidalgo es heredero, lo que hereda ante todo son obligaciones. Es un pensamiento constante en nuestros clásicos, que el ser hijo de algo o de bien, es, ante todo, una fuente de deberes. Sólo al cumplirlos se merece realmente, ser llamado hidalgo. En cambio, el que no se comporta en la forma a que le obliga el ejemplo de sus mayores es doblemente vil y despreciable.

En este terreno, a lo largo de los siglos y a pesar de la inevitable transformación de las creencias sociales hay en el pensamiento español como un "eje diamantino" inconmovible que, esquemáticamente, podríamos formular así:

1º La nobleza no consiste sino en la virtud. Donde haya o pueda haber virtud habrá o podrá haber nobleza. Toda otra condición es secundaria.

2º La ascendencia noble no arguye nobleza, sino obligación de ser noble y, a lo más, un crédito de confianza: se espera un noble comportamiento de quien tal ascendencia tiene.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3º La virtud se prueba por las obras, como por los frutos se conoce el árbol. Por consiguiente cada cual es hijo de sus obras.

4º Las obras consisten en la acción esforzada, no en el resultado ni el buen éxito.

Ilustraré esta tesis con algunos textos característicos. Podrían aducirse otros muchos, igualmente significativos.

Nobleza y virtud. El pensamiento español mantiene la misma creencia de la Grecia clásica que identifica nobleza con virtud.

El concepto de virtud conserva el vigor original de la Areté: virtud es fuerza. Este carácter energético de la virtud no mengua, antes al contrario, se enriquece con la idea cristiana. La doctrina de las virtudes cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza, y Templanza, desempeña un papel importante en la concepción de la nobleza y la hidalguía. Estas virtudes son sustancialmente las mismas que Platón analizó en su "República". A ella se incorporan las virtudes teologales acentuándose como virtud esencial, generosa y creadora, la Caridad. "¿Qué es noble e nobleza?" pregunta el "Victorial" y responde: "Que haya el corazón ordenado de virtudes". "El buen caballero virtuoso conviene que sea cauto e prudente, e que sea justo judicante, e que sean atemperado e mesurado, e que sea fuerte e esforzado; e con estas que haya gran fe en Dios, e esperanza de la su gloria, e que habrá galardón del bien que hiciere, e que haya caridad e buen amor a las gentes."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La nobleza consiste en la virtud y ningún título ni posición social, por altos que sean, podrán suplir la falta de virtud. Fernando del Pulgar el autor de los "Claros varones", cronista de los Reyes Católicos, que ocupa un puesto preeminente en su Corte, contesta a Don Pedro de Toledo, amigo suyo y Canónigo de Sevilla, que le preguntaba qué tratamiento debía darle: "E pues queréis saber como me habéis de llamar, sabed señor, que me llaman Fernando e me llamaban e llamarán Fernando e si me dan el Maestrazgo de Santiago también Fernando: porque de aquel título e honra no quiero arrear que ninguno me pueda quitar e también porque tengo creído que ningún título pone virtud a quien no la tiene de suyo."

Reiteradamente formula Cervantes el principio: la nobleza, la honra, el ser hidalgo consiste en la virtud: "la verdadera nobleza consiste en tu virtud" (Don Quijote, parte I, Capítulo XXXVI); "las virtudes adoban la sangre" (parte I, Capítulo IV): "la honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso" (parte II, Capítulo XXXII).

Ha observado Vossler que en la España de los tiempos de Lope de Vega la diferencia entre ricos y pobres no se tenía por factor permanente del régimen social sino por cosa transitoria, compensable en todo momento por las diferencias éticas y sociales de lo noble y lo vil, lo alto y lo bajo..." Es corriente, en efecto, la figura del hidalgo pobre y no por ello mengua su hidalguía o su honor. Es más, en la significación estricta de la palabra el hidalgo no puede ser rico. En sentido lato hidalgo es todo hombre noble; así la definición de las Siete Partidas citadas antes. Con ser hidalgo se tiene igualdad esencial

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con todos los que lo son. "Un hidalgo no debe a otro que a Dios o al Rey nada", dirá el escudero de "El Lazarillo de Tormes". Respecto de esta igualdad las diferencias de jerarquías que se establecen dentro de la nobleza son secundarias. "Hidalgos como el Rey, dineros menos" será una de las fórmulas proverbiales para expresar esta igualdad. Más aún el concepto de hidalgo se erige en concepto ejemplar y, como en el apóstrofe de Arias Gonzalo en uno de los romances del cerco de Zamora, incluso al Rey se le puede poner ante los ojos la hidalguía como modelo de la conducta que se debe seguir y como reproche si no la observa:

"que no hace el rey como hidalgo
en quitar a Doña Urraca
cuanto su padre le ha dado."

Mas ya en la jerarquía nobiliaria la palabra hidalgo en sentido estricto, designa el estado inferior de nobleza. Así, en la Edad Media forman los hidalgos el tercer estado bajo los ricos homes y los infanzones. En el Siglo de Oro el hidalgo es más precisamente hombre noble de modesta posición económica. En este significado se opone a caballero empleado también estrictamente. Así según la sobrina de Don Quijote, la mayor locura en que da su tío es "imaginar que es caballero no lo siendo porque aunque lo pueden ser los hidalgos no lo son los pobres".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Virtud y sosiego. La historia literaria ha llamado la atención sobre un comportamiento característico del caballero español del Siglo de Oro y que recibió el nombre de *sosiego.*

En otra ocasión he mostrado que sosiego sólo puede haberlo donde hay una gran energía en potencia. Es capaz de sosiego el mar, porque es capaz de tempestades; pero la mísera charca de aguas estancadas no lo es. Esta imagen nos revela el sentido íntimo del sosiego. A primera vista "sosiego" solo parece expresar una situación, una exterioridad; pero lo exterior en todo lo que afecta al hidalgo, es expresión de espíritu. El sosiego es la plenitud lograda y armoniosa de dos virtudes: la fortaleza y la templanza. Estas dos virtudes se requieren mutuamente para ser perfectas, pues la verdadera fortaleza no es aquella inestable que se puede disparar violentamente en cualquier momento, sino la que, siempre dominada y medida, sólo se desencadena cuando es preciso. E, igualmente, la templanza no es real ni es virtud sin el supuesto complementario de una gran fuerza que ha de ser templada.

Si el sosiego se sitúa por los investigadores en nuestro Siglo de Oro sus raíces son mucho más antiguas. Equivalen al sosiego todas aquellas expresiones que reflejan dominio de sí, compostura, continencia, comedimiento, discreción, mesura, etc., etc. Quien esté algo familiarizado con la literatura española sabe como abundan en ella estos términos y otros sinónimos.

En sus "Estudios de problemas contemporáneos" observaba Cánovas del Castillo que los españoles, cuyo carácter meridional les hacía alegres, comunicativos, lla-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nos y ligeros, transforman su manera de ser en los siglos XV y XVI pues para ejercer el mando sobre el Imperio español hubieron de hacerse serios y graves, y revestirse de dignidad y reposo. Creo que más que un cambio sustancial en el carácter español, lo que ocurre en este tiempo es una proliferación y difusión exigida, efectivamente, por el esfuerzo de regir un Imperio, de un tipo español que existía con anterioridad. Por ejemplo: El Cid tenía ya muchos siglos antes aquel mismo sosiego fruto de energía y compostura que iba a difundirse después en el siglo XVI: "Fabló Mio Cid bien e tan mesurado". Y en otro lugar del Cantar se dice que los de San Esteban que "todos mesurados son". "Los fijodalgo... de una parte sean fuertes et bravos et de otra parte mansos et humildosos" ordena con bella precisión la ley 7ª título 21 de la Partida 2ª. Don Quijote, tan desaforado en sus locas aventuras como la de los molinos o de los leones, es, sin embargo, en su manifestación normal un ejemplo impecable de sosiego. Cuando Don Quijote habla de la virtud que ha de tener un caballero para mostrar que lo es, enumera: "Siendo afable bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador y, sobre todo, caritativo, que con dos maravedises que, con ánimo alegre, dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que a campana herida da limosna" (Parte II, Cap. IV): altas palabras en que parece resonar el texto paulino sobre la caridad.

Es pues, claro, que en el hidalgo el buen exterior resulta de virtudes del espíritu. Ya he indicado en este punto su diferencia con la figura del "gentleman". En el "gentleman" el ejercicio del deporte ha sustituído al

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de las armas. Mas el ejercicio de las armas, si las "Partidas" no se equivocaban, exigía, en primer término, no aptitudes físicas sino una estimación de sí, *vergüenza*, esto es, sentimiento de honor. En cambio, el ejercicio del deporte lo que pide es jugarlo limpiamente, que se guarden las reglas del juego. Importa, después, tomar el juego como lo que verdaderamente es, como diversión o distraimiento, por tanto, con la actitud de quien justamente no *se juega* nada esencial. Transferirla a todas las manifestaciones de la vida no está, ciertamente, falto de elegancia, pero dicho se está, que esta actitud podrá influir en gran medida en la configuración del espíritu, pero no puede calar a su misma raíz, a su intimidad.

En un libro de Paul Morand, "Bouddha Vivant", un personaje, Rose Mary, norteamericana de origen puritano, dice de un hermano suyo: "Il a une bonne âme. (Elle disait cela, comme on dit: Il a une bonne figure", et c'etait cela, en effet)."

Llamo la atención sobre éste que me parece un acierto del novelista porque pienso que el puritanismo ha influído en hacer externos, faltos de intimidad, los valores del "gentleman". Un buen exterior puede suplir en el "gentleman" la ausencia de virtud intrínseca, cosa que en el hidalgo sería imposible. Este peligro que se cierne sobre la figura y la moral del "gentleman" ha sido advertido por más de un autor. Así Conrad, en su novela "Victoria". Ya un comentarista observaba que Mister Jones el personaje de esta novela que es un tramposo, un bandido y un asesino es sin embargo un "gentleman" porque nunca levanta la voz, se comporta con mucha distinción y, finalmente, se ahoga envuelto elegantemente en su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bata de seda azul. También con su amable humor, Woodhouse nos presenta un personaje práctico en negocios de dudosa moralidad. Pero lo que hace que ciertas personas se nieguen a tratarle y no lo consideren un "gentleman" no es tanto esto, como que a la mesa al sorber la sopa, hace el ruido de una bañadera al vaciarse.

Si lo que define el comportamiento del hidalgo es el sosiego, y éste, es a su vez un producto de internas virtudes, al "gentleman" lo caracterizan las maneras, *fine manners*. "Maneras" viene probablemente de mano y hace referencia a trato con lo extenso y externo. Antiguamente manera equivalía a maña. Por ejemplo, en el "Conde de Lucanor", Cap. V "Non supo antes de casarse con ella las maneras que había", o en el "Centón epistolar" Epístola 21: "Con humildad e manera desensaña al Rey".

No pretendo dar a la observación demasiado alcance, pero es notable que en español cuanto hace referencia a maneras fácilmente se tiñe de un ligero matiz peyorativo. Los compuestos amanerar, amaneramiento, etc., de aparición tardía, en nuestro idioma, pues no parece los haya antes del siglo XVIII, tenían todos ese matiz que no se presenta con palabras de otra raíz, por ejemplo, amoldar, acondicionar, etc. El juego de manos es juego de villanos, según un viejo refrán. Y la manera se contrapone despreciativamente al estilo.

La virtud y las obras. Esta virtud en que consiste el ser hidalgo sólo tiene una forma definitiva y cierta de acreditarse: las obras. Podría pensarse, en efecto, que si

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la nobleza consiste en la virtud donde haya nobleza heredada habrá implícitamente virtud. La reacción del espíritu español ante semejante supuesto es unánime. El tener ascendientes nobles no es más que una causa de obligación. Cada cual, por consiguiente, tiene que ser hijo de sus propias obras y justificarse por ellas. Hemos visto cómo en el "Victorial", al que no hacía obras dignas de su estado y progenitores, se le llamaba "hijo de ninguno".

Covarrubias, explica así quién es hidalgo: "el ser hijo de algo, significa haber heredado de sus padres y mayores lo que llaman *algo*, que es la nobleza; y el que no lo hereda de sus padres, sino que lo adquiere por sí mismo, por su virtud y valor, es hijo de sus obras y principio de su linaje".

"Cada cual es hijo de sus obras", dice Don Quijote terminantemente; mas no se piense que con ello se niega el vínculo con los antecesores y la obligación resultante de la nobleza de los padres. Antonio —el personaje de "Persiles y Segismunda"— nos habla en términos que nos hacen comprender, no ya la compatibilidad entre los dos principios —la herencia y la obra propia— sino su recíproco complemento: "Yo, por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco, etc."

En "La estrella de Sevilla" de Lope, Busto Tabera a la incitación del Rey para que pida una plaza y alegue sus méritos, responde declinando la oferta:

Referir de mis pasados
los soberanos blasones
tantos vencidos pendones

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y castillos conquistados,
pudiera; pero señor,
ya por ellos merecieron
honor; y si ellos sirvieron
no merezco yo su honor.
(Jornada 1ª, escena 5ª)

La tesis de que nobleza no da derechos sino obligaciones aparece aquí, no ya formulada como un principio sino traducida a la conducta.

Famoso es el planteamiento que se hace en "La Verdad Sospechosa", de Ruíz de Alarcón:

"—¿Sois caballero, García?
—Téngome por hijo vuestro.
—¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?
—Yo pienso, señor, que sí.
—¡Qué engañado pensamiento!
sólo consiste en obrar
como caballero el serlo.
¿Quien dió principio a las casas
nobles? Los ilustres hechos.
. . . . . .
Pues si honor puede ganar
quién nació sin él, ¿no es cierto
que, por el contrario, puede
quien con él nació, perderlo?
(Acto segundo, escena novena)

No recojo más por extenso la cita de Alarcón por ser sobradamente conocida. Menos lo es y merece serlo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mucho la que sigue del último gran clásico del Teatro español, Bances Candamo, que muere pisando ya los umbrales del siglo XVIII. En una de sus comedias, cuyo título "Más vale el hombre que el nombre", es ya tajante expresión de su tesis, formula con rigor y grandiosidad el pensamiento tradicional:

. . . . . pretendo
merecer lo que nací,
si nací lo que merezco.
. . . . . .
Los que a heredar sólo nacen,
y no a vivir como aquellos
de quien nacieron, debían
morirse niños, supuesto
que no tienen en el mundo
cosa que hacer en naciendo,
o al menos, en heredando
les es el vivir superfluo.
. . . . . .
"Pues no es triunfo el nacer grande,
sino sólo el saber serlo:
Si fueron buenos mis padres,
téngalos Dios en el cielo,
que eso no me sirve a mí
más que de carga, si advierto
que me dejan obligado
a ser tan bueno como éllos.
. . . . . .
Luego el que en su obrar desluce
las glorias que le adquirieron

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sus mayores, de éllas es
enemigo, no heredero;
y de éllas es (pues le acusan)
no poseedor, sino reo".

No se trata aquí de conceptos cultivados en una zona literaria y trasmitidos dentro de ella. La "Jornada de Omagua y Dorado", por ejemplo, ese documento dramático, no es una obra literaria sino la relación de un soldado, al parecer, el bachiller Francisco Vázquez. En ella se dice del tirano Lope de Aguirre: "No he podido saber quien fuesen sus padres, más de lo que el decía... que es hijodalgo; mas juzgándole por sus obras fué tan cruel y perverso que no se halla ni puede notar en él cosa buena ni de virtud".

Obsérvese la naturalidad del tránsito de la ascendencia a las obras y la identificación sobreentendida de nobleza y virtud.

De esta suerte, se conjugan en la figura del hidalgo, sin estorbarse, antes bien, beneficiándose mutuamente, los estímulos representados por las obligaciones de una noble herencia y los principios libres y personales de la justificación por las propias obras.

Esta expresión, la justificación por las obras, es deliberada. Lo que los teólogos españoles sostienen, como vía para la salvación, en el Concilio de Trento, responde a un modo de ser, sentir y concebir, profundamente arraigado en el alma española.

Aparte de su superioridad moral, el principio de la justificación por *la fe y las obras* responde de un modo más genuíno al espíritu occidental que aquel otro de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

justificación por la "sola fides". Ello es cierto, incluso para aquel país en que el luteranismo se forjó. "En el principio fué la acción", —ha dicho el más grande poeta de Alemania—. El espíritu emprendedor y el horizonte de creaciones que este enunciado evoca, mejor que con la "sola fides" consuena con el principio que proclamaba D. Quijote: "Cada cual es hijo de sus obras".

Las obras consisten en la acción, no en el resultado. Para completar la inteligencia de la actitud espiritual del hidalgo, es fundamental poner en claro que las obras no significan, en modo alguno, el resultado obtenido, el éxito logrado, los lucros o beneficios, sino que las obras son independientes de toda utilidad o resultado, que consisten en la pura y alegre y heroica acción esforzada, que se cifran en la realización, no de un determinado logro, sino de la virtud potencialmente contenida en la persona. Es este un punto que no parece haya sido suficientemente ahondado por los investigadores de nuestra Literatura. Acaso sea Vossler quien más se haya aproximado, pero sin verlo totalmente claro.

"Los españoles —dice en su libro sobre Lope de Vega— ponen, en definitiva, el éxito por encima de la existencia, mayor interés de la conquista que en la conservación". Este pensamiento así formulado es inexacto. No el éxito, sino la empresa, y el bien como obra a realizar, es lo que ponen los españoles por encima de la existencia. Tampoco exacta, aunque más próxima a la verdad es otra observación de Vossler en la "Introducción a la Literatura española del Siglo de Oro": "El

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

éxito efectivo aparece fuera de duda, y por esto secundario, respecto al empuje iniciador del alma heroica. En la Literatura del Siglo de Oro prevalece esta concepción poética del héroe, es decir, del héroe que desprecia el éxito y la fortuna". En el mismo libro sobre Lope de Vega dice en otro lugar: "La grandeza de alma y el desprecio del éxito es algo cervántico y español". El fenómeno está bien observado; es su explicación la que resulta insuficiente.

A lo largo de nuestra literatura clásica se puede observar una evolución que deja intacto este pensamiento fundamental: importan la obra y la acción como frutos del ser; el éxito o el fracaso no están determinados por la virtud, sino que, en sus efectos, se tercia la fortuna. Por tanto, no podemos poner el criterio del bien en el resultado, y quien lo haga es liviano. Si este es el pensamiento constante, la evolución que antes digo consiste en la melancolía, que, progresivamente, lo va ambientando, sin conmoverlo por ello lo más mínimo.

La Historia de España en el siglo XVII, para todo español que vibrara con su Patria, era como para poner a prueba su temple moral y su capacidad de perseverancia. El empuje creador, la alegría de la acción, el desprecio a la muerte, la disposición al heroísmo, seguían siendo lo normal. Los españoles de entonces sabían que el nivel, el tono de una vida, no lo da su duración. Una vida mezquina no deja de serlo porque dure más. Lo que importa —al hidalgo, no al burgués—, es vivir dignamente. "Nadie pensaba cuanta edad vivía, sino de que manera", proclamaba Don Francisco de Quevedo, que se caraterizaba a sí mismo, pues que español como

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

amante del peligro, y a todos los españoles como "impacientes de mucha edad". En este impulso prodigioso de los siglos XV al XVII, España lucha en toda Europa, surca todos los mares, crea nuevos pueblos en América, erige ciudades, multiplica creaciones de cultura, política y arte. Pero el conjunto de los acontecimientos, el proceso general histórico se va mostrando adverso a las posiciones españolas. Los espíritus más penetrantes lo perciben. Los hidalgos padecen más que nadie los reveses de la fortuna hispánica; unos, se quedan sin misión o servicio; otros, se arruinan o destrozan en las guerras innumerables; estirpes enteras se consumen en los campos de Flandes o en las tierras inexploradas de América. A la antigua y constante recusación del éxito como criterio de superioridad, se va asociando la idea de que hasta cierto punto son opuestos el mérito y el éxito; fruto este último de la ciega fortuna.

Cervantes formula la falta de nobleza que hay en dejarse seducir por el éxito, en ponerse sin más motivo en parte del vencedor. "Bien se parece, Sancho, —le amonesta Don Quijote— que eres villano y de aquellos que dicen: ¡viva quien vence!" Y en otra ocasión discriminando lo que puede quedar entregado al azar o a las potencias del hado, y lo que está por encima de ellas, el ingenioso hidalgo exclama: "Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo será imposible". Cervantes que había compartido con heroísmo juvenil la gloria de Lepanto, había quedado transido años después, entre el fracaso de muchas ilusiones suyas, por la amargura de la pérdida de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la Armada Invencible. A otros autores, y al Teatro llegará más tarde la misma reacción espiritual cervantina.

En el drama de Calderón "El mayor monstruo, los celos", —Jornada segunda, escena cuarta— Octaviano, vencedor, dice al tetrarca— Herodes, que había conspirado contra él, y que, al verlo victorioso, se humilla a sus plantas:

"No violencia, no rigor,
la prevención te parezca;
que con vasallos que son
de los que viva quien venza,
fuerza es que la voluntad
se aproveche de la fuerza".

De nuevo, aparece aquí marcada, como moral inferior, la moral del éxito. Con quienes tienen tal moral, no caben consideraciones y tratos de dignidad, que ni se merecen, ni se entenderían, ni serían correspondidos.

La expresión extremada del divorcio entre la nobleza o mérito y el resultado o éxito, podemos encontrarla en textos de Quevedo y Calderón que prueban hasta que punto la existencia de este divorcio se había convertido en opinión común.

Quevedo, en un epitafio disparatado y satírico, hecho a manera de enigmas, dice de quien se supone yacer bajo la lápida:

"...sin duda, fué escribano.
No, que fué desdichado en gran manera,
Algún hidalgo era.
No, que tuvo riquezas..."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En la comedia de Calderón "Saber del Bien y del Mal", hay un diálogo entre dos damas —Laura e Hipólita—, en que hablan de un personaje aparecido en escena herido y maltrecho, y cuya personalidad se ignora. Laura opina que debe ser un noble y, al preguntarle su interlocutora, Hipólita, que por qué lo cree, responde:

"Lo primero,
en verle tan desdichado;
pues ya parece que el hado
niega, cruel y severo,
la ventura a la nobleza,
porque efectos no se ven
adonde opuestas no estén
fortuna y naturaleza:
de donde tan recibido
este argumento ha quedado,
que vale: ¿Ese, es desgraciado?
Sí; luego éste es bien nacido."

No cabe más rigor en la oposición. La consecuencia parece habría de ser o un pesimismo radical o el abandono de la moral hidalga; el tomar el camino del "¡viva quien vence!"

Nada de eso ocurre. Aunque por ser noble se hubieran de sufrir todas las calamidades del mundo, habría que querer seguir siendo, pues la virtud de la hidalguía es un bien que compensa por si solo de todos males. Eso significa la réplica de Hipólita:

"La mayor dicha del cielo
en tener nobleza está;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que si la riqueza dá
la fortuna varía, el cielo
la sangre, y no hay duda alguna
que ésta es la dicha mayor
cuanto es más noble y mejor
el cielo que la fortuna.
Luego si el bien más dichoso
en la sangre ha consistido,
vale: ¿Aqueste es bien nacido?
Sí; luego éste es venturoso."

Si en la alegría de la acción y el esfuerzo, el espíritu español se opone, como vimos, a la justificación por la sola fe, en la recusación del resultado y el éxito la moral del hidalgo se contrapone a la moral puritana de origen calvinista, que influye en cambio de manera importante en la formación del "gentleman". Como es sabido, el calvinismo profesa el dogma de la predestinación, lo que excluye que su iglesia pueda ser propiciadora de bienes espirituales de eficacia ninguna para la salvación, ni que influya en nada para conseguirla la conducta misma del creyente; la salvación depende "ab aeterno" del designio inexcrutable de Dios. Era intolerable esta inexcrutabilidad de la predestinación y se buscan ya que no medios para la salvación, síntomas que den la certidumbre de obtenerla. No interesan las *buenas obras,* puesto que no tendrán eficacia, puesto que no se es hijo de ellas, pero, en cambio, se piensa que ciertas obras serán la señal que permita conocer el "estado de gracia" y que su práctica continua y rigurosa dará la certidumbre de salvarse.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Esta moral puritana como han demostrado Max Weber y Troeltsch se traduce en el cultivo metódico de la ganancia, en el ascetismo racionalista intramundano y, en definitiva, en la formación del espíritu capitalista. Y todo ello, la concepción *externa* de la gracia, el concepto de la profesión secular y el del éxito en ella como signo de predestinación para la Gloria, contribuirá a configurar la versión prevalente del "gentleman". Digo prevalente porque hay también una versión católica del "gentleman" que conserva parentesco con el hidalgo. A esa figura del "gentleman" no regateamos nuestra simpatía. "El "gentleman" . . . nunca agravia, no da oídos a las calumnias ni a las murmuraciones, no atribuye móviles ruines a quien choca con él y busca siempre la mejor interpretación a la conducta ajena. Cuando discute está libre de mezquindad y jamás aprovecha una ventaja desleal o confunde los ataques personales con argumentos. Nunca insinúa lo que no sería capaz de decir cara a cara. Tiene demasiado buen juicio para que le puedan ofender los insultos, demasiado trabajo para acordarse de ellos, demasiada independencia para quedar resentido". Estos conceptos no sólo atraen nuestra adhesión sino que despiertan en nuestro espíritu sentimientos de afinidad. Es que están creados por el soplo del catolicismo: el texto es del Cardenal Newman.

Pero el "gentleman" de ascendencia puritana no sólo necesita, para poderlo ser, el moverse con desembarazo en un amplio margen económico, como ha dicho Ortega y Gasset, sino que precisa igualmente que las cosas *le salgan bien*. Es propio de "gentleman" perder con elegancia en un juego de Hasta en un negocio, pero el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

supuesto implícito de esta actitud es que la pérdida es ocasional y no afecta en realidad a su bienestar permanente.

Según Ortega y Gasset la pobreza amenaza inexorablemente a nuestro planeta y habrá que ir pensando en un tipo ejemplar de vida, que, siendo compatible con esa pobreza, conserve lo mejor del "gentleman". Fundado en este razonamiento, Ortega y Gasset vuelve su vista al hidalgo cuya diferencia más grave del "gentleman" consiste, según él, en que "el hidalgo no trabaja, reduce al extremo sus necesidades materiales y, en consecuencia, no crea técnicas. Vive alojado en la miseria, como esas plantas del desierto que saben vegetar sin humedad".

Querría hacer ciertas salvedades a esta tesis. Es cierto que el hidalgo no creó técnicas de trabajo material, pero en cambio desarrolla a la perfección las técnicas del mando, del combate y cuantas afectan a relaciones y ascendientes sociales. Este ascendiente social del hidalgo era tan extraordinario que ningún espíritu, por crítico que fuera, se sustraía a él. Véase por ejemplo "El Lazarillo de Tormes" libro que tan admirablemente refleja los tipos, las costumbres y la mentalidad de su época.

El Lazarillo no tiene telarañas en los ojos. Animo esforzado y voluntad resuelta, aprendió pronto, en su propia carne, la dureza y la maldad del mundo. Pero eso no le llevó a retirarse y huir de él sino al contrario a seguir su camino con redoblado afán de poderío y no muchos escrúpulos. Sus amos sucesivos (el ciego, el clérigo, el fraile mercedario, el vendedor de bulas, el capellán, el aguacil...) son otros tantos bellacos que quie-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ren explotarle. Al Lazarillo no le remuerde de burlarles o vengarse de ellos. Tiene más donaire y picardía, no es inferior moralmente. Pero aparece el hidalgo con su andar pausado, su cuerpo derecho, su buen talante, su espada que no cambiaría por el oro del mundo. Alejado de su lugar de origen, donde estaban las raíces de su hidalguía, es un mutilado social: no tiene misión, no tiene obras, es el más inerme, con su bella espada, de todos los amos del Lazarillo. Pero una atmósfera de dignidad y elevación le rodea. El Lazarillo no le abandona, no le burla. Le da de comer, le quiere. Estaría dispuesto a volverle a servir, a él o a cualquier otro que fuera como él.

Es el mismo ascendiente que irradia el Buen Alonso Quijano. El cazurro Sancho le sigue y le quiere no ciertamente por loco sino por hidalgo. Toda su gramática parda y sus infinitos refranes no pueden impedir que Sancho se sienta arrastrado a seguir a Don Quijote. Ni salarios al contado ni ínsulas prometidas bastarían para explicarlo. Lo explica el natural señorío del hidalgo. El hidalgo despierta en quienes están en torno a él las virtudes dormidas y suscita en cada uno lo mejor que pueda dar de sí.

No hay que decir cuan extraviada es la tesis de Morel Fatio de que en el Quijote "constituye la principal intención del libro la crítica del "hidalguismo", la plaga de la sociedad española que Cervantes supo calar mejor que nadie"; tesis recogida con parcial asenso por Américo Castro en "El pensamiento de Cervantes" que estima el hidalguismo un caso de *error moral.* El texto que cita éste (2ª Parte del Quijote, cap. 2: "Los hidalgos dicen

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto don y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante") prueba de sobra que el "hidalguismo" no pasó por extravagante ambición. Los hidalgos como grupo social reprobaban que uno de los suyos se saliera de su marco preciso y modesto. Ya el mismo término de "hidalguismo" es falso e impropio. La verdad es que si había alguien que lejos de hacer la crítica de ese imaginario "hidalguismo" se inclinara hacia él, ese alguien sería el mismo Cervantes. Con toda su simpatía y estimación hacia los hidalgos prudentes, al obscuro héroe de Lepanto se le va al corazón tras las locas empresas de su andante caballero.

Hay un personaje de Cervantes, Don Diego de Miranda, el caballero del Verde Gabán, que es como una réplica juiciosa y asentada de Don Quijote: "la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave". Cervantes se complace en la descripción de su pulcro vestir, su grata presencia, su serena cortesía. Don Diego —él mismo lo cuenta— es un hidalgo más que medianamente rico; pasa la vida con su mujer, hijos y amigos; caza y pesca pero no mantiene halcones ni galgos; tiene hasta seis docenas de libros de romance y latín, de historia y devoción de los que lee con más gusto los profanos que los devotos; convida muchas veces amigos y vecinos y alguna se deja convidar; no murmura ni lo permite delante de él, respeta a los demás, no trata de escudriñar sus vidas; oye su misa diaria; parte sin alarde, de sus bienes con los pobres; no da entrada en su ánimo a la hipocresía

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y vanagloria; busca poner paz entre los desavenidos, es devoto de Nuestra Señora y confía en la misericordia de Dios.

Toda la conducta de Don Diego está llena de tacto, mesura, natural señorío. Cuatro días pasará Don Quijote en el apacible ambiente de la casa de Don Diego, limpia, holgada, acogedora, abrigada, silenciosa.

Y sin embargo quizá hay en Don Quijote y en Cervantes —entre tanta estima— como un leve desdén hacia vida tan ordenada y sensata. Así, en la ruda réplica de Don Quijote cuando Don Diego quiere disuadirle de la aventura de los leones o también en un brote extraño como de despego en la descripción tan laudatoria de la casa de Don Diego.

Volvamos a las técnicas del trabajo. ¿Será que el ejercicio de ellas podría menoscabar el mágico ascendiente social de los hidalgos? Habrá algo en la constitución del hidalgo que le haga incompatible con determinadas formas de trabajo y producción? La cuestión, siguiendo el planteamiento de Ortega, tendría una importancia actual. Pues para hacer frente a la inexorable pobreza que nos amenaza acaso no será suficiente saber resignarse a sufrirla sino que hará falta además trabajar de firme. Por lo pronto el hidalgo partía de un principio justo: no todos los trabajos, actividades o servicios son iguales; ha de haber entre ellos una jerarquía y el hidalgo debe consagrarse a los más dignos. No hay que subrayar la superioridad de esta concepción sobre las que después vinieron en Europa a hacernos creer que todos los trabajos eran iguales o incluso que no había más que un trabajo realmente productor: el material.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Si el principio era justo, su práctica, esto es, la calificación concreta de los trabajos por su dignidad podría ser más o menos feliz. Circunstancias de ambiente histórico y no características esenciales de la figura del hidalgo determinaron el desvío de éste hacia muchas formas de trabajo. Había trabajos como el campesino perfectamente compatibles con la hidalguía; más aún, la tradición española veía en labriegos y pastores el origen de la nobleza. Es que la sociedad española tenía viva concienza del valor de estas actividades para su propio bien. Pero en cambio había otras formas de trabajo, por ejemplo, la comercial, cuyo valor para el bien común, la opinión social no percibía. Quien a ellas se dedicaba parecía satisfacer sólo un interés particular y ello bastaba para que se considerasen impropias de los hidalgos, pues que no daban honra.

Al patriotismo vigilante de un Don Francisco de Quevedo no se le escapa la relación entre el comercio y la prosperidad patria. En la fantasía moral "La hora de todos y la fortuna con seso" nos narra el encuentro en las montañas de Vizcaya fronterizas con Francia de un español que iba camino de este país, capa al hombro, y tres franceses que venían a España, uno con carrito de amolar tijeras y cuchillos, otro vendiendo fuelles y ratoneras y el tercero peines y alfileres. El español explica que iba a Francia huyendo de la justicia que le perseguía por algunas travesuras y de allí pasaría a Flandes "sirviendo a su Rey; porque los españoles no sabían servir otra persona en saliendo de su tierra". Le preguntan "como no llevaba oficio ni ejercicio para sustentarse en camino tan largo" responde "que el oficio de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los españoles era la guerra. Los hombres de bien pobres pedían prestado o limosna, los ruines hurtaban, como los que lo son en todas las naciones".

El amolador le contesta que ellos tres eran gentilhombres malcontentos del Rey de Francia. El con su carretoncillo de amorlar había sacado a Castilla gran número de doblones.

"Al español se le acedó todo el gesto" al oírlo: valiente Rey el de Francia, que sufre por malcontentos *merca fuelles y peines, alfileres y amoladores.*

El del carretón replica que "los amoladores son como flota terrestre que más que los cuchillos va aguzando las barras de oro españolas. Y con los peines y alfileres peinan y sangran poco a poco las venas de las Indias. Y no es el menor miembro del tesoro de Francia el que cazan las ratoneras y el que sopla en los fuelles".

"Voto a Dios —contesta el español— sin saber yo eso echaba de ver que con los fuelles nos llevabas el dinero en el aire, y que las ratoneras antes llenaban vuestros gatos que disminuían nuestros ratones..." Y sigue la diatriba que termina en refriega. Cuando el español ha hecho rodar y despeñarse el carro del amolador y disemina de un puntapié al cajón los peines y alfileres, exclama: "Ya empiezo a servir a mi Rey".

No parece que le pasara por la imaginación al bueno del español, aventurero y soldado, que acaso sería mejor modo de servirle sustituir a gente extraña como aquella, por españoles que cuidaran de librar a sus compatriotas de la caspa y el moho. No le viene a las mientes que pudiera haber honra en esta segunda solución. Sin em-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bargo, el pensamiento va madurando y sus trazas se podrían seguir en nuestra Literatura. Así el prebístero Don Antonio Vila Campos en su libro "El Noble bien educado", 1776, sostiene que "un caballero debe aprender algunos artes mecánicos". "Un hombre como tú, había de aprender algún arte mecánico; un arte que necesite trabajo de manos; pues las lenguas o las ciencias no son las cosas solas dignas de la aplicación de los hombres". En el discurso sobre la honra y deshonra legal de Don Antonio Xavier Pérez y López, de 1791 se explica como los artesanos y los que hacen oficios mecánicos tienen también honra legal.

De mayor importancia que todo ello es el caso extraordinario del comercio español en América que ha mantenido vivas ciertas virtudes características de la antigua hidalguía. Ramiro de Maeztu ha analizado este fenómeno en páginas de su inmortal "Defensa de la hispanidad": "En el fondo —resume Maeztu— el principio que anima al comercio español en América es el mismo que constituía la quinta esencia de nuestro Siglo de Oro: la firme creencia en la posibilidad de salvación de todos los hombres de la tierra".

La persistencia de virtudes hidalgas en profesiones que una crítica superficial consideraría incompatibles con ellas refuerza nuestra confianza en la ejemplaridad del espíritu español y de la figura española del hidalgo.

Importa volver los ojos a ella porque no podemos reducirnos a pretender conservar lo mejor del "gentleman": necesitamos lograr un tipo humano superior que afronte no solo la pobreza económica sino las seguras adversidades que se ciernen sobre nuestra humanidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por ello es preciso que esté por encima de la moral puritana del éxito.

Con su proceso de exteriorización el puritanismo se cuida del parecer. El hidalgo se cuida del ser, es hidalgo de dentro a fuera y lo es más que nunca a solas consigo mismo.

En los "Claros varones de Castilla", galería magistral de retratos de señores e hidalgos de España recurre una y otra vez la expresión de "hombre esencial"; así el Conde de Haro: "era home esencial e no curaba de aparencias" y Don Juan de Pacheco: "era home esencial e no curaba de aparencias ni de cirimonias infladas", y lo mismo Garci Lasso de la Vega y otros más. En el libro de Jorge Vigón "Estampa de Capitanes" se recuerda un texto de Villamartín: "El soldado español exige la esencia descarnada de las cosas, la verdad desnuda".

Cuando la tierra está desolada —como dijo el profeta— porque el hombre no entra dentro de sí mismo hay que volver al hombre esencial, que no se siente depender del mundo y del éxito sino de sí y de Dios.

ALFONSO VALDECASAS.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

S O N E T O S

Para Gerardo Diego

De viento y luna encaje, dulce garza,
crean las ramas de los chopos altos
y por mezclados grises y cobaltos
la noche apaga, crece, gira, engarza.

Camina el puente a templo, el mirlo a garza:
todo crecido en friso sin resaltos.
Siembran los olivares sobresaltos
para que el viento en sombras los esparza.

Calza el ciprés, pujando, su coturno
de imprecisión pastosa, actor de nube
que aplausos de terrores solicita.

Y un rumor de cristal, macho y nocturno,
desde los muslos de los puentes sube
para asustar al mimbre que dormita.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A DON RAMON BONIFAZ

Primer Almirante de Castilla.
Muerto sobre el agua en gloria de saetas
enemigas.

Inaugurando mar verde y morada,
ola a ola de triunfo marinero,
al remo ordena y al delfín ligero
un capitán de sangre alborotada.

Castilla, a un mar de sueños asomada,
vela el afán de su perfil guerrero
y su estandarte quiere ser austero
hábito y flor de la región salada.

Almirante de Dios, por tu bandera
corre, aún joven, el sol para que asombre
en su cenit más tarde a Moctezuma.

Se te entregó Sevilla en Primavera,
rúbrica diste al Betis con tu nombre
y al ansia de Castilla diste espuma.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A UN CHOPO DERRIBADO SOBRE UN RIO

¿Quién te creyó doncella y precipita
a este lecho de espuma, blando y frío;
quién se creyó tu amante, chopo mío,
y río abajo, en el cristal, te cita?

¿Quién tan pequeño el beso solicita
de tu verde de luz y escalofrío
que para darlo, pejerrey de río,
roto tu talle puro necesita?

Ay de ti que del viento junco verde
fuiste de Primavera a Primavera
dando al agua el temblor de tus temblores.

Mira como envidiosa el agua muerde
lo que la enamoró la vez primera
y ahora muele en sus brazos corredores.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A UN TRAJE VACIO Y A SU DUEÑA

A tus pies, resbalando, el traje gime
por una seda que caliente late
y el aire dora el sol de tu rescate
y al hombro luz desnuda amante oprime.

¿Cómo dejaste —cinta, encaje—, dime,
esta amasada miel morena y mate
sin freno que sujete su acicate
y sin plisado que su gracia lime?

¡Cómo quedaste, espuma, nata leve
caída del asombro, destrozada,
atravesado por la luz, vestido!

¡Cómo quedaste de espigada nieve
sobre tu propia desnudez alzada,
morena emperadora del sentido!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DESPUES DE MUERTO

Después de muerto amarillentas flores
me vendrán a una boca de ceniza
y vivirá en mis labios la maciza
ausencia de tus húmedos favores.

Después de muerto enjambre de livores,
con dulce miel cadáver y pajiza,
será mi cuerpo en el jardín que riza
la sombra del ciprés y sus temblores.

Después de muerto yo, tú ¿dónde vives?
Yo tiemblo amante en el rumor del viento;
tú vives ágil, duradero olvido.

Todo mi pulso es madrigal: no esquives
el último servicio de mi atento
corazón que te silba en el oído.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A UNA BAILAORA

Crótalo cada estrella y faraona
la luna campanera en el olivo.
¿Dónde, sirena verde, nardo vivo,
encontraste la luz que te corona?

¿Por qué la Primavera se pregona
en cada punta del clavel cautivo?
Carne morena, mármol agresivo,
dime ¿qué abril te muerde y te sazona?

Dime por qué jazmines y azahares
corre tu sangre dulce y bailaora
hasta alcanzar el mar de tu latido.

Dime de qué morunos hontanares
surge esa miel que enamorada dora
tu piel de sol, de arcángel sin vestido.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AL CABELLO DE UNA MUCHACHA RUBIA

De notable materia el cielo hizo
estos que caracolas, trenza aquellos,
remate dan a los extremos bellos
de quien a Dios y al alma satisfizo.

De la prudencia del trigal pajizo
sustancia toman, y aire, los cabellos,
puesto que el más incorregible de ellos
grave se aplica a complicar el rizo.

Sabiduría que en el alma nace.
¿Quién te sostiene viva y alimenta,
onda justa, medida y nivelada?

Sólo la gracia que te lleva hace
que no parezcas sombra violenta
sobre la cima de la luz alzada.

DIEGO NAVARRO.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CRISIS DE LA OBRA DE ARTE (*)

HACE poco menos de un siglo Taine, Hipolyte Taine, en su curso sobre Filosofía del Arte, que publicado luego en libro alcanzaría, como es sabido, ilimitada y nociva celebridad, formulaba esta categórica enunciación: "la obra de arte está determinada por un conjunto de factores compuesto por el estado general del espíritu y de las costumbres circundantes."

Esta fórmula y el libro que la contiene han sido hace ya tiempo abandonados. No es discutible la justicia de ese abandono. Hoy sabemos con claridad suficiente, hasta qué punto es ilegítimo trasladar al dominio de la obra de arte y de la belleza el método y la sistemática de las ciencias empíricas. Sin embargo ¿no hay, en la fórmula transcrita, —y a pesar de su posterior naufragio en el mar conceptual del positivismo— una certera intuición de la realidad sociológica del arte? Pensamos que sí. Y no es casual —ya se verá por qué más adelante— que sea precisamente el siglo XIX el primer período histórico que comienza a iluminar

(1) Este trabajo fué leído en el acto de clausura de los Cursos de Cultura Católica, correspondiente al año 1942.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con obstinación el aspecto social de la obra de arte. Las épocas clásicas, en cambio, —y sin que pretendamos sostener que ignorasen la influencia de los factores históricos y sociales sobre el arte— no repararon suficientemente en toda la profundidad de su alcance. Y se explica: eran tiempos de unidad cultural; tiempos en que el hombre comunicaba sin violencia, y como espontáneamente, con sus semejantes, con su ciudad, con los valores culturales. Mas a partir del siglo XIX, el hombre occidental padecerá gradualmente las consecuencias de la pérdida de esa unidad espiritual. Y de todas sus víctimas, la primera en acusar el golpe será la obra de arte.

Corresponde, por lo tanto, discernir primero, con el máximo rigor posible, la distinta naturaleza de los elementos que —juntos— dan lugar a esa unidad que llamamos obra de arte.

Tiene la obra de arte un lado, una haz, que trasciende lo mudable y contingente, que mira a la quieta eternidad. Tiene otro que refleja el tiempo, el devenir, la historia. Atañe el primero a su esencia, a aquello que la obra de arte es de una vez y para siempre; atañe el segundo a sus condiciones de existencia; no ya a lo que es como inteligible, sino a cómo es; no a su ser esencial, sino a su génesis y a su concreto existir.

Ahora bien, del primer elemento, del elemento esencial, —que sin temor de la redundancia podemos denominar elemento *artístico*— es el Arte, considerado como virtud del intelecto práctico, dueño y señor. *Recta ratio factibilium*, decían los escolásticos. Recta determinación de la obra que se va a hacer; ordenamiento

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

intelectual mediante reglas ciertas y determinadas de una cosa que se va a incorporar a la existencia.

Situado frente al saber especulativo, comparte con la prudencia y demás virtudes morales el vasto dominio del saber práctico, una de cuyas provincias ocupa: la que pertenece al orden del hacer. Y dentro de este orden práctico en que se mueve, su fin primordial es la creación de un objeto artístico, a cuyo bien y perfección tiende, con prescindencia de todo otro valor o bien propiamente humanos.

Mas, esta virtud de arte, que en última instancia es intelectual y judicativa —*perfectio artis consistit in iudicando*— sólo alcanza plenitud, sólo llega a ser obra de arte, cuando se encarna en una materia dada, cuando hace brillar, en una materia dada, una forma inteligible que adhiere a ella para asumirla en el mundo del espíritu. Pero si su esencia última es intelectual —y en esa medida es también un modo de conocimiento— no vaya ni por un momento a creerse que esta virtud de arte tiene cercanía o vinculación con el conocimiento que procura la razón demostrativa. Al contrario, el conocimiento que el arte implica, difiere esencialmente del conocimiento conceptual. Si la expresión no resultase forzada, podría decirse que el arte es un modo de conocimiento que sólo llega a ser tal en la obra concluída. El artista *conoce* en la obra que hacen sus manos (1).

(1) La doctrina escolástica sobre el arte está presentada aquí en forma deliberadamente esquemática. De su vastísimo alcance, el lector estará, sin duda, informado. La finalidad perseguida por este ensayo, no exigía, sin embargo, un desarrollo mayor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hasta aquí, pues, lo que al principio convinimos en denominar el Arte en su aspecto *artístico*. Mas si el arte en cuanto tal, el arte considerado en su pura línea formal, está, como la ciencia y la filosofía *supra tempus* y *supra locus*, considerado en su modo de operar y en el sujeto en que radica, se halla condicionado a factores históricos y sociales. Como dice un texto de Maritain en "Art et Scolastique", "el arte está arraigado en un alma que es la forma sustancial de un cuerpo viviente, alma humana que por hallarse en la necesidad natural de saber y perfeccionarse poco a poco y con dificultad, hace del ser que ella anima un ser naturalmente político. El Arte —la obra de arte, por lo tanto— depende, así, fundamentalmente de todas las cosas con que la raza y la nación, la tradición espiritual y la historia nutren el cuerpo y el alma del hombre. En virtud del sujeto en que reside y de sus raíces, el arte pertenece, pues, a una época y a un país determinados."

Las palabras que acabamos de transcribir nos conducen a la consideración del segundo aspecto o formalidad de la obra de arte: a su aspecto histórico y social.

Hasta fines del siglo XVIII, o bien, para dar fecha cierta y célebre, hasta la Revolución Francesa, el arte del occidente europeo presenta a la consideración de quien repara en él y sin que importe para el caso la distinta imagen —gótica, neo-clásica o barroca— con que los correspondientes períodos históricos se manifiesten, el arte de Europa decimos, se presenta asumido dentro de la más firme, visible y coherente unidad. Desde el más insignificante utensilio de las artes industriales, hasta el cuadro, la casa y la creación literaria, todo el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vasto dominio de la obra de arte, beneficia espontáneamente, sin proponérselo y sin esfuerzo, de esa unidad cultural a que aludimos.

Ahora bien, esa unidad cultural, esa armonía preestablecida —para valernos de la expresión de Leibnitz— cuyas raíces son más vitales que racionales, en la que la obra de arte se mueve y es, tiene viejo nombre conocido: esa unidad cultural es el *estilo*.

Wladimiro Weidlé en su admirable ensayo sobre el destino actual de las artes y de las letras dice al respecto lo siguiente: "Hubo —en esas épocas de que hablamos— un estilo, que era como el alma común manifestándose en todo acto creador, como la predestinación colectiva de toda la actividad personal del artista. El estilo es una predestinación que se realiza no por un apremio venido de afuera, sino libremente, a través del libre arbitrio humano, sin ejercer ninguna presión sobre la conciencia autónoma del artista, sin impedir el crecimiento espontáneo de la obra de arte. El estilo no es la creación individual de un genio, ni el resultado final de gran número de esfuerzos convergentes; no es sino la manifestación exterior de una comunidad profunda, de una fraternidad constante de las almas; sus raíces están en el inconsciente; no podrá sustituírsele por el razonamiento, por la voluntad, ni por una descripción meticulosa de las formas o de los métodos, de la gramática y del léxico de un estilo determinado. Cuando la comunidad se desliga se extingue el estilo y nada puede reanimarlo; se le recuerda, se piensa en él, sin poderlo volver a la vida: es o no es; tanto peor para los artistas y las épocas que no teniéndolo y no pudiendo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

prescindir de él, se empeñan en atraparle con vanos artificios."

Hasta aquí la cita de Weidlé. Del estilo le viene, pues, a la obra de arte su connotación histórica y sociológica. El contorno vital que rodea al artista ha de estar, por lo tanto, arquitecturado por un estilo de cultura.

El estilo arraiga en la cultura, cuya más alta expresión es, y la obra de arte en el estilo. Y de este modo, si definimos la cultura como el comportamiento humano —digo humano, pero sin el plañidero enternecimiento al uso— del hombre en la historia, el estilo, o mejor dicho, los diversos estilos, sólo serán, por lo tanto, especies distintas, manifestaciones, epifanías de una misma y única riqueza cultural. Y así como no hay manera de trasladarse de un punto a otro del espacio sino valiéndose del itinerario de una línea, tampoco hay modo de comunicar con la cultura sino mediante el *estilo*. La crisis del mundo occidental sería, por lo tanto, una crisis de estilo, esto es, crisis de creación de la nueva estructura cultural que los nuevos tiempos históricos indefectiblemente exigen, y no, a secas, una crisis de cultura.

Para emplear una comparación sacada de la filosofía, diremos que el estilo desempeña respecto de la obra de arte un papel análogo al del concepto formal respecto del conocimiento de la realidad. Como el concepto formal, que sólo existe en la medida en que el conocimiento del objeto presentado al espíritu es posible, el estilo, a su vez, sólo existe *en* y *para* la obra de arte, en y para su plena, total realización.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Se ve ya con claridad hasta qué punto el rompimiento de pareja unidad, no pudo ocurrir sin que de inmediato adquiriese las proporciones de una catástrofe en la vida de la cultura. Se ha atribuído a este acontecimiento —y no sin razón, como se ha visto— mayor trascendencia que al cambio producido en la Europa del Renacimiento.

Romanticismo no es, por lo tanto, el mero título de una escuela literaria, ni el nombre de un nuevo credo estético. No; su significado es más profundo; su importancia, si bien negativa, sobrepasa los límites de las escuelas literarias y artísticas; su razón última, es una sinrazón: *el Romanticismo es la muerte del estilo.* "El Romanticismo significa, dice Ortega, en una admirable página de su ensayo sobre Kant, la moderna confusión de las lenguas. Es un "¡sálvese quién pueda!". Cada individuo tiene que buscarse sus principios de vida. No puede apoyarse en nada preestablecido."

Las consecuencias de tan honda crisis espiritual abarcan, como es obvio, todos los dominios de la creación estética. Y si bien el desarrollo de ese proceso de disolución fué casi simultáneo, no es imposible, sin embargo, trazar algunas fronteras cronológicas.

En primer término fueron contaminados aquellos dominios del arte que debido a su naturaleza más acentuadamente colectiva y social están más próximas a la unidad colectiva y social que es el estilo. Los primeros síntomas se notaron, pues, en la arquitectura. Sin efectivo estilo cultural, no hay arquitectura. Se podría decir que la arquitectura —arte de lo bello y de lo útil, cuya unidad simboliza—, sólo comunica con la belleza por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vía del estilo. Desaparecido éste, la arquitectura se limitará en adelante a la solución de problemas técnicos de aprovechamiento y distribución del espacio. Se empobrece a sí misma y empobrece, de paso, con necesaria lógica, a las artes menores. En efecto, contaminada la arquitectura, el contagio de estas últimas —artes industriales y de ornamentación—, que dependen orgánicamente de ella, no pudo hacerse esperar. Y de este modo poco a poco fué apagándose, en los objetos del uso cotidiano, —acompañantes taciturnos de la vida, como los llama Novalis— el resplandor que sobre ellos proyectaba, para ampararlos y ennoblecerlos la vecindad tutelar de las artes mayores.

En el dominio de las letras, las consecuencias de la desaparición del estilo, se presentan con caracteres distintos. Como subraya el citado Weidlé, "en la poesía y las letras en general, las nuevas condiciones de la creación artística produjeron sus consecuencias casi al mismo tiempo que en la arquitectura, pero no se notan allí tan fácilmente porque el escritor, en una proporción mucho mayor que el pintor, el arquitecto o el músico tiene la facultad de mentir, de engañar al prójimo, y a sí mismo. El lenguaje de las artes no puede servir, en principio, sino a su finalidad directa, es decir, a la encarnación de un contenido espiritual, en tanto que al escritor le es fácil servirse de la palabra para la simple comunicación de ideas, propósitos, intenciones, sentimientos; mejor dicho, a fines que en sí son extraños al arte."

Dentro de las letras, vamos a tomar el ejemplo de la novela, que es, sin duda, el género literario que más interesa al punto de vista en que estamos ahora colocados,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

porque representa precisamente durante el siglo XIX —el siglo en que el estilo muere— el único modo de expresión literaria con evidente vigencia colectiva: el novelista del siglo XIX comunicaba realmente con su público. Sin embargo, y aunque el último en vacilar y debilitarse, el género novelesco recorre —no sin prisa— a partir de comienzos de este siglo, la misma trayectoria disolvente de las otras artes. En este sentido, en las obras más representativas de los últimos años —en las de Proust y Joyce, por ejemplo—, la separación entre los personajes de la novela y la persona de su creador (la vida autónoma del personaje es el signo de autenticidad de una novela) irá poco a poco menguando hasta desaparecer completamente. La novela se transforma, así, en la pantalla en que las imágenes "*du temps perdu*" se proyectan y recuperan; o bien, como en el caso de Joyce, en la radiografía del monólogo interior.

Para concluir con esta enumeración de los efectos de la ausencia de estilo en la obra de arte, quisiera referirme también a la pintura y dentro de ella a la escuela cubista, por considerarla especialmente ilustrativa de lo que aquí se sostiene. Decía, al comenzar este ensayo, que la obra de arte en su aspecto *esencial* está regida por principios formales que la someten a una firme ordenación intelectual. Es el aspecto *artístico* de la obra de arte.

Ahora bien, el cubismo, dentro de la pintura contemporánea, representa, precisamente, la tentativa de llegar a la creación de la obra de arte siguiendo su pura línea formal. Pero esta tentativa estaba desde su planteo —aunque beneficioso de hecho, por razones que son notorias— condenada al fracaso. Un cuadro cubista no llega

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a ser nunca una obra de arte completa, sino apenas —y en el mejor de los casos— la resolución de dificultades técnicas previas. A fin de cuentas, una pintura para pintores y no un arte para el público.

En la *Deshumanización del Arte*, uno de los breves capítulos que la dividen, lleva este nombre: *Arte Artístico*. No escapaba a la genial penetración de Ortega que el arte nuevo, deslumbrado por el hallazgo consciente de las condiciones formales de la obra de arte, pretendía alcanzar por ese sólo camino, la meta que únicamente se logra a fuerza de andar por varios a la vez.

Se ve ya, con claridad, la distinción entre arte clásico y arte romántico. El llamado Arte Clásico es simplemente el Arte, es decir, el don creador del artista en la plenitud de sus elementos constitutivos.

El Romanticismo atestigua, en cambio, el momento en que la facultad creadora del hombre por primera vez va a dividirse, a aislarse, a enrarecerse. Víctima ilustre de una crisis que la excede infinitamente, la obra de arte, a partir de ese momento, no encontrará ya el equilibrio viviente de las épocas clásicas.

"El Arte Clásico, dice Teodoro Haecker, se da con ocasión del encuentro del más grande potencial artístico con el más grande tema real. He ahí, la primera máxima del arte clásico. El creador de una obra clásica, no inventa nunca su tema, sino que es creador y poeta en el dominio de aquellas posibilidades que permite descubrir a su libertad creadora, el tema real que se le da realmente."

Para resumir esta última consideración digamos en consecuencia:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El artísta clásico vive, por decirlo así, simultáneamente en tres mundos distintos: en el mundo visible de las costumbres, imágenes, sentimientos e ideas de su época; en el mundo invisible, aunque no menos real del estilo de cultura, que organiza al primero en unidad coherente y firme; por último, en el mundo intemporal y quieto de los principios formales del arte.

Ahora bien, si de los tres elementos enumerados, llegase a faltar el segundo, es decir el estilo, no por esta razón la obra de arte se verá privada de apariencia física. A pesar de ello, habrá siempre cuadros, esculturas, poesías, libros de imaginación. Lo contrario ocurriría, en cambio, si faltase alguno de los otros dos elementos señalados: la obra de arte no podría ni siquiera hacer el simulacro de existir.

Tenemos, por lo tanto, que como el artista, por una parte, no puede dejar de cumplir con su ley personal de creación ("Tu primer ley creador, crear", decía Rubén Darío en un prólogo célebre) y, por otra, carece de comunicación humana —es decir, total— con el mundo que lo rodea, comunicación que sólo es posible, según hemos visto, dentro de la estructura cultural de un estilo, el acto de creación de la obra de arte adolecerá en su momento más esencial, en su momento formalmente *subjetivo*, (1) vale decir cuando la imagen subjetiva del artista va a adherir a la indeterminada materia que

(1) Nos hacemos cargo del margen de imprecisión a que el término *subjetivo* de lugar. No es posible, sin embargo, entrar a más extenso desarrollo. En todo caso, no se lo interprete en sentido idealista. Conviene recordar, tal vez, lo que César E. Pico decía en una disertación de *Convivio*: "Hablamos de subjetividad en tanto las mismas captaciones objetivas del espíritu están como incorporadas en las entrañas abisales

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

espera y pide la forma individualísima, la obra de arte adolecerá, decimos, en el momento de su génesis, de insanable defecto.

Por eso es que el arte de nuestro tiempo, en su nota más profunda, sólo traduce esta grandeza: la desesperada conciencia de su limitación, de su heroico aislamiento.

Y de ahí, también, que, aun cuando la obra de arte contemporánea, considerada en su pura calidad artística, sea tan valiosa y noble como las más altas de otras épocas, lo cierto es que, sometida esa misma obra a una valoración objetiva, esto es, a una valoración que considere en ella todas sus formalidades —no sólo la puramente artística, sino también la social e histórica— la obra de arte de un medieval, la de un artista del renacimiento, hasta la de un rococó, se sitúa en un plano infinitamente más alto que la actual.

El gran consejo clásico que Goethe daba a los artistas jóvenes de su época: "Henchid vuestro espíritu y vuestro corazón de las ideas y de los sentimientos del siglo en que vivís y la obra de arte nacerá", no tiene ya vigencia en nuestro tiempo. El artista del siglo XX sabe —con duro saber de padecimiento— que no basta escuchar apasionadamente la voz del siglo para que la obra de arte surja. Sabe que tampoco bastan la inspiración y el don artístico aislados. No bastan las nueve musas.

del yo. Si consideramos al arte como un valor debemos insistir en la nota de subjetividad —no excluyente de sus raíces y aun contenidos objetivos— que el *valor* posee frente a la noción clásica de *bien*. Diríamos que el *valor*, noción aportada por la filosofía moderna, es el bien objetivo en tanto apropiado y subjetivizado por el espíritu".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Para que la voz del siglo nutra el espíritu del artista, ha de venir asumida en el ordenamiento melódico de un estilo. El estilo es, pues, la décima musa. Pero musa real, y no imaginaria; histórica, y no mitológica.

MÁXIMO ETCHECOPAR.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A ADRIANO DEL VALLE

y Rossi en sus Romances a la Inmaculada Virgen María

I

Alta brisa de líquida azucena
con mano de pulquérrima fragancia
pulsa del arpa la cordial prestancia,
sidérea espuma en la celeste arena.

La Totta Pulchra, Luz de Gracia Plena,
se espeja en el poeta y la jactancia
de Luzbel, vanidad de la arrogancia,
a cárceles de nardos se encadena.

Angeles de cristal, aves celestes
en florestas de sol, alas de aromas
rítmicos, son de melodías huestes.

De Assís fraternas alas las palomas
no arrullan tanto amor, ni son las vestes
angélicas del céfiro en las lomas

jazmíneas ante el cántico a María,
sal y azucena y luna la Poesía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

II

La brisa de Sión no fué tan leda,
ni el alba luz de gracia tan pristina,
ni flor Rioja, ni panal Cetina,
hubieron tanta miel ni tanta seda.

No floreció de gozo la arboleda
ni el alma en nardo espuma alabastrina,
azucena en estrofa nacarina,
ni fué trino el arroyo en la alameda.

Cuando cantaste, enmudeció Natura,
contigo amó a la Luz la criatura
en la imperecedera de María.

Y, todo sueño en místico derroche,
el sol iluminó de azul la noche
y se hizo luna el esplendor del día.

III

Paneles de vitral labras por versos
y paneles de mieles por poesía,
vidriero y abeja de María
de cristal y de nardo en universos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De las medallas de la noche anversos
tus rimas son, y el sol su melodía
en ellas trueca en luna, y su armonía
el mar en oración, al Orco adversos.

En neblíes de imágenes cabalga
el astro azul, antes que el oro salga
a engarzar el topacio en la colina.

Y tu alma, enjambre de azahar y trino,
imita en dulcedumbres al Divino
Colmenero de Tirso de Molina.

IV

En magnolia y jazmín trocando abrojos
mística Ofelia tu alma, do más brillas,
signa con pluma de ángel de rodillas,
como pinta el de Fiésole de hinojos.

De azahar y azucena son los ojos
y el corazón que esparcen las semillas
de tanto albor y tantas maravillas
de nieve y de zafir, del alba enojos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Poeta mariano, en los alcores
del sol, de casta luna coronado,
¿qué mayor galardón para tu estro?

Por transfundir la rima en miel y en flores,
la Ciudad Mariana te ha tornado
colmenar y jardín al Mal siniestro.

FERNANDO DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL ESPIRITU DE LA FILOSOFIA

Tomista a través de su princio orgánico fundamental del Acto y la Potencia

SUMARIO: 1. Diferentes modos de formular el principio fundamental del tomismo. — 2. La Filosofía del ser, esencia y espíritu del tomismo. — 3. El acto y la potencia, principios constitutivos del ser y de sus determinados modos de ser. — 4. El determinado ser o acto del hombre —el alma espiritual unida substancialmente a la materia— es quien determina el grado de su conocimiento, su objeto formal propio: la "quidditas rei materialis". La analogía del conocimiento humano en lo que concierne a los grados superiores del acto, determinada por la doctrina de la potencia y del acto. — 5. La doctrina de la potencia y acto da también razón del proceso psicológico del conocimiento: la inmaterialidad o acto determina el grado de inteligibilidad y de inteligencia de los seres. — 6. Aplicación de esta doctrina a los distintos seres. — 7. El orden moral no se establece sino como el acto (o su privación) de una potencia libre (voluntad). — 8. Caracteres de esta síntesis: realismo e intelectualismo. — 9. Teocentrismo; toda la realidad sale, por creación, y torna al Acto puro de Dios, que es la clave de todo el sistema de S. Tomás.

1.

HAY una fórmula, que no por lo repetida —casi siempre sin medir todo su profundo alcance— deja de entregarnos el espíritu de la filosofía de S. Tomás, al decirnos de ella que *es la filosofía del ser.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El ser es lo que hace inteligible las cosas. En la medida en que el ser constituye y es la realidad, ésta es en sí —no siempre para una determinada inteligencia— inteligible y filosofable. El ser es, pues, quien, por una parte, da consistencia ontológica a la realidad en todos sus planos jerarquizados, es razón de esa misma medida y jerarquía de realidad, y, por otra, es el manantial inagotable que en la misma medida de su ser o acto alimenta y fecundiza la inteligencia. El es la realidad en todos los órdenes, y en ese mismo grado es la luz que ilumina y determina objetivamente la inteligencia y a la vez quien subjetivamente la constituye tal en la medida de su perfección inmaterial.

Este principio central y animador de todo el sistema de S. Tomás de que lo *inteligible es el ser* o de que el *ser es principio de la inteligibilidad de la realidad*, puede enfocarse desde distintos planos filosóficos: *psicológico, gnoseológico, lógico y metafísico.*

a) Desde el primer punto de vista este principio enunciaría el valor y alcance de nuestra inteligencia. El objeto formal de nuestro entendimiento es el ser y nada hay que —bajo este aspecto— él no pueda alcanzar. Psicológicamente considerado tal principio es la afirmación de lo que con razón se ha llamado —como caracterización o espíritu de su filosofía— *el intelectualismo de S. Tomás*(1) y que podría traducirse así: la extensión de la visión e indagación intelectual está demarcada por el ser. Pero el objeto formal de la inteligencia humana no es el ser concreto e individual

(1) Cfr. Pierre Rousselot S. J., *L'Intellectualisme de Saint Thomas*, 2ª edic. Beauchesue, París, 1924.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sino el ser material abstractamente considerado, vale decir, despojado de las notas materiales y consiguientemente individuantes. Y en este sentido entra aquí toda la magnífica doctrina tomista de la abstractación total y formal con sus diferentes grados para explicar cómo a partir de este objeto formal propio, la esencia del ser material, entra en nuestra inteligencia toda la gama del ser hasta en sus grados superiores y más perfectos.

b) Desde el punto de vista lógico material, de nuestros conceptos objetivamente considerados, el principio o alma del sistema tomista se traduciría en una afirmación y precisión del alcance *real* de nuestras ideas, principio que podríamos formular así: nuestros conceptos objetivos no son funciones o modos subjetivos de objetivación, a la manera kantiana, sino aspectos de la misma realidad alcanzados en su misma trascendencia o alteridad ontológica. Frente al nominalismo como conceptualismo antiguo y moderno de tipo idealista o materialista, que reduce nuestras ideas a puros nombres o categorías "a priori", y frente al realismo exagerado antiguo y medioeval de tipo platónico, que da realidad objetiva a las ideas universales, S. Tomás defiende un *realismo moderado:* nuestros conceptos objetivos captan por identidad intencional aspectos o facetas de la realidad individual *(id quod)*, pero, mediante la *abstracción* negativa de las notas individuantes, llegan a alcanzar sólo en nuestra inteligencia la forma de universalidad *(modus quo)*, que por lo demás en nuestros juicios directos no es atribuída a la realidad misma. Apropiándonos el lenguaje moderno

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

diríamos que nuestros conceptos son reales en su contenido, pero puramente mentales en cuanto a su forma de universalidad.

c) Dentro de esa medida ajustada a la experiencia y a las exigencias de nuestro conocimiento, S. Tomás afirma vigorosamente el valor real de éste, ya por reducción al escepticismo universal, ya por la multiplicidad de los objetos de la ciencia, ya, en fin, por un análisis reflexivo sobre la naturaleza de la actividad mental. En este sentido el principio central del tomismo estaría constituído por la tesis gnoseológica del *realismo*.

d) Tomado desde un punto de vista puramente formal de lógica, el principio fundamental de la filosofía tomista sería la doctrina de la *analogía del concepto del ser*, concepto de unidad imperfecta —colocado entre el unívoco y el equívoco— que permite abarcar en él toda la realidad en su esencial diversidad.

e) Pero *intelectualismo*, *abstracción*, *realismo* y *analogía* no son sino modos secundarios y derivados (psicológico, gnoseológico y lógico) de formular el principio que anima y da fisonomía al tomismo, principio que se coloca primariamente en un plano definidamente metafísico: *todo es inteligible por el ser*, la filosofía es una meditación sobre el ser. Es el ser quien determina a la inteligencia y sus diferentes modos y sectores de entender, porque es él quien primero determina los diversos grados de perfección de la realidad, gracias a la intervención del doble principio de perfección e imperfección, de luz y de sombras, de inteligibilidad e hipo-inteligibilidad, de amplitud y restricción, de deter-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

minación o indeterminación, de ser y de no-ser, de *acto* y *potencia* con que se realiza.

Y henos ya en el corazón y en el alma del tomismo, en su "esencia" como lo ha llamado el P. Manser (1), en esta doctrina del acto y la potencia que da solución al difícil problema de lo estable y del devenir del mismo ser, explica la gradación ontológica de la realidad, y da razón del modo y alcance preciso del conocer humano en todos los grados de su objeto, al considerarlo e iluminarlo como realidad y determinada realidad.

En cualquier momento de cualquiera de los aspectos que constituyen el único problema total de la filosofía, en la solución tomista encontraremos siempre de un modo u otro, como clave de solución, la doctrina del acto y la potencia.

2. — Y no podía ser de otro modo. Porque si toda la realidad, sin excluir la realidad de nuestro conocer, es ser y por el ser, y si el ser consta siempre y mide su grado de ser por la intervención del acto y la potencia, es claro que hasta donde se extienda la realidad de cualquier género, su explicación definitiva la darán el acto y la potencia. De ahí que el alma que organiza, da fisonomía propia y anima al tomismo, como síntesis vigorosa y prieta del ser, ajustada a sus exigencias en todas sus partes, es la doctrina del acto y la potencia, que, por otra parte, lo deja sistema

(1) Cfr. *Das Ulesen des Thomismus*, 2ª edic. Rütschi, Triburgo (Suiza), 1935.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

siempre abierto a todas las conquistas del ser, dotado de un poder de asimilación capaz de incorporar a su síntesis todas las manifestaciones nuevas o antes desconocidas de la realidad y dar cumplida explicación a todos los problemas nuevos o nuevamente planteados de la filosofía.

Lo que llamamos el espíritu del tomismo no es tanto la solución concreta de sus problemas, como la unidad de los principios con que los solventa y que lo anima en todas sus partes ya construídas y que en el porvenir seguirá elaborando, que le da vigor, consistencia, conexión y continuidad a través de los siglos y de sus más diversos cultores. De ahí la importancia de subrayar y tomar conciencia del *espíritu del tomismo*, que anima la síntesis concreta de S. Tomás, pero que la rebasa infinitamente, dejándola abierta a continuos avances e incorporaciones de nuevas soluciones para nuevos problemas, elaborados bajo el aliento de ese espíritu, de esa filosofía fiel y constantemente estructurada sobre el ser y organizada toda ella en las conexiones del acto y la potencia.

3. En los estrechos límites de un artículo no podemos desarrollar esta tesis, que equivaldría a desarrollar bajo este ángulo todo el sistema de S. Tomás. Habremos de contentarnos con señalar tan sólo el papel que estos dos principios desempeñan en la constitución de los seres en toda su extensión.

Ante todo conviene detenernos —aunque sea sólo para señalarlo— en el origen histórico del genial des-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cubrimiento de esta doctrina de Aristóteles, adoptada y desarrollada luego en todo su amplio alcance metafísico por el Angélico Doctor. Conocido es el célebre debate con sus soluciones antagónicas e irreductibles entre Heráclito y Parménides sobre el ser y el devenir. Reducido a lo esencial, el primero afirma que la realidad es nada más que cambio, devenir, que nada es estable y consistente, nada permanece idéntico a sí mismo: ateniéndose al hecho empírico, a los datos sensibles, niega el ser, objeto de la inteligencia. El segundo procede en un orden inverso: la realidad es ser, todo es, no existe ni puede existir el cambio, el devenir, que implicaría el no-ser, y consiguientemente todo es un mismo y único ser: exalta y defiende el objeto de la inteligencia y de rechazo aniquila como ilusorio el de los sentidos. Indudablemente, bien que equivocados los dos, Parménides llevaba la mejor parte, porque salvaba lo que más vale: la inteligencia y su objeto. La solución definitiva, alcanzada por Aristóteles, a través del sistema Socrático-Platónico, se presenta como una purificación, precisión y progreso de la respuesta eleática.

Platón, siguiendo las huellas de Sócrates, sin negar del todo la realidad sensible, la deprime en una exaltación desorbitada del objeto de la inteligencia, del ser único del "venerable Parménides", atomizado en la multitud de las ideas universales substanciales.

Recién en Aristóteles encontramos la respuesta cabal del problema. Es verdad que el objeto de la inteligencia es el ser, o la forma o esencia de las cosas materiales; pero este objeto —el contemplado por él es casi exclusivamente el mundo físico— no existe *como*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tal ni en la realidad cambiante, objeto de nuestros sentidos, ni en un mundo aparte al estilo de las ideas platónicas, ni siquiera en nuestro conocimiento, bien que se encuentra en el primero y en el último: en la realidad concreta identificado con las notas individuantes y en nuestra inteligencia despojado, *abstraído* de tales notas. Es una esencia realizable en dos estados: *individual* en la realidad concreta y *universal* en nuestra inteligencia. Tiene, pues, razón Heráclito cuando dice que la realidad es cambiante, cuando afirma el devenir; pero tiene más razón todavía Parménides al sostener que la realidad es el ser o esencia de las cosas. Y ninguno de los dos la tiene al negar la afirmación del contrario.

Mas, ¿cómo este ser, esta esencia o forma de las cosas sensibles —de que arranca nuestra inteligencia— inmutable e idéntica a sí misma, se presenta como cambiante y limitada en la realidad sensible? Porque, responde Aristóteles, el ser no sólo es *acto* o perfección, entraña también un principio pasivo, una *potencia* que lo recibe y da lugar al cambio, al ser determinado ya por una, ya por otra forma o acto esencial, ya por sucesivas y aún superpuestas formas o actos de existir accidentales. La doctrina metafísica del acto y la potencia da razón del ser y del cambio.

De aquí —consecuencia psicológico-gnoseológica de la tesis metafísica— que si toda la realidad es, el concepto de ser no es, como quería Parménides, un concepto unívoco, que expresa una realidad única e inmutable. El ser se realiza de diversas maneras, más o menos perfectamente de acuerdo a la preponderancia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

del acto. Por eso el concepto que lo expresa es análogo: significa algo que se da en todos los seres, pero realizado de diversas maneras; encierra en este mismo concepto, en que todos los seres convienen, los modos de ser en que difieren. Y como el hombre comienza conociendo como objeto formal propio —vale decir como el objeto inmediatamente alcanzado y mediante el cual alcanza los demás— el acto más imperfecto del ser: la forma o esencia de las cosas materiales, los demás grados del ser los conoce sólo imperfectamente, mediante conceptos elaborados por afirmación o negación a partir de este concepto inicial. Por eso cuando encierra en un concepto a todos los seres (que implícitamente están en él con todos sus modos esencialmente diferentes de ser), los seres superiores, inmateriales, sólo están imperfectamente significados por él, en la luz de la forma o acto de los seres materiales.

Aristóteles consideraba ante todo el acto y la potencia del orden físico, la materia y forma de la esencia de los seres materiales. Es muy probable que haya visto, o vislumbrado al menos, la composición de esencia y existencia de todo ser creado, en oposición al Acto puro, a Dios, cuya esencia es su existir. Pero en todo caso es a S. Tomás a quien cabe el mérito de haber penetrado en toda la significación metafísica y extensión universal de ambos principios de potencia y acto —y del correspondiente concepto análogo del ser— al trascender la composición esencial de potencia y acto de los seres materiales (materia y forma) para llevarla a todos los confines del ser creado, mediante la distin-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción de la esencia y de la existencia, reservando sólo para Dios la negación de toda composición, quien es por eso, su Acto puro de existir sin potencia de ningún género.

Con tales nociones, precisadas en su cabal alcance y llevadas ajustadamente a todos los confines del ser, S. Tomás elaborará la fuerte síntesis de su sistema en su totalidad y en cada una de sus partes, como veremos a continuación en el decurso de este trabajo.

Estas dos nociones, como el ser que constituyen, no son capaces de definición estricta: están entre las primeras nociones, indefinibles por ende, superiores y trascendentes como son a todo género y diferencia. Podemos, sin embargo, entender lo que ellas quieren decir. El acto es lo mismo que perfección o existencia. La potencia en cambio sólo la podemos concebir como una ausencia del acto, como una capacidad de recibirlo.

Siendo el acto la noción simple de perfección o existir, síguese que el acto de sí no tiene imperfección, y consiguientemente tampoco límites, que es infinito y, por ende, también único. La noción de potencia en cambio encierra esencialmente imperfección, limitación, no ser o existir. El acto o perfección, pues, sólo por la intervención de la potencia en que se recibe puede ser limitado y multiplicado. La potencia para recibir y limitar al acto ha de distinguirse realmente de él.

A la luz de estos principios la jerarquía de los seres se establece de acuerdo a la mayor intervención del acto y menor de la potencia: Un ser es tanto más perfecto, más ser, cuanto más acto es y menos potencia. A medida que disminuye el acto y crece la potencia, ba-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ja el nivel de la perfección y descendemos en la escala de los seres. La realidad, por eso, va desde el Acto puro de Dios, sin potencia alguna, hasta la pura potencia sin acto alguno de la materia primera, con todos los intermedios en mayor o menor escala de acto y potencia.

El punto superior de arranque es Dios, el "primum esse", Acto puro o puro existir o perfección infinita, sin potencia o imperfección alguna, del que descienden y participan por creación los demás seres. Todo otro ser, desde que no es ni puede ser Dios, no es su existir, sino que recibe y tiene un existir por eso mismo finito. Todas las creaturas, pues, están compuestas de un acto o existencia, limitada por una esencia en que se recibe. La distinción y composición real de la potencia y el acto que constituye el ser finito de todo ser creado, está constituída por la esencia y la existencia. Sólo en Dios, por identidad real y formal, la esencia es su existencia. Fuera de El, todo ser está compuesto de esencia y existencia, es una esencia que contingente y finitamente recibe su existencia. Es así como por la doctrina del acto y la potencia queda trazada la línea divisoria entre el Ser divino y el ser creado.

Pero entre las creaturas existe una diversidad y multiplicidad inmensa.

¿Cómo podrán diferenciarse y distinguirse si toda su realidad es ser? Nuevamente la noción de acto y potencia introducida esta vez en el seno mismo de la esencia va a dar razón de la diversidad de los seres. Por un lado los seres cuya esencia es simple, compuestos solamente de esencia y existencia, y por otro, los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

seres que a más de esta composición poseen otra en su misma esencia: la materia y forma, como potencia y acto respectivamente. Los primeros son los puros espíritus, cuya esencia simple e irrecepta es por eso mismo ilimitada en su orden e individualizada por su forma y consiguientemente por su propia perfección o notas específicas. De ahí que la determinación específica e individual sean coincidentes en los ángeles, y que cada uno, al poseer toda la perfección de su especie, sea no sólo individual sino específicamente diferente de los demás. Recojamos de paso esta concepción tomista no sólo más conforme a los principios sino más gloriosa para la magnificencia de Dios. Los segundos son seres materiales, compuestos en su esencia de materia y forma. No sólo están coartados a la perfección específica de la esencia por su forma (potencia receptiva del acto de existir) sino que dentro de esta perfección específica de cada uno están limitados por su materia "signata quantitate" a un determinado ser individual. Es así como la individuación —a diferencia de los puros espíritus— sobreviene como una nueva limitación dentro de la especie, a causa de la nueva composición esencial de potencia y acto. Tal el origen de la multiplicidad numérica individual sobrevenida a la unidad de la especie.

Dentro de los seres materiales la diversidad se funda en la mayor perfección de la forma, vale decir, en el grado de su acto o inmaterialidad que la hace más o menos independiente de su materia, desde la forma o alma del hombre, que alcanza la inmaterialidad perfecta, vale decir, su espiritualidad en su ser total y en su operar específico (entender y querer), hasta la forma

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de los seres anorgánicos, pasando por las de los seres orgánicos conscientes (animales) e inconscientes (vegetales).

Más abajo, entre el ser y la nada, está la pura potencia real, la materia primera, que por su concepto mismo no puede existir sola, porque es la pura indeterminación real que para existir necesita ser determinada como esencia y existencia.

La diferenciación específica última de los seres materiales —excepto la del hombre— se nos escapa y sólo la conocemos por sus manifestaciones fenoménicas — las especies vulgares y científicas. Pero tales diferenciaciones sensibles tienen su causa en la diferenciación de las formas o actos de la esencia, no alcanzada en sí misma por nuestra inteligencia sino en sus efectos. Hasta en sus últimas determinaciones, pues, la diversidad de los seres está determinada por la gradación de las formas o actos.

La materia, como pura potencia y último sujeto receptivo de la forma, señalada y como fragmentada por su esencial relación a la cantidad que dice sucesión y orden de partes en el lugar, se constituye en principio de individuación. La forma, una misma en todos los individuos en cuanto a sus notas específicas, sin ser modificada en nada en éstas, es simplemente individuada, como sellada del modo expresado por la materia primera "signata quantitate". La materia primera, por una parte, por su esencial indeterminación, no puede modificar en nada las notas específicas de la forma, y por otra, por su calidad de pura potencia o

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sujeto receptivo, limitada y señalada en el espacio por su relación a la cantidad, sella y limita con la marca individual a la forma.

De este modo la doctrina del acto y la potencia da razón de las gradaciones y jerarquía del ser en sus diferenciaciones esenciales y específicas y también en su multiplicidad numérica, desde la concentración y perfección máxima del ser en el Acto puro, hasta su último grado en el ser material individual, más aún, hasta en la misma pura potencia de la materia primera. Entre la luz del acto que desciende de arriba, como participación del Acto puro de Dios, y la sombra de la potencia que asciende de abajo, como participación de la nada, como irrupción de la limitación, se establece toda la gama de los matices intermedios de los clariobscuros, de luz y sombra, del acto y la potencia, que constituyen la diversidad y distinción de los seres.

4. Cada ser obra conforme a la naturaleza de su propio ser. "Agere sequitur esse". Es la forma en estado dinámico que tiende a su perfección, a su plenitud, mediante el juego de potencia y acto. Todas las perfecciones accidentales alcanzadas por el obrar de los seres —por su conocer, querer y demás actos inferiores— no son sino movimientos de una potencia inclinada naturalmente —y remotamente por Dios, Autor de esa naturaleza— a alcanzar su acto, el que conviene a su ser.

También el hombre tiene su ser propio, y conforme a él su obrar específico. Compuesto de alma y cuerpo, pero con un alma espiritual, su obrar específico: el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

conocimiento de la inteligencia y el querer de la voluntad, se coloca en este plano superior y último pero *objetivamente* dependiente de la materia exterior y de la propia.

De ahí que esta inteligencia espiritual tenga como objeto formal el ser, la esencia inteligible de la realidad, pero como inteligencia encarnada no pueda alcanzar su objeto sino en el ser de las cosas materiales y a través del ministerio de sus sentidos: la "quidditas rei materialis" es el objeto formal propio, el primero y único directamente alcanzado a través de su único contacto intuitivo y sensible con la realidad. Para conocer el ser ella sólo tiene una puerta, la de los sentidos, y éstos sólo le ofrecen el ser de la realidad material, el acto sumergido en los abismos potenciales de la materia. Tal es la grandeza y la miseria de nuestro conocer, colocado en el mismo grado de perfección que el de nuestro ser: espíritu unido substancialmente a la materia.

De ahí que si el ser y la inteligencia provengan del acto —la potencia como pura indeterminación no es por sí inteligible— la inteligencia humana sin embargo lo alcanza como su objeto propio en las cosas materiales, extrayéndolo gracias a la abstracción de la pura materia que lo obscurece e impide su inteligibilidad en acto. Tal la inteligibilidad pobre —el último grado de la inteligibilidad y verdad ontológica— que ilumina nuestra inteligencia y la saca de su sombra potencial a la luz de su acto: la forma o acto del ser sensible. Los tramos superiores del acto, que sobrepasan ese acto ín-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fimo de las formas materiales, sin coartaciones ni sombras, para entrar en nuestro conocimiento habrán de bajarse y penetrar por esa puerta angosta; y en la luz de ese conocimiento del más pobre de los actos, alcanzaremos pobremente los actos más encumbrados de toda la gama del ser, sin excluir al mismo Dios. Afirmando lo que de acto o perfección tienen esas formas y excluyendo lo que de imperfección o potencia encierran, por la vía afirmativa o catafática y por la negativa o apofática —más por ésta que por aquélla— nuestra inteligencia de animal racional llegará a significar realidades espirituales y divinas. La luz de los elementos conceptuales originarios del más pobre e ínfimo de los actos se proyectará hacia arriba para entregarnos en la penumbra de la analogía las realidades de los actos superiores.

La doctrina de la analogía no es más que el aspecto lógico de la doctrina metafísica del acto y la potencia. Así como en el orden metafísico hay un descenso sucesivo del acto que va determinando la inmensa variedad específica de los seres, pero conservando todos ellos este parentesco del acto que los vincula en la unidad imperfecta del ser, de un modo inverso, puesta en contacto con el grado ínfimo del acto, la forma del ser material, nuestra inteligencia puede correrse por esa línea del acto que atraviesa todo el mundo de la realidad, y proyectar la inteligibilidad del acto de los seres materiales, el primero e inmediatamente alcanzado, hacia toda la serie ascendente de actos o de ser. Claro que la pobreza del concepto inicial sigue pesando cada vez con más fuerza

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción y purificación de las notas materiales con que se encuentra realizada en el objeto de la imaginación? Si el objeto de la inteligencia humana es además la "quidditas" o forma del ser sensible no individual sino universal, ello es debido a que, despojada de las notas materiales que se oponen a su inteligibilidad en acto, ipso facto ha sido despojada de sus notas individuantes.

Pero para tal proceso de actualización o desmaterialización de la forma sensible ha sido preciso una causa proporcionada, un entendimiento espiritual en acto, el entendimiento agente, capaz de hacer vivir una nueva vida, inmaterialmente, a la misma forma hundida en el orden físico, en la ininteligibilidad de la materia.

Pero no sólo de parte del objeto por conocer, también de parte del sujeto cognoscente es la doctrina del acto y la potencia quien da razón del hecho del conocimiento. Y es aquí donde la doctrina de S. Tomás alcanza en la simplicidad de sus principios la categoría de lo genial, y es en todo caso la única que explica la realidad de ese misterio que es el conocimiento, sin deformarlo previamente y sin contradecirse, como hacen todos los demás sistemas (escepticismo, sensismo, positivismo, idealismo, etc.).

"Conocer —dice S. Tomás describiendo un hecho dado en nuestra conciencia— es devenir, hacerse otra cosa en cuanto otra". "Cognoscere est fieri aliud in quantum aliud". Conocer no es representar, sino devenir e identificarse intencionalmente con el objeto en cuanto objeto" *("ob-jectum")* en la inmaterialidad del acto propio del sujeto cognoscente. Esto que en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el orden físico es imposible, la conciencia nos lo atestigua como un hecho en el orden intencional. Hecho que todas las teorías deben respetar para explicarlo, sin deformarlo previamente con el objeto de adaptarlo a sus posiciones. ¿Cómo podemos llegar a esta identidad intencional con el objeto? La inteligencia finita del hombre no posee ni formal ni eminentemente las formas de los seres que conoce, tampoco posee ideas innatas. Para llegar a conocer la realidad necesita de una "species" o imagen que haga sus veces y que le dé no sólo la representación sino la identidad intencional con su objeto. Ya dijimos cómo el entendimiento en acto elabora una imagen inteligible en acto, despojándola de sus notas materiales de la imaginación. Por la acción determinante de esta "species intelligibilis" en acto, intencionalmente identificada con el objeto, nuestro entendimiento es fecundado y hecho pasar al acto de su *potencia*, al acto de conocer en la generación de su concepto o verbo en el que alcanza el objeto real trascendente en cuanto tal. Pero ahondando más todavía, ¿por qué el entendimiento es capaz de esa identidad intencional? ¿Qué es lo que permite al entendimiento pasar al acto no sólo de su potencia sino del objeto mismo intencionalmente identificado con ese su acto? Porque hay en el acto de entender, a más de la perfección de la potencia psicológica-intelectiva, una super-existencia, un como desborde de existencia otorgada al objeto trascendente en cuanto objeto. El acto de entender no sólo actualiza la inteligencia sino que al mismo tiempo actualiza la inteligibilidad del objeto mismo entendido, intencional-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente identificado con él en su alteridad objetiva, ya explicada.

Y bien, nuevamente la doctrina del acto y la potencia está en la base de la profunda y sintética solución de S. Tomás. Lo que restringe al acto es la materia. Las formas materiales están restringidas a su materia, con la que forman un compuesto distinto de ellas mismas. Una forma material no puede informar otro ser. El acto, en cambio, tiende a la amplitud, a evadir lo que limita y coarta. Por eso a medida que el acto de los seres materiales, la forma material, se independiza de la materia, tiende a una amplitud y perfección mayor en su actividad. Y cuando una forma logra su perfecta inmaterialidad, su espiritualidad, es capaz de extenderse a toda forma, no como potencia que recibe un acto para formar un tercero, pues no es sino acto simple e irrecepto en la línea de la esencia, sino como acto capaz de hacer partícipe de su propio ser o acto a otro en cuanto otro, vale decir, alcanza la perfección del entender, de la inteligencia. La raíz del conocimiento es, pues, la inmaterialidad, y la raíz del conocimiento intelectual es la inmaterialidad perfecta, la espiritualidad. Vale decir que la inteligencia está constituída esencialmente y nace de todo acto enteramente independiente de la materia.

Y hay más todavía. Los grados de esta inmaterialidad o actualidad perfecta o independencia total de la potencia esencial son los grados de la inteligibilidad del ser (como objeto) y de la inteligencia (como sujeto). Y así cuando una forma inmaterial depende de la ma-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

teria sólo capta, en el conocimiento sensible, las formas concretas y materiales. Una forma inmaterial enteramente independiente de la materia pero unida a ella, como el alma espiritual humana, alcanza las formas, vale decir, lo inmaterial, de los seres materiales pero de un modo inmaterial y universal; las formas inmateriales puras (las almas separadas y los ángeles) tienen por objeto sus propias formas enteramente inmateriales. Finalmente el objeto propio del entender del Acto puro es su propia esencia infinita, o mejor todavía, como enseguida veremos, el acto mismo de su entender: "intellectio intellectionis", "νόησις νοήσεως" como decía Aristóteles.

6. Lo que impide la inteligibilidad de la forma (como objeto) y la inteligencia de la forma (como inteligencia), es siempre su materia o potencia. En el mismo grado de su inmaterialidad, de la independencia de la potencia esencial, la forma es inteligible e inteligencia. Toda forma o está en otro o en sí misma. Cuando está en otro, o es recibida materialmente (por una potencia de la que se constituye acto) y forma entonces un compuesto y no es ni inteligencia ni inteligible en acto, y si depende intrínsecamente de la materia ni siquiera es inteligencia en potencia, aunque sí objeto inteligible por la desmaterialización con que otra forma enteramente espiritual puede captarla; o es recibida inmaterialmente y entonces es objeto de un conocimiento. Pero toda forma que no es recibida, o por lo menos que no depende intrínsecamente de la materia, vale decir, que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puede subsistir y operar sola, está en sí misma y se posee a sí misma inmaterialmente, es decir, como objeto de conocimiento, o en otros términos, es a la vez inteligencia y objeto inteligible. Toda forma espiritual o subsistente es, por eso, y en el mismo grado de su inmaterialidad o actualidad conocimiento de sí misma. La forma espiritual que sólo es acto primero (distinta de la existencia que la actualiza en acto segundo), es conocimiento de sí misma en acto primero y para conocerse a sí misma necesita pasar al acto segundo; mas la forma subsistente en acto segundo, el existir subsistente de Dios, es conocimiento siempre en acto de sí mismo, vale decir, que por la inmaterialidad perfecta y ausencia de toda potencia es forma inteligente en acto segundo. (intellectio: νόησις) y forma inteligible también en acto segundo: Dios el Acto puro de intelección de sí mismo, o mejor aún, de su misma intelección. Es la forma absolutamente en acto que se posee plenamente a sí misma de un modo inmaterial o cognoscitivamente en acto segundo, por identidad no sólo real sino también formal: objeto conocido y sujeto inteligente no sólo son una misma realidad sino un mismo concepto. Es νόησις νοήσεως, como dijera con toda precisión Aristóteles, es "intellectio intellectionis", la intelección de sí misma, es el puro acto substancial de Dios inmaterial u objetivamente poseído por sí mismo.

La doctrina del acto y la potencia explica así no sólo la doctrina psicológica-gnoseológica del conocimiento humano, sino también la de todo ser, incluso la de Dios. Conclusión nada sorprendente, desde que al dar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

razón del ser bajo todos sus aspectos, da también razón de toda actividad. Y los quilates del acto y el relajamiento de la potencia expresan no sólo la gradación jerárquica del ser, sino a la vez y en la misma medida los grados de la inteligencia y de la inteligibilidad. Verdad que podríamos sintetizar así: en la misma proporción de su acto, una realidad es, es inteligible y es inteligente.

7. Y podríamos añadir, apuntando ya hacia la moral, que una cosa en la medida de su acto es buena. Proposición que no presenta dificultad, desde que todo ser en la medida de su ser es bueno, así como en esa medida es acto.

No puedo sino tocar este vasto y complejo tema, del que ampliamente me he ocupado en mi obra *Los Fundamentos metafísicos del Orden Moral.*

Todo ser en la medida de su acto o perfección es *bueno.* La bondad no es sino el ser o acto con una relación de razón a un apetito —natural o cognoscitivo— a una potencia que tiende a su posesión para el acabamiento o actualización de su ser. El ser, pues, es bueno, en cuanto es un acto de una potencia. El movimiento hacia el bien de un apetito natural o cognoscitivo, necesario o libre-moral, es el movimiento metafísico de la potencia al acto. Y viceversa todo movimiento de la potencia al acto es un movimiento de un apetito a su bien.

Ahora bien; de los seres unos tienden a su bien por inclinaciones puramente naturales inconscientes y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

otros por inclinación cognoscitiva. Es lo que llama S. Tomás el apetito natural y el apetito elícito o voluntario. Aquél es siempre necesario. Este puede seguir a un conocimiento puramente sensitivo, a un conocimiento superior inteligente. En el primer caso se trata del voluntario imperfecto, o mejor, de actos espontáneos (apetito instintivo) también carentes de libertad. En cambio la tendencia hacia el bien consiguiente al conocimiento intelectual del hombre, tal cual existe en este mundo, es siempre un acto voluntario perfecto e intrínsecamente libre, un acto procedente de una potencia (la voluntad) con dominio activo sobre su actividad, capaz de abstenerse o de determinarse a su acto ya en un sentido ya en otro.

Mientras todos los apetitos inferiores del voluntario perfecto —sean naturales o cognoscitivos— están dirigidos a su bien o fin, es decir a su acto, al que les corresponde para su propia perfección, por leyes necesarias (físicas, químicas, biológicas e instintivas), el apetito espiritual y libre de la voluntad no lo está sino en cuanto al bien supremo y en abstracto, pero en modo alguno en cuanto al fin concreto y en cuanto a los medios. En cada acto la voluntad tiene en sus propias manos su destino, puede encaminarse o desviarse de su propio bien, que de hecho es Dios. O en términos metafísicos, la voluntad es una potencia que se encamina libremente a su acto y que puede, consiguientemente, alcanzar o perder su verdadero y propio acto o perfección.

Y es así como surge el problema moral, de la re-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gla y de la conformación o desviación de la voluntad para con ella. La norma moral no es sino el camino que señala a la voluntad el verdadero sendero que conduce a su perfección o plenitud, el cauce que lleva su potencia a su auténtico acto.

El hombre está natural y necesariamente ordenado hacia un fin: la Verdad y Bien en sí (que de hecho sólo se encuentran en Dios), o en otros términos, está encauzada hacia su felicidad por la actualización total de sus potencias: inteligencia y voluntad. La norma moral estará, pues, constituída por el último fin, por esta ordenación del hombre y de todas las cosas a su último fin. Aquello será bueno o malo que conduce o aparta al hombre de su último fin, o en términos objetivos, que lo conduce o aparta del conocimiento y amor de Dios, o en términos subjetivos, que lo lleva o desvía de su propia plenitud. Esta norma se refleja en la naturaleza humana —hecha por Dios para ese fin— y por eso aquello será bueno o malo que es conforme con su naturaleza. Y como Dios no puede no mandar al hombre lo necesario para conseguir el fin o acto por El impuesto, ni prohibir lo opuesto a ese fin, esta norma moral se manifiesta a la vez como ley divino-natural.

Pero esta norma-ley traducida a términos metafísicos, ¿qué es lo que manda sino la perfección ontológica del hombre, el tránsito de su potencia al acto, cuya plenitud está en el conocimiento y amor perfectos de la Verdad y Bien en sí, de Dios? Cuando la voluntad se ajusta a esta norma es buena, actualiza su perfección; y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mala cuando voluntariamente se aparta de ella y se priva del acto o perfección debida.

El perfeccionamiento moral, pues, no es sino un crecimiento ontológico del ser humano, dependiente de nuestra libertad; así como la depravación es un decrecimiento de este mismo ser libremente aceptado, es una privación —no una carencia— voluntaria del ser o acto debido y exigido por nuestro último fin o naturaleza. De este modo el bien moral no se constituye sino como un bien ontológico, la realización libre del ser o acto exigido *(deber ser)* por nuestro último fin o supremo acto y plenitud; y el mal moral es la privación libre de tal acto. La intervención de la libertad en su realización es la que trae consigo el carácter *moral* de este bien o mal, que tienen un sentido plenamente metafísico de acto y privación de acto debido a una potencia.

Todo el sector moral, por eso, no es sino un tramo del campo metafísico: el de la actividad de una potencia en busca de su acto, que depende de una libertad moralmente necesitada por su fin a su realización. El *tiene que ser*, y que necesariamente llega a ser en los demás seres irracionales, en virtud de leyes incrustadas en su propia naturaleza, como perfeccionamiento del ser, como tránsito de la potencia al acto, se manifiesta en el hombre racional y libre como *deber ser*, que él está moralmente obligado o necesitado a realizar en virtud de la norma y ley moral, a fin de alcanzar la actualización de sus potencias, su perfeccionamiento, su plenitud ontológica. La moral nace del Acto puro que ordena y mueve todas las cosas a través

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gla y de la conformación o desviación de la voluntad para con ella. La norma moral no es sino el camino que señala a la voluntad el verdadero sendero que conduce a su perfección o plenitud, el cauce que lleva su potencia a su auténtico acto.

El hombre está natural y necesariamente ordenado hacia un fin: la Verdad y Bien en sí (que de hecho sólo se encuentran en Dios), o en otros términos, está encauzada hacia su felicidad por la actualización total de sus potencias: inteligencia y voluntad. La norma moral estará, pues, constituída por el último fin, por esta ordenación del hombre y de todas las cosas a su último fin. Aquello será bueno o malo que conduce o aparta al hombre de su último fin, o en términos objetivos, que lo conduce o aparta del conocimiento y amor de Dios, o en términos subjetivos, que lo lleva o desvía de su propia plenitud. Esta norma se refleja en la naturaleza humana —hecha por Dios para ese fin— y por eso aquello será bueno o malo que es conforme con su naturaleza. Y como Dios no puede no mandar al hombre lo necesario para conseguir el fin o acto por El impuesto, ni prohibir lo opuesto a ese fin, esta norma moral se manifiesta a la vez como ley divino-natural.

Pero esta norma-ley traducida a términos metafísicos, ¿qué es lo que manda sino la perfección ontológica del hombre, el tránsito de su potencia al acto, cuya plenitud está en el conocimiento y amor perfectos de la Verdad y Bien en sí, de Dios? Cuando la voluntad se ajusta a esta norma es buena, actualiza su perfección; y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mala cuando voluntariamente se aparta de ella y se priva del acto o perfección debida.

El perfeccionamiento moral, pues, no es sino un crecimiento ontológico del ser humano, dependiente de nuestra libertad; así como la depravación es un decrecimiento de este mismo ser libremente aceptado, es una privación —no una carencia— voluntaria del ser o acto debido y exigido por nuestro último fin o naturaleza. De este modo el bien moral no se constituye sino como un bien ontológico, la realización libre del ser o acto exigido *(deber ser)* por nuestro último fin o supremo acto y plenitud; y el mal moral es la privación libre de tal acto. La intervención de la libertad en su realización es la que trae consigo el carácter *moral* de este bien o mal, que tienen un sentido plenamente metafísico de acto y privación de acto debido a una potencia.

Todo el sector moral, por eso, no es sino un tramo del campo metafísico: el de la actividad de una potencia en busca de su acto, que depende de una libertad moralmente necesitada por su fin a su realización. El *tiene que ser*, y que necesariamente llega a ser en los demás seres irracionales, en virtud de leyes incrustadas en su propia naturaleza, como perfeccionamiento del ser, como tránsito de la potencia al acto, se manifiesta en el hombre racional y libre como *deber ser*, que él está moralmente obligado o necesitado a realizar en virtud de la norma y ley moral, a fin de alcanzar la actualización de sus potencias, su perfeccionamiento, su plenitud ontológica. La moral nace del Acto puro que ordena y mueve todas las cosas a través

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

del hombre, y sobre todo a éste, a la conquista de su potencia de acto o perfección en la posesión de aquel Acto puro, de Dios.

Y es así como nuevamente sobre el basamento del ser y a la luz de la doctrina de la potencia y acto se organiza toda la ética en todas sus partes y ramificaciones del derecho, de la economía, de la pedagogía, etc.

8. Tal es el principio que, como alma de su doctrina, está presente y organiza el sistema de S. Tomás en su conjunto y en cada una de sus partes. Es el ser quien con su doble principio de potencia y acto estructura toda la síntesis del más grande de los doctores medioevales y le imprime el doble rasgo, que la caracteriza: su *realismo* y su *intelectualismo. El realismo,* porque como hemos esbozado nada existe ni es ni obra, ni siquiera el conocimiento, sino es como ser en su doble principio de potencia y acto. Y todo ser en la medida de su ser o acto es inteligible. Los límites del ser, son los límites del acto, y los límites del acto son los límites de la inteligencia. La condición humana de la inteligencia, sin embargo, el conocimiento de un alma unida substancialmente al cuerpo, hacen que la perfección de su conocimiento no esté en relación directa sino inversa con los grados del ser o del acto, y que los supremos tramos del ser, los más inteligibles en sí, sean los más imperfectamente alcanzados por nuestro entender. Pero aún entonces los grados de su propio acto o ser son los grados de su conocer: el objeto formal propio de su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

inteligencia y su modo connatural de entender son los de un acto —forma— enteramente inmaterial pero unido substancialmente a la materia y dependiente objetivamente de ésta en su operación específica. De ahí que S. Tomás profese un sano *intelectualismo*, distante a la vez de dos excesos: de un racionalismo demasiado confiado en el poder de la inteligencia y de un escepticismo o idealismo desconfiados del todo de esa capacidad objetiva.

Pero ambos rasgos que dan fisonomía a su sistema, proceden y están determinados, como hemos visto, por su doctrina del ser, que todo lo constituye y organiza hasta en sus últimas determinaciones: realidad y conocimiento, realidad estable y devenir, inteligible y sensible, universal e individual, merced a su doble principio del acto y la potencia.

9. Pero de entre los dos principios evidentemente es el acto quien lleva el cetro y ejerce la supremacía, como que solamente él es el ser o perfección; la potencia sólo juega el papel de limitación del acto y condiciona su multiplicación y su movimiento o devenir. El punto de arranque de toda la realidad —y de la sistematización tomista que se estructura sobre el ser y sus exigencias— es el acto, el Acto perfecto de Dios. El es el acto puro que, causa primera creadora, hace partícipes de su acto a los demás seres, que son, por eso, en la precisa participación del Acto divino. Toda la gama inmensa, casi infinita, de seres creados, todos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ellos en mayor o menor grado esencialmente compuestos de potencia y acto, está causada y sostenida en su ser —tanto en su origen como en su conservación— y en su devenir por el influjo permanente del Acto puro. El es el único que siendo su propia y pura existencia no puede dejar de existir ni necesita de otro para ser y obrar, y de quien a su vez todos los demás reciben y necesitan para existir y obrar a causa de su indeterminación o contingencia para llegar a existir, y de su improporción para superar el desnivel que en toda producción de un ser y en todo obrar existe del tránsito de la potencia al acto. Todo lo que llega a existir y todo lo que llega a producirse en cualquier orden de ser y de actividad supone una elevación en el nivel del ser, un tránsito de lo inferior a lo superior, del no-ser al ser, de la potencia al acto, que sólo puede ser salvado por o con la moción de Aquel, que siendo el Acto puro, posee eminentemente toda perfección o acto creado. Es Dios, pues, la Perfección siempre en acto, quien —aún en el caso de la intervención de las causas segundas— causa y mueve todo acto o ser determinado en cuanto acto o ser. Mientras las causas segundas son la causa de *tales* seres, Dios, sea que obre solo, sea que como Causa primera y principal obre con ellas —y siempre ha de hacerlo moviéndolas y obrando con ellas, sin excluir la voluntad humana, para salvar el desnivel ontológico del acto y la potencia— Dios, digo, el Acto puro, causa todo en cuanto ser o acto. Dios es la Causa primera que desde la cima de su Acto puro, solo o con las causas segundas por El creadas, produce y mueve todo acto o ser, *en*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cuanto ser. Mientras que las creaturas siempre con el concurso y moción divina causan tales seres en cuanto *tales*.

Pero Ser inteligente, Dios no ha podido obrar sin un fin, y sapientísimo y soberanamente independiente de todo otro ser, este fin no ha podido ser más que El mismo, no para conseguir algo de sus creaturas, porque lo posee todo y nada puede adquirir, sino para hacer partícipes de su Perfección o Bondad, de su Acto, a los demás seres. Así nace y así se mueve ontológicamente el mundo, buscando la Perfección o Acto de Dios: las creaturas irracionales existiendo o tendiendo a la perfección de su forma, de su acto, participando y manifestando así el Ser o Acto divino, como causa suya, a la inteligencia que las contemple; y el ser racional —el hombre— ordenando también su libertad a la plenitud de su forma inmaterial, hecha para la infinita Verdad y Bondad de Dios, o en otros términos, tendiendo a participar y manifestar el Ser divino por el conocimiento, el amor y el sometimiento a su voluntad.

Mas así como en el orden de la causa eficiente toda realidad desciende de Dios como participación de su Acto puro y en la medida de tal participación, también en el orden de la causa final todo se dirige a Dios, al Acto puro, como a Fin o Bien Supremo, en un movimiento ontológico de la potencia al acto: las creaturas irracionales hacia el acto de su propia forma, para manifestar así mejor el ser de Dios al hombre y servir a éste como de escala a su propio ascenso; y el hombre usando y apoyándose en las creaturas —en su ser, ver-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dad y bondad participadas del Ser, Verdad y Bondad divinas— hacia la plenitud de su forma por el conocimiento y amor de la Verdad y Bondad, del Acto puro de Dios. Aquella magnífica concepción de Platón de la idea de Bien que trascendiéndolas hace partícipes a las demás ideas de su perfección y las atrae todas a sí, y la hermosa tesis de Aristóteles del Primer Motor inmovible y Acto puro que todo lo mueve y atrae a sí, y aquella brillante doctrina de S. Agustín de la infinita Luz del Ser divino que sale de sí en la luz de los seres creados para retornar a él; son retomadas con el acento vigorosamente metafísico y preciso de S. Tomás, despojadas de sus inexactitudes e integradas en la verdad total del ser, en su coherente y vigorosa síntesis del acto creado, saliendo y retornando íntegramente al Acto puro de Dios, por su composición y movimiento de la potencia al acto. Todas aquellas expresiones de sus antecesores, sin perder nada de su grandeza y de su verdad, son purificadas de sus propias imperfecciones e incorporadas con nuevo brillo y mayor fuerza en una síntesis más acabada y verdadera, porque ajustada al ser y a sus exigencias. Así del Acto puro de Dios nace, se difunde y se acrecienta el mundo de la realidad, de los actos participados, esencialmente compuestos de potencia y acto, y así torna también a Dios, el Acto puro y Bien supremo, en un movimiento de potencia y acto que culmina en el tránsito definitivo y supremo de actualización o perfeccionamiento de la potencia al acto de la creatura superior, el hombre inteligente y libre, en la visión y amor perfectos de Dios, por la cual

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

todas las demás creaturas retornan a Dios y alcanzan su fin, su acto.

En este objetivo realismo e intelectualismo de S. Tomás, elaborado todo él, en definitiva, sobre la noción del ser, de potencia y acto, todo se sostiene por Dios, Acto puro, punto de partida y de retorno de todo acto, de todo movimiento de potencia al acto. Es el suyo un realismo e intelectualismo teocéntrico.

En la visión profunda y sintética de toda la realidad la mirada del contemplativo Tomás, fija cuidadosamente en los actos o seres contingentes de la creación para descubrir su esencia, los está como rebasando y traspasando infinitamente, absorta a través de ellos en el supremo Ser que los determina, en el Acto puro de Dios.

Octavio Nicolás Derisi.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CUENTO VIEJO

Catamarqueño

Tarareando un yaraví
en su mula va un changuito,
chambergo, poncho flotante
y el embozo carmesí.
No se vé el Valle Bendito
aunque clarea el levante.

"Este dijunto es de este año;
le viá poner una ofrenda...
pero... ¡vaya si está rico!
Empriestá... no siás tacaño
que voy pal bajo a la tienda;
te degolveré, y un pico."

Así dijo, y echó mano.
"¡Arre, mula testaruda!
¿Y por qué te has de empacar
si vas cayendo pal llano?
¿O querís que te sacuda?"
Pero se deja zurrar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El alba ya ha descubierto
el Santuario. De repente,
se signa el chango contrito,
devuelve su plata al muerto,
y la mula, diligente,
echa a andar al trotecito.

ADELA R. L. DE GARCÍA MANSILLA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

I. DON GARCIA HURTADO de Mendoza

CUANDO don García Hurtado de Mendoza quedó como triunfador sucesivo de aquellos opósitos capitanes que tenían el reino dividido —dos querellosos viejos a quienes venció la mocedad del que llegaba y la gracia del virrey marqués— la casa de Mendoza entró a lucir de nuevo. Henchido de ventura, el reciente, exaltado y ardidoso como un sol, venía revestido con las dotaciones de una gracia nueva. Los hombres nobles que habían ayudado la causa del Rey en el Nuevo Extremo y en las lindes fronterizas de Tucumán y Cuyo, capitanes de veteranía, cayeron a su entrada como frutos pendientes, inmaturos de promesas y con las honras envejecidas en las graveces de la guerra. Un paseante de nombradía, como personaje de tránsito, llegaba al Sur brumoso, brillante de reflejos peruvianos y su hervorosa prisa de mancebo parecía tomar el valle de Arauco en guerra por un juego de monteros, como aquellos de la Rioja nativa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Venía asistido de varones óptimos, escogidos por el padre a causa de su buena teología y política avisada, canos todos por la toga prudencial, con los cuales ministraría la adolescencia recién traspuesta. Pensaba el padre que lo enviaba ("acordé de enviar a don García mi hijo") en el crédito de la virtuosa educación cumplida, fina mezcla que él hizo de acíbar en la leche, muy tempranamente. Traía cargo de gobernador del Nuevo Extremo de Santiago, —nombre eufónico de Chile— con 170 leguas más de las que hubo Pedro de Valdivia y las puntas de su gobernación llegaban hasta el Sur Magallánico.

Por 1557, cuando las huestes por bandas paralelas en mar y tierra se juntaron en la Imperial con los refuerzos vecinales de Santiago, don García formó 600 escogidos, alarde bélico no visto hasta entonces. Reformó las compañías, distribuyendo jinetes y banderas, añadiendo al rigor el gusto de un estilo nuevo. Tomó para sí una compañía de arcabuceros y lanzas. Con el desahogo de su recámara y el nuevo modo militar, hubo entonces espacio para los corros entretenidos y la diversión castrense, honesta bajo sus ojos superiores. Don García pensó en la razón de la gala copiosa —que era el encarecimiento de su propio estado— y en el oficio ostentoso del combate.

El pasaje del Bio-bio fué el ejemplo que dió a la vista de la hueste expectante. Se metió en el río caudal, y bajo el cobijo de su escudo sobrecargado de abuelos, se plegaron las huestes en su torno y con los arcabuceros engalanados de su compañía llegó a la ribera opuesta

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y siguió la tierra adentro. No hay razón valiente como la de un corazón valiente.

El paso natatorio decidió a la hueste.

Los mílites consortes de su ilustre vera, Pedro "de rostro ya nevado, blasón de Portugal, ilustre viejo"; Felipe de Mendoza, grato en la semblanza de la persona, movían sus escuadrones obedecientes. También el claro Cristóbal de la Cueva, mílite flamenco, aquel en cuyo

...rostro, aun antes que se acerque
se vé lucir la sangre de Albuquerque.

Pedro Fernández de Córdoba, deudo "en aire y sombra" del gran capitán, a quien seguía Don Angel "aquel Pacheco, de rico talle y rara vista "; Gabriel de Villagra "asoma en un colérico morcillo trepado y más redondo que un ovillo" y el poeta, en fin enhiesto como un endecasílabo

el celebrado Zúñiga de Ercila
eterna y dulce voz del araucano...

y tantos otros ganosos castellanos, que volviendo la memoria a sus pasados, colorearon de sangre sus aceros.

A la sombra de sus marchas victoriosas, don García repobló Villarica y Angol, dos veces Concepción, y Osorno, Cañete y Mendoza —tres nombres de su casa— se fundaron.

Por el Sur llegó hasta Chile y envió a Ladrillero hasta el estrecho.

En su tiempo cayó Caupolicán.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"...Una provincia llamada Cuyo..."

Por 1560 comenzaron señales de mengua para la casa de los Mendoza. La noticia mensajera de la muerte del marqués llegaba a Chile, por vías secretas, antes que allá en Bruselas, Felipe "por causas cumplideras" a su servicio firmase la revocación del hijo. Don García, sabiéndolo, adelantó la postrera fundación de su mano, en el valle confinante de Cuyo, tras la Nevada, tierra de los huarpes, aquella provincia que, viniendo en pos de Yúngulo, la rica, había descubierto un teniente de Valdivia, uno de los querellosos viejos que ahora venía a la silla gobernadora.

"Y porque no haya remisión —dijo aceleradamente don García cuando dóciles huarpes pedían en Santiago conocer la doctrina verdadera— "y porque soy informado que detrás de la Cordillera de la Nieve, a las espaldas de la ciudad de Santiago, a 40 leguas de ella de Leste Ueste está descubierta una provincia llamada Cuyo... vos encargo... (y encargó a Pedro del Castillo) que fundéis y pobléis en ella las ciudades que os parecieren..."

Mensajeros vienen a Santiago con las nuevas del relevo. Entonces, por una llanura que declina al Oriente, uniforme e impávida, vegetada de hojas sedientas y verdi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pálidas jarillas, Castillo presuroso, en una hoya del valle de Güentota, allí, donde había de prosperar, jubiloso

el ligero morado de Mendoza

apellidando a gritos la tierra, por don Felipe y don García, con el nombre perdurable de Mendoza la ciudad primera y mayor de los Guarpes, "Mendoza y Nuevo Valle de Rioja", términos del Nuevo Extremo.

Cuatro años no someros (1557-1561) llevaba el trabajoso rato de Arauco. Los pies heroicos de don García, que aguantaban la impedimenta galana de su estado, se desgastaron en las embestidas del bárbaro y sus facciones mozas se mudaron prontamente. De allí a poco, venía el nuevo gobernador. Ya don García, a quien la privanza temporera aseguró su entrada en el reino, terminaba en Chile su representación de fortuna. Desde que supo el relevo, "adivinando lo que había de pasar por él", se retiró a un monasterio de San Francisco, él, que, sin duelo, al paso del Santísimo

se derribó a medirse con el suelo . . .
tratando con el pie su cuerpo humano
pues el de Dios trataba con la mano.

Todo lo había pagado de su recámara, cuando estuvo henchida, los servicios, las galas, las estrofas, y nada llevaba a su retorno peruviano, sino el pronto laurel

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de su mocedad, con los prestigios abiertos a la fama. Y del saldo breve dió larga limosna en iglesias y hospitales. Remedió encomiendas y tributos, con limpio celo y las labradas minerías, de las que guardó "al sexo tímido su fuero". "Me huelgo en gran manera, salir de Chile pobre, pues todos vieron la casa que traje cuando en este reino entré y la que agora tengo..." Ni la gala se llevó de vuelta, porque tuvo que despedir su guardia de alabarderos.

Y el fatigado bisoño, que en el cuartel de Penco custodiaba, personal, la empalizada y el sueño soldadesco, la barba y el mostacho apenas asomados, en los diez y ocho años que

en vello de oro puro le apuntaba
con suma perfección y gracia puesto
y el aguileño, rojo y blanco gesto
envuelto en fina púrpura mostraba,

el garzón que venía de ganar glorias cuando otros a la edad —vencedores de otros nuevos— se pierden entre rondas y almidones, acababa su mocedad, gravado de vejeces, prematuramente. "Vine mozo y agora parezco diez años de más edad de la que tengo..."

Ya en días, brilló en el Perú, tanto como en Chile, porque en todo tiempo sobresalió su calidad: años de oro en la mocil edad por las limpias armas y la prudencia —cana de bien— en el regimiento de los estados peruvianos.

Bajo el amparo, todavía potente de la casa mecenas de Mendoza, fortunaron vates que pasaron su figura y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hechos a las letras. Las pocas que compuso de sus manos fueron las aprendidas elegancias suasorias —arengas de modelación latina— que él juntó a la elocuencia viva de sus acciones.

Después de la treintena, llegó a maduro y aún a viejo.

Los años mudaron sus humores, como la guerra de Arauco su figura. Y así aquel genio suyo —tan descomedido para los conquistadores viejos que el apartó de la escena de Chile— tan encendido que lo hizo tan malquisto y tantas honras lastimó de capitanes viejos "por querer un mancebo reptar hombres antiguos", aplacó los ardimientos, porque tras los años viene el seso, con la amarilla edad.

Como la pólvora —que él decía siendo virrey como su padre— "como la pólvora después del estrago, me pasa como humo".

II. — FRANCISCO DE AGUIRRE

Sepan cuantos...

Los caballeros corredores conocían el gran nombre de Valdivia y el nuevo rumor austral. Ya su fama levantaba las banderas.

Aguirre, que bajaba de los Chunchos, agregóse a las juntas bullentes del Cuzco. Atravesó los Chichas,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cotagaita, Tupiza y La Quiaca. La convecina y triste Chili "donde se acaba la tierra", aguzaba, al Sur, su disparada flechería. El de rostro como garfio eligió el invicto límite, la jornada más seca y descompasada. Cuando los salares y ventiscas de la puna memoraban, recientes, la jornada aceda de Diego de Almagro, él aventó sus polvos infamados en el lugar impropicio de la rota. Pasó por despoblados, con una flor de caballeros y arcabuceros, las botijas sedientas.

Triunfo breve de Atacama. Antes del plazo aguardaba a Pedro de Valdivia.

El nombre de Aguirre se levantó sobremanera.

En el valle de la Posesión redujo los vencedores de sus conmilitones y en aquel naufragio de fuego que abrazó la ciudad infante, salvó el cuartel santiaguino que mandaba.

Corrió la tierra en guazabaras brillantes, sin contrastes.

El valeroso Aguirre, cuyo nombre
Ya la tierra le temía y del temblaba

puso cabezas por almenas en los fuertes, en memorable punición por lo de Almagro.

La gobernación.

Francisco de Aguirre unió en la singularidad de su persona, las porciones de una gobernación ilímite que antes ni luego se juntaron: La Serena— Copiapó por el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lado de Poniente y por el Naciente, pasando la Nevada —nombre de los Andes— la gran Provincia de Tucumán, Juríes y Diaguitas, cuya cabeza fué Santiago del Estero.

Esa gobernación fué el legado que dió Valdivia a Aguirre, para que la rigiese "dies legati cedit", al caer de sus días. El otro Francisco, su ecuante en fama, hecho Corregidor en Chile, quedaba con el peso mayor de la guerra en los valles del Sur, urdidos de lazos mapuches. Al de Aguirre, le plugo más dominar al Norte, en La Serena, con aquella legacía valdiviana que nadie osaba discutir.

Y fueron esas dos porciones del Barco y la Serena, como dos oposiciones balanceadas en la extremosa Provincia. En ellas, el sobrestante cesáreo rigió, con bien y pro de la tierra, las justicias que a la sazón "nunca se revolvieron ni levantaron".

Y en las tierras de guerra, lugares "de mal arte", "han temido y temen más al dicho gobernador Francisco de Aguirre que no al gobernador don Pedro de Valdivia".

"Con solo estar la persona de dicho general, haciendo espaldas en la ciudad, está segura y sosegada".

"No hay persona en este reino que lo entienda como él".

En la Serena.

De esa manera quedó señor del campo Francisco de Aguirre. En la Serena hizo un fuerte torreado y bien cercado. Salía de allí a campear y guerrillar los valles.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El paso estuvo tan seguro que por él bajaban sin trabajo las gentes españolas a la Nueva Extremadura.

Junto a la playa mariscosa y abrigado puerto,
a soplo de aires encubierto

fué la estancia de ocios templadores, el castillo de Montalván, "porque un verdadero Montalván es...", lugar donde bullía el grupo hacendoso de la paz.

Confinado en la casa-fuerte, el mar y el cielo reportaron las demasías de su afán cesáreo. Aquella ira suya, aquella ira pasión que solicita al soldado, que es como un exceso de ardimiento exasperador y sublevador de potencias cálidas sin la que, dice Aristóteles, se embotan las cosas grandes, debió templarse en la Serena. Bajo los oros vaporosos de un lejano mediodía los rebaños nuevos, amantes del retiro, sesteaban a la sombra y en la calma fresca y olorosa a mar de la Serena, sus ojos fatigados fueron contempladores de un lugar galano cuyas verdileces le diluían los humores acres que las guerras imperiales habían encendido en su cuerpo de mílite. El rostro cenceño y aun hostil que de él se da, debió ceder asperidades cuando, hurtado a treguas de guerra, promovía el arte en campos no domados —esta vez con otros hierros— y el caudillo de natío se hacía gustoso plantador de viñas y azúcares que él mismo introdujera y cuando su mano labradora hacía fructificar los jugos nuevos y pingües del Nuevo Maestrazgo de Santiago. Y al retraimiento de tan buen lugar, llegaba de España doña María de Torres y Meneses, su mujer, una presea,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y entre los vástagos, la flor de doña Constanza a quien esperaba el juicioso Juan Jufré, el de Cuyo.

Allí, recogido en la Serena, descansó Aguirre los siete meses de quietud que conoció en Indias: "que nunca otro tanto tiempo he tenido sosiego ni descanso en estas partes..."

"Como yo entré, sosegaron".

Hasta que un día recibió una carta de Diego López de Zúñiga y Velasco, su antiguo señor, conde de Nieva, Virrey del Perú. El Tucumán, Juries y Diaguitas (1563) había sido apartado para siempre de Chile por Felipe y en la carta Nieva le daba provisión de gobernador "desta pobre gobernación del Tucumán de que S. M. me ha hecho merced". "Y aunque se me hizo de mal —dijo a Nieva— dejar mi sosiego... como nunca he sido perezoso en hacer lo que me ha mandado mi Rey... determiné de lo aceptar y comenzar de nuevo a trabajar y con mis hijos y la gente que pude allegar, entré en Tucumán... que estaba la mayor parte della alzada..."

"Como yo entré, sosegaron..."

En Santiago del Estero.

Por donde el río Dulce tuerce y sigue luego con voluntad de llanura entre lugares fundadores, Núñez de Prado poblaba y despoblaba con "la gente desabrida a la sazón" ensayando el Barco de Avila, entre tumbos de indecisión. La vuelta tercera, no había cortado aún aquellos viriles quebrachos que fueron cíngulo de primicia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

comunera cuando "con bandera tendida, entró en ella poderoso," en nocturnal sorpresa, Francisco de Aguirre. Y los lules "como alarves", quedaron domados al salir al cruce Francisco de Aguirre.

"Dichoso fué e bien afortunado".

El 23 de Diciembre de 1553, en la margen izquierda del Río Dulce, fundaba, para siglos adelante, a Santiago del Estero, cuna y granero de pueblos tucumanenses. Fué no lejos de un cañaveral, en un asiento de Tucumán el Viejo.

Santiago del Estero, en la lueñe Tucumanía quedaba inscripta ya primigenia y primiceria entre las ciudades nuevas. Como llanura nómade y parda, de perspectivas abiertas, era como el paisaje trasmutado de Talavera de la Reina. En el Estero, la "prometida" —así la llamó Aguirre—, la electa de la andanza imperial, propondría la aventura alucinada de su temple, con la jornada de Comechingones, bien cumplida y donde no alcanzara, con los hitos del ensueño fundacional, puestos desde Fuerte Gaboto a la Mar del Norte (Océano Atlántico) y Buenos Aires, junto a ella, repoblada.

Francisco de Aguirre, fué, acaso, el más arrogante capitán que pisó las soledades tucumanenses. Su invicto brazo triunfaba en el aire a vista de soberbios escuadrones. Acudía al reparo de los pueblos incipientes —argentinos— que lo aclamaban su caudillo de natío. Era de insólito habitual en las acciones, de cabeza alta y orgullosa cimera. El valor lo tenía ejecutivo y anticipaba el choque con gallardía intrépida, presentándose de través a indio y español.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En aquel paisaje llano del Estero, su irascible acometió los días con empresa nuevas.

Sus años, de allí adelante, corren a caza de altanerías.

Vuelta y fin

En los altos de Aguirre, en la Provincia comechingona, habría juntado las glorias de Garay y de Cabrera. Avisa su pluma en memoriales que va "a una noticia que yo tenía de tiempos antiguos, la mejor y más rica de cuantas he visto, que está entre la Cordillera de Chili y el Río de la Plata, a poblar allí un pueblo, en medio de dos ríos que entran en el Río de la Plata, con un puerto en el mismo río que entra en la Mar del Norte (Océano Atlántico), por do se puede ir a España sin peligro de corsarios . . ."

Mas la fina Inquisición había de emplearse en él cuando tomaba huelgo para el salto, atajando sus pasos arrogantes. La ira suya, tan intensa, pronunció palabras desmandadas, ante unos pretensores de su estado. "En la gobernación que yo gobernaba en nombre de Su Majestad, enviaron a un Martín de Almendras, con un Berzocana . . . echáronme grillos, como a traidor y como no había causa dijeron de ahí a poco rato que era por la Inquisición . . ."

El Santo Oficio, aquella medicina purgativa, vigilante de herejías y correctora también de los humores pecantes de más nota, lo absolvió en lo tocante a herejía, pero lo condenó en sus proposiciones arrogantes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Los juros y yerros se pagaron con obligaciones disciplinantes de hacer y dar.

El 31 de mayo de 1565 funda San Miguel de Tucumán y Nueva Tierra de Promisión. El capitán de sobresaltos, trasudado de jornadas, fatiga el tiempo con su nombre y fama, que se apaga y vuelve en los términos del Tucumán.

Ya anciano, el tres veces fundador por la era de 1581 años terminaba sus asaltos flamígeros apagando sus pasiones imperiales con ejercicios acordados para bien morir, en aquel temple

que la Serena dulce con su canto
hace que todo el mal se olvide y pierda.

LUIS G. VILLAGRA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FLOR DE LEER

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CANCIONERO DE UPPSALA

SOL y LUNA publica a continuación el texto íntegro del interesantísimo cancionero español que fué encontrado en el año 1909, en la Biblioteca de la Universidad La Uppsala por el señor Rafael Mitjana, a quien pertenecen también las palabras preliminares.

INTRODUCCION

En una de mis visitas a la Biblioteca de la Universidad de Uppsala, tuve la singular fortuna de tropezar con un rarísimo volumen de música española, que hasta el presente ha escapado a las investigaciones y pesquisas de los más diligentes bibliógrafos. Dicha colección de Villancicos, que me atreveré a llamar Cancionero de Uppsala, merece en mi entender una descripción detallada y exacta por tratarse quizás, y sin quizás, de un ejemplar probablemente único —pues no existe a ciencia cierta en las grandes Bibliotecas de París, Viena, Munich, Londres y Madrid— y por ser un verdadero dechado de música profana española, sin duda alguna, la más antigua colección impresa que nos sea conocida. He aquí pues su señalamiento bibliográfico:

Villancicos / De diuersos Autores, à dos / y à tres, y à quatro, / y à cinco bozes, / agora nueuamente / corregidos. Ay mas / ocho tonos de Canto llano, y ocho tonos de / Canto de Organo para que puedam, / Aprouechar los que, A can / tar començaren. (Viñeta: Un angel volante que apoya el pie derecho sobre una rueda alada, y lleua en la mano diestra una llama y en siniestra una trompeta.) Venetiis /

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Apud Hieronymum Scotum. / MDLVI. / Peq^{o} in-4^{o} de LXIII fol. numerados por una sola cara.

Contiene este precioso libro hasta cincuenta y cuatro canciones: 12 respectivamente, à dos, tres y cuatro voces, y seis à cinco, con texto sobre temas amorosos y picarescos; las 12 composiciones que faltan para completar el total, son Villancicos de Nauidad, diez à cuatro voces, y dos à tres. La mayor parte de las poesias son castellanas, salvo cuatro (nros. 23, 24, 35 y 45) catalanas y dos (nros. 9 y 54) galaïco-portuguesas.

Respecto a la música, que no lleva ninguna indicación de autor, bien se echa de ver que es de muy distintas manos. Una sola canción —N^{o} 49— ostenta el nombre de Nicolás Gombert, famoso compositor flamenco, natural de Brujas, que permaneció al servicio de Carlos V, desde 1520 hasta 1533, desempeñando durante los cuatro últimos años de dicho período, el puesto de maestro de infantes de coro en la Capilla Real de Toledo. Esta indicación excepcional me parece demostrar que las obras restantes son debidas a músicos españoles y tan populares entre los aficionados, que todo el mundo conocía los nombres de los autores.

A simple vista se nota la diferencia entre el madrigal de Gombert, de estilo sentimental y florido, con la casi totalidad de las canciones del volumen, inspiradas en su mayor parte en el más puro gusto popular, y que denotan por su carácter, marcadamente nacional, proceder del mismo grupo de compositores cuyas admirables creaciones pueden verse en el tan notable Cancionero de los Siglos XV y XVI, publicado por el benemérito Barbieri. En mi opinión las obras que figuran en el Cancionero de Uppsala son debidas a los muchos y muy notables maestros españoles que residieron en Italia, sobre todo en la corte pontificia, durante la primera mitad de la décimasexta centuria. Entre ellos se cuentan nombres tan gloriosos como los de Juan del Enzina, Cristóbal de Morales, Francisco Peñalosa, Bartolomé Escobedo, Pedro Ordóñez, Antonio Calasanz, y tantos otros que sería prolijo citar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Para mí es indudable que algunas de las canciones que a continuación pueden leerse y cuyo texto es indiscutiblemente de Juan del Enzina, fueron también puestas en música por aquel fecundo ingenio. Otras, y esto aumenta el interés del Cancionero de Uppsala, me parecen ser los originales de algunas de las canciones transcriptas para vihuela que se hallan en el rico tesoro de nuestros libros de cifra, lo que viene a confirmar su popularidad. Una nota marginal manuscrita, al Villancico Nº 36, indica que figura asimismo en la Silva de Sirenas de Anrriquez de Valderràuno. Pero no me extiendo más en consideraciones inoportunas en este lugar, puesto que el lector curioso podrá ver mis observaciones en las notas y comentarios que siguen al texto. (1)

Unicamente añadiré antes de terminar, que los compositores de esta serie de Villancicos, dieron pruebas de muy buen gusto al elegir las poesías que habían de poner en música; casi todas ellas son lindísimas, a veces rebosando sentimiento, a veces llenas de agudeza y sal ática, en una palabra, dignas en verdad del gran florecimiento literario y artístico que se inició en España durante el reinado de los Reyes Católicos. No me he permitido alterar para nada el texto original, reproduciendo su peculiar ortografía y hasta sus italianismos, y hecha esta declaración en descargo de mi conciencia, vea el lector por sí mismo, si tengo razón bastante para elogiar el exquisito sentido literario de los anónimos maestros, a quienes debemos el precioso ramillete de flores del ingenio español, que forman el cancionero de Uppsala.

(1) Las notas a que alude este párrafo, no se publican en SOL Y LUNA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

I

Como puedo yo biuir
Si el remedio tras que ando,
No tiene como ni quando.

El como no puede auello
Quando no sa d'esperar
Mas ay siempre en mi pesar
Quando y como padecello;
Como podrè sostenello;
Si el remedio tras que ando,
No tiene como ni quando.

II

Y dezid Serranicas, hè
Deste mal si morirè.

Por qu'el remedio y mi mal
Nascen de una causa tal,
Que me hazen inmortal,
Por do morir no podrè.
Deste mal si morirè.
Que de uer la Serranica
Tan gratiosa y tan bonica,
Mi dolor me certifica
Que jamás no sanarè:
Deste mal si morirè.

III

¿Dime robadora
Que te mereci?
¿Qué ganas agora?
¡Que muera por ti!
Yo siempre siruiendo,
Tu siempre oluidando;
Yo siempre muriendo,
Tu siempre matando.
Yo soy quien t'adora,
Y tu contra mí;
¿Qué ganas agora?
¡Que muera por tí!

IV

No soy yo quien ueis biuir,
No soy yo,
Sombra soy de quien muriò.

Señora ya no soy yo
Quien gozaua uestra gloria,
Ya es perdida mi memoria,
Que en el otro mundo està
El que fuè uestro y serà;
No soy yo,
sombra soy de quien muriò.

V

No me los amuestres mas,
Que me mataràs.

Son tan lindos y tan bellos
Que à todos matas con ellos;
Y aunque yo muero por vellos,
No me los amuestres mas,
Que me mataràs.

VI

Yéndome y uiniendo
Me fui namorando,
Una uez rïendo
Y otra vez llorando.

Yo estaua sin ueros
De amor descuydado,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mas en conoceros
Me vi namorado,

Nunca mi cuidado
Se ua moderando,
Una uez rïendo
Y otra uez llorando.

Sentí gran tormento
De uerme perdido,
Mas estoy contento
Pues por uos a sido,

El mal es crecido
Y à d'irse passando;
Una uez rïendo
Y otra uez llorando.

Otro mayor mal
Me tiene ya muerto,
Es tal que por cierto
No tiene su ygual,
Tièneme ya tal
Que me ua acabando,
Una uez rïendo
Y otra uez llorando.

VII

No tienen uado mis males
¿Que harè?
Que passar no los podrè.

Es imposible passallos
Males que no tienen medio,
Pues para tener remedio,
El remedio es no curallos.
Mi descanso es desseallos
Porque sè,
Que passar no los podrè.

(Juan del Enzina.)

VIII

Andarán siempre mis ojos
Por la gloria en que se uieron
Llorando, pues la perdieron
Llorarán en contemplar
Que el tiempo que la gozauan,
Quanto de plazer llorauan,
Tanto llorar de pesar.
Sea tanto su llorar
Por el bien en que se uieron,
Que çieguen pues le perdieron.

(Gabriel Mena, el músico.)

IX

Mal se cura muyto mal,
Mas en poco cando tura
Muyto mas peor se cura.

En muyto mal cando ueñ
Non pode muyto turar,
Porque tenen d'acabar
Muyto presto a queyn lo teyn.
Acabar es grande beyn
Poys en poco cando tura
Muyto mas peor se tura.

X

Para uerme con uentura
Que me dexe conquerella.
Mas uale biuir sin ella.

El que nunca sintiò gloria
No siente tanto la pena,
Como el que se uiò en uictoria
Y despues està en cadena,
Alcanzar uictoria buena
Y al mejor tiempo perdella,
Mas uale biuir sin ella.

(Juan del Enzina.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

XI

Un dolor tengo en ell'alma,
No saldrá sin qu'ella salga.

Que no s'a de presumir
Siendo el mal de tal manera,
Qu'el dolor pueda salir
Sin que salga ella primera,
Y aunque la razón me ualga,
No saldrá sin qu'ella salga.

XII

Que todos se passan en flores,
Mis amores.

Las flores que an nascido
Del tiempo que os he servido,
Derribolas uestro oluido
Y disfauores.
Que todo se passan en flores,
Mis amores.

XIII

Si n'os huuiera mirado
No penara,
Pero tampoco os mirara.

Veros harto mal a sido,
Mas no ueros peor fuera,
No quedara tan perdido,
Pero mucho más perdiera,
Que uiera aquel que n'os uiera,
No penara
Pero tampoco os mirara.

XIV

Si la noche haze escura
Y tan corto es el camino,
¿Como no uenis, amigo?

La media noche es pasada
Y el que me pena no uiene;
Mi desdicha lo detiene,
¡Que nasçi tan desdichada!
Hàzeme biuir penada
Y muéstraseme enemigo.
¿Como no uenis, amigo?

XV

Desposastes os, Señora,
Solo por de mi os quitar.
Casareys y habreys pesar.

Pues que tan mal galardon
A los mis seruiçios distes,
Que pagueis lo que hezistes,
Es lo que lleua razon.
Vuestro brauo corazon
Ya esta en tiempo de amansar,
Casareys y habreys pesar.

XVI

Desdeñado soy de amor,
Guàrdeos Dios de tal dolor,
Desdeñado y mal querido
Mal tratado y aborrecido,
Del tiempo que os he seruido
No tengo ningun fauor;
Guàrdeos Dios de tal dolor.

XVII

(Igual al número IV)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

XVIII

Vésame y abràçame
Marido mio,
Y daros en la mañana
Camisòn limpio.
Yo nunca ui hombre
Biuo estar tan muerto,
Ni hazer el dormido
Estando despierto.
Andad marido alerta
Y tened brio,
Y daros en la mañana,
Camisòn limpio.

XIX

Alta estaua la peña,
Naçe la malua en ella.

Alta estaua la peña
Riberas del rio,
Nace la malva en ella.
Y el trevol florido.

XX

(Igual al número III)

XXI

Alça la niña los ojos
No para todos.
Alçalos por jubileo,
Por matarnos de deseo,
Que la fiesta segun ueo
No es para todos.

XXII

Ay de mi qu'en tierra agena
Me ueo sin alegria,
Quando me uerè en la mia.

Y no por estar ausente
De mi tierra es el pesar,
Mas por no poder estar
Donde está mi bien presente;
No ay consuelo suficiente
A mal que tal bien desuia.
Quando me uerè en la mia.

XXIII

Soleta yo so açi. Si uoleu qu'eus [uaya a abrir, ara que n'es hora; si uoleu uenir.

Mon marit es de fora, hont a montalaua. Dema beserà mig, ¡Iorn abans que non tornara! E yo qu' eu sabia, pla que tos temps ho fa axi, ara que n'es hora, si uoleu uenir.

XXIV

Vella de uos son amoros,
¡Ya fosseu mia!
Sempre sospir quant pens en uos,
La nit y día.

Yo may estich punt ni moment
Sen contemplaruos,
Fora de tot mon sentiment
Vaix per amaruos.
Daume ualença, pues podeu,
Señora mia,
Puix en uos es tot lo meu be
La nit y dia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Vos heretau tot lo mio be
Tanto quem dura,
Si non ualeu, prest me uerem
En sepoltura.
Del meu mal quin ben auren,
¡Anima mia!
Per do fugir lo dañy que feu
Siau me uos guia.

Veix me de uos pres y lligat
Luñy d'esperança,
Ayaume dons pietat
Sens mes tardança.
Puix uestre so, plaugues à Deu,
Vos fosseu mia,
Car lo mal que sentir me feu
No'l sentiria.

XXV

Ojos garços a la niña,
¿Quien se los enamoraria?

Son tan lindos y tan biuos
Que a todos tienen catiuos,
Y solo la uista dellos
Me a robado los sentidos,
Y los haze tan esquiuos
Que roban el alegria,
Quien se los enamoraria.

(Juan del Enzina.)

XXVI

Estas noches à tan largas
Para mi,
No solian ser ansi.

Solia que reposaua
Las noches con alegria,
Y el rrato que non dormia
Con descanso, lo passaua;
Mas estas que amor me graua
Non dormi;
Non solian ser ansi.

XXVII

Ay luna que reluzes
Toda la noche m'alumbres.
Ay luna tan bella
Alùmbresme à la sierra;
Por do uaya y uenga.
Ay luna que reluzes
Toda la noche m'alumbres.

XXVIII

Vi los barcos madre,
Vilos y no me ualen.
Madre tres moçuelas
No de aquesta uilla,
En agua corriente
Lauan sus camisas.
Sus camisas, madre,
Vilas y no me ualen.

XXIX

¿Con que la lauarè, la flor de la mi
[cara?
¿Con que la lauarè, que biuo mal
[penada?
Làuanse las casadas con agua de
[limones.
Làuome yo cuitada con penas y
[dolores.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

XXX

Soy serranica,
Y uengo d'Estremadura.
¡Si me ualerà uentura!
Soy lastimada,
En fuego d'amor me quemo;
Soy desamada,
Triste de lo que temo;
En frio quemo,
Y quèmome sin mesura.
¡Y si me ualerà uentura!

XXXI

Si te uas a bañar, Juanilla,
Dime à quales baños uas.
Si te entiendes d'yr callando,
Los gemidos que yrè dando,
De mi compasión abràs;
Dime à quales baños uas.

XXXII

Tan mala noche me distes,
Serrana, donde dormistes.

A ser sin uestro marido
V sola sin compañia,
Fuera la congoxa mia
No tan grande como ha sido,
No por lo que haueys dormido,
Mas por lo que no dormistes,
Tan mala noche me distes.

XXXIII

Falalalanlera,
De la guardia riera.

Quando yo me uengo
De guardar ganado,
Todos me lo dizen,
Pedro el desposado.
A la hè, si soy,
Con la hija de nostramo,
Qu'esta sortiguela
Ella me la diera.
Falalalanlera,
De la guarda riera.

Alla rriba, rriba,
En ual de roncales,
Tengo yo mi esca
Y mis pedernales,
Y mi çurronçito
De cieruos ceruales,
Hago yo mi lumbre
Sièntome doquiera,
Falalalanlera,
De la guardia riera.

Viene la quaresma,
Yo no como nada,
Ni como sardina,
Ni cosa salada,
De quanto yo quiero
No se haze nada,
Migas con azeyte,
Hàzenme dentera,
Falalalanlera,
De la guardia riera.

XXXIV

¡A Pelayo? Que desmayo.
—¿De què, dì?
—D'una zagala que ui.
—A Pelayo si la uieras,
Tanta es su hermosura,
No bastara tu cordura,
Que en ella tu te perdieras,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y penaras y murieras,
—¿Tal es dì?
—Mas linda que nunca uì.

XXXV

Que farem del pobre Joan,
De la fararirunfan.
Sa muller se n'es anada,
¡Lloat sia Deu!
A hont la n'irem sercar.
De la fararirunfan.
Al ostal de la uehina.
¡Lloat sia Deu!
Y digau lo meu uehi,
De la fararirunfi,
Ma muller si l'aueu uista?
¡Lloat sia Deu!
—Per ma fe lo meu uehi,
De la fararirunfi,
Tres jorns ha que no la uista.
¡Lloat sia Deu!
(Esta nit ab mi sopà.)
De la farirunfan
Y en tant ses transfigurada,
¡Lloat sia Deu!
Ell sen torna à son hostal.
De la fararirunfan
Troba sos infans que ploran,
¡Loat sia Deu!
Non ploreu los meus infans.
De la farirunfan
¡O male dona, reprouada!
¡Lloat sia Deu!

XXXVI

¡Teresica hermana, de la fararira!
Hermana Teresa, si a ti te pluguiesse,
Una noche sola contigo durmiesse.
¡Teresica hermana, de la fararira!
—Una noche sola yo bien dormiria
Mas tengo gran miedo que m'
[empreñaria.
¡Teresica hermana, de la fararira!
¡Hermana Teresa!
Llaman a Teresica y no uiene.
Tan mala noche tiene.
Llàmala su madre y ella calla,
Juramiento tiene hecho de matarla.
¡Que mala noche tiene!

XXXVII

No la deuemos dormir
La noche sancta.
No la deuemos dormir!

¿La virgen à solas piensa
Que harà?
Cuando al rey de luz inmenso
Parirà,
Si de su diuina esencia,
Temblarà,
¿O que le podrà dezir?
No la deuemos dormir
La noche sancta,
No la deuemos dormir.

(Fray Ambrosio Montesino.)

XXXVIII

Rey à quien reyes adoran
Señal es qu' es el que es,
Trino y uno, y uno y tres,

Como es, ni puede sello,
No se cure de buscar,
Pues nos podemos salvar,
Con solamente crehello.
Y en aquesto s' eche el sello,
Que' este's el que siempre es, (1)
Trino y uno, y uno y tres.

(1) = Variente en la Voz de Bajo
Qu' este's el que a sido y es.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

XXXIX

Verbum caro factum est.
Porque todos os salueys.

Y la uirgen le dezia
Vida de la uida mia,
Hijo mio que os haria,
Que no tengo en que os hecheys.

Por riquezas terrenales,
No dareys unos pañales,
A Jesus que entre animales
Es nascido segun ueys

XL

Alta Reyna soberana,
Solo merecistes uos,
Que en uos el hijo de Dios,
Recibiesse carne humana.

Ante secula creada
Fuiestes del eterno Padre,
Para que fuèssedes madre
De Dios, y nuestra aduogada.

Fuente do nuestro bien mana,
Solo merecistes uos,
Que en uos el hijo de Dios,
Recibiesse carne humana.

XLI

Gòzate, Virgen sagrada,
Pues tu sola merecistes,
Ser madre del que paristes.

O bendita sin medida,
Madre del que te criò,
Ante secula escogida
De Dios, que de ti nascio,
A madre jamas se diò
La gracia que tu tuuistes;
Ser madre del que paristes.

XLII

Un niño, nos es nascido,
Hijo nos es otorgado,
Dios y hombre prometido,
Sobre diuino humanado.

Niño porque en las gentes
Nunca primero fue uisto,
En cuerpo y ànima mixto,
Mostrando sus accidentes.
Un niño que a los biuientes
Oy comunica su ser,
Y comienza à padescer
Sobre divino humanado.

XLIII

Dadme albricias, hijos d'Eua!—
—¿Di de qué dàrtelas han?—
Que es nascido el nueuo Adan.—
—¡Ohy de Dios y que nueua!
Dàdmelas y haued placer
Pues esta noche es nasçido,
El Mexias prometido,
Dios y hombre, de mujer.
Y su nascer no relieua
Del pecado y de su afán,
Pues nasçio el nueuo Adan.
¡Ohy de Dios, y que nueua!

XLIV

Yo me soy la morenica,
Yo me soy la morena.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Lo moreno bien mirado
Fuè la culpa del pecado,
Que en mi nunca fuè hallado,
Ni jamas se hallarà.

Soy la sin espina rosa,
Que Salomon canta y glosa,
Nigra sum sed formosa,
Y por mi se cantarà.

Yo soy la mata inflamada
Ardiendo sin ser quemada,
Ni de aquel fuego tocada
Que à los otros tocarà.

XLV

E la don don, Verges Maria,
E la don don, peu cap de sang
Que nos densaron.
E la don don.

O garçons aquesta nit
Una verge n' a parit,
Un fillo qu' au tan en lo mon.
Un fillo qu' es tro polit,
Que non au tan en lo mon.
E la don don.

Digas nos qui te l' a dit,
Que Verges n' a ya parit,
Que nos may auem ausit
Lo que tu diu giràn ton.
E la don don.

A eo dian los argeus,
Que cantauan alta ueus
La grolla n' *exelsis Deus,*
Qu' en Belen lo trobaron.
E la don don.

Per señau nos an birat,
Que uerets embolicat
De drapets, molt mal faxat,
Lo uer Diu petit garçon.
E la don don.

Vin Perot y à Diu ueray,
Y a la uerge s' a may
Un sorron li porteray,
Que serà ple de coucon.
E la don don.

Ara canta tu Beltran,
Per amor deu Sant Infan,
Y apres cantarà Joan,
Y donar nos an coucon
E la don don.

Ube cantarà sus dich,
Per Jesus mon bon amich,
Que nos saunara la nit
De tot mal qu' an hom fedorn.
E la don don.

XLVI

Riu, riu, chiu,
La guarda ribera,
Dios guarde el lobo
De nuestra cordera.

El lobo rabioso
La quiso morder,
Mas Dios poderoso
La supo defender,
Quìzole hazer que
No pudiesse pecar, (sic)
Ni aun original
Esta uirgen no tuuiera.
Riu, riu, chiu,
La guarda ribera,
Dios guarde el lobo
De nuestra cordera.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este qu' es nasçido
Es el gran monarcha,
Christo patriarcha,
De carne uestido.
Hanos redimido
con se hazer chiquito,
Aunque era infinito,
Finito se hiziera.
Riu, riu, chiu,
La guarda ribera,
Dios guarde el lobo
De nuestra cordera.

Este uiene à dar
A los muertos uida,
Y uiene à reparar
De todos la cayda;
Es la luz del dia
Aqueste moçuelo,
Este es el cordero
Que San Juan dixera.
Riu, riu, chiu,
La guarde ribera,
Dios guarde el lobo
De nuestra cordera.

Muchas profecias
Lo han profetizado,
Y aun en nuestros dias,
Lo hemos alcançado,
A Dios humanado
Vemos en el suelo,
Y al hombre en el cielo
Porque èl lo quisiera.
Riu, riu, chiu,
La guarda ribera,
Dios guarde el lobo
De nuestra cordera.

Mira bien que os cuadre
Que ansina lo oyera,
Que Dios no pudiera
Hazerla mas que madre;
El qu' era su padre,
Oy d' ella nasçiò,
Y el que la criò,
Su hijo se dixera.
Riu, riu, chiu,
La guarda ribera,
Dios guarde el lobo
De nuestra cordera

Yo ui mil garçones
Que andauan cantando,
Por aqui bolando
Haziendo mil sones,
Diziendo à gascones,
Gloria sea en el cielo,
Y paz en el suelo
Pues Jesus nasçiera.
Riu, riu, chiu,
La guarda ribera,
Dios guarde el lobo
De nuestra cordera.

Pues que ya tenemos
Lo que desseamos,
Todos juntos uamos
Presentes lleuemos;
Todos le daremos
Nuestra uoluntad,
Pues à se igualar
Con nosotros uiniera (sic)
Riu, riu, chiu,
La guarda ribera,
Dios guarde el lobo
De nuestra cordera.

XLVII

Señores el qu' es nascido
De uirgen madre,
Como paresce à su padre,
A su madre en ser humano
Paresce y en ser moderno,
Y a su padre en ser eterno,
Diuino Dios soberano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De aquesto el mundo està ufano
Con la madre,
De hijo de tan buen padre.

XLVIII

Vos uirgen soys nuestra madre,
Que la que el fruto (1) comiò,
Madrastra la llamo yò.

Vos como madre escogida,
Rematastes nuestra rrastra,
La otra como madrastra,
Puso en cuentos nuestra uida,
Ella la dexò perdida;
Quando por madre os tomo,
Madrastra la llamo yò.

XLIX

Dezilde al caballero que non se
[quexe,
Que yo le doy mi fè, que non la
[dexe.
Dezilde al caballero, cuerpo garrido,
Que non se quexe en ascondido,
Que yo le doy mi fè, que non la
[dexe.

L

Dizen à mi que los amores hè;
Con ellos me uea si tal pensè.
Dizen à mi por la uilla,
Que traygo los amores en la çinta;
Dizen à mi que los amores hè,
Con ellos me uea si tal pensè.

LI

Si amores me han de matar
Agora tienen lugar.
Agora que estoy penado
En lugar bien empleado,
Si pugliesse à mi cuidado
Que me pudiesse acabar,
Agora tienen lugar.

LII

¿Si de nos mi bien me aparto
Que harè?
Triste uida biuirè.
El bien tiene condición
De ser de todos querido,
Si alguno lo a perdido
No le faltarà passion,
¿Pues yo con tanta razón
Que harè?
Triste uida biuirè.

LIII

Hartaos ojos de llorar,
De ʃemir y sospirar,
Y vosotros ojos tristes
Pues tanta gloria perdistes
Llorando l' aueis de pagar.
¡Hartaos ojos de llorar!

LIV

Falai meus olhos si me quereis
[beñy,
Como falarà quin tempo non teñy.
Deseyo falaruos
Miñ alma, scuitayme,
Non posso oluidaruos,
Miñ alma falayme.
Biuo deseyando a uos miño beñy
Como falarà quin tempo non teñy.

(1) el pero, en la parte de Tenor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

L A V I L L E

Prólogo por L. Castellani S. J.

ESTE *drama de Claudel, cuya comprensión debo facilitar con una palabra, es el segundo de los que escribió el gran poeta teólogo, en plena juventud, en el bullir del mosto nuevo de su genio, poco después de su conversión (hizo de él dos versiones enteramente distintas: la primera es una meditación selvática acerca del desorden ontológico del mundo actual; la segunda, donde interviene la influencia del teatro griego), es una gran estampa simbólica, alegórica y clásica de la destrucción y la renovación del Mundo Moderno, que ostenta una especie de majestad bíblica.*

Sus seis personajes son símbolos poderosos: el Dictador, el Ingeniero, el Poeta, el Anarquista, el Rey, la Mujer; y lo más notable (cosa que ningún poeta ha realizado) son símbolos múltiples, figuras a la vez de varias cosas o de una cosa en diversos planos de realidad. Por ejemplo, el demagogo Avaro *parece representar a la vez el Anarquista, el Resentimiento, la sed de justicia social y la revolución;* Cobre, *el poeta, el profeta, la contemplación, la religión, la jerarquía;* Lamberto Besme, *el Dictador, la política, la acción, la razón práctica;* (Isidoro Besme, *su hermano, el poderoso constructor de la ciudad, el ingeniero, la técnica, la ciencia natural, la Razón pura.) En cuanto a* Lalá, *el personaje más desconcertante (pupila del gran Besme al cual rechaza sumiéndolo en la desesperación para elegir a Cobre, al cual abandona después de darle un hijo, para perseguir a Avaro que la*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

desdeña) parece la imagen huidiza de algo irretenible, la belleza, el amor, el impulso vital, el gozo de vivir, (todo lo que en la mujer hay de irracional, vital y cósmico,) y por último la mística y la promesa de otra vida. Nada menos. (Por eso ella dice a su hijo hecho Rey y a su ex-marido hecho Obispo:

"Oh Ivors, estos locos no han comprendido mis razones.
Nadie conoce el secreto de mi gozo, ni ellos ni los otros ni vos.
Y el mismo Cobre, bien que el único hombre que tuvo de mi posesión
(Y tú eres el fruto de nuestra unión, oh Rey.)
No me conoció enteramente.
Porque su espíritu se adhiere a las causas, las atroja en la profunda cavidad de su mente, como las nubes donde salen el trueno y el rayo.
Pero la delicia y este transporte
Que hay en el sentirse ya no sujeto a nada, es lo que él no sabe todavía.
El vuelo fijo de la mente que como un nadador sostenido por la correntada,
Se mantiene en la vibración de la lumbre.
Esos golpes raudos, esos ímpetus inaprehensibles, esas partidas,
Son lo que aún sabes mal, Pontífice.
Porque Cobre no es como un pájaro, es como un león que camina al vado y como un gran corcel enjaezado al carro de Jove.
Pero yo, como un pájaro que oímos sin verlo,
Cada uno gusta su propia letra ponerla en mi melodía"...)

Todos los personajes son llamados por Dios en un momento dado, de un modo diferente cada uno. Recordemos que Claudel acaba de ser llamado por Dios bajo el abside de la Catedral de Notre Dame: este drama es un monumento lírico de su conversión. En el tercer ccto veremos cómo Avaro cumplida su misión de destrucción y flagelo, desaparece herido por un sueño y un hastío misterioso, en tanto que Ivors

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el Rey es llamado por su padre, el Obispo; por último el Obispo mismo con todos los otros es conjurado por la Mujer misteriosa, que ha tenido que ver de una manera fugitiva o transitoria con cada uno de ellos y que ahora se define de este modo:

"¿Creéis que ya no tengo lugar entre vosotros?...

Yo soy la promesa que no puede cumplirse, y mi gracia consiste en eso mismo.

Yo soy el dulzor de lo que es con la nostalgia de lo que ya no es.

Yo soy la verdad con la cara del error, y el que me ama no se cuida de cerner lo uno de lo otro.

El que me oye está curado para siempre del reposo...

El que ve mis ojos no buscará otro rostro y ¿qué hará si yo sonrío?"

Sólo publicamos el tercer acto. En el primer acto, la Ciudad está perseguida de incendios repetidos, que estallan misteriosamente, el Dictador Lamberto Besme se ha retirado del poder y solicita el amor de su ahijada Lalá, la cual prefiere al poeta Cobre, que absorto en su arte apenas ha reparado en ella. Llegan delegados de las fuerzas vivas *de la ciudad a ofrecer a Besme los poderes extraordinarios, —el Dictador promete aceptar el gobierno si Lalá lo acepta por esposo,— Lalá lo desdeña por el Poeta, en tanto que su hermano el gran Besme, el Ingeniero, el Constructor de la Ciudad, cae de golpe en un tedio total, en un amargo desengaño de esta su obra que no hace felices a los hombres.*

En el segundo acto, el Dictador Besme cava sepulturas en un cementerio, Lalá viene en su busca después de haber abandonado a Cobre al cual ha dado un hijo, Avaro ha hecho estallar en la Ciudad la huelga general y la revolución social, Cobre ha olvidado a Lalá y está perdido en su arte oscuro. Los dos Besme mueren, el Dictador aplastado por el desengaño, el Ingeniero trucidado por las turbas.

En el tercer acto asistimos a la resurrección de la Ciudad Nueva.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Acto tercero

Ruinas de la Ciudad

GUERIN: El sol cuando se pone en una efusión inmensa de sangre, no arrasa
La Ciudad de las Nubes en un vacío y una ruina tan horrenda,
Como la Ciudad de los Hombres ha desaparecido en la consumación de los sueños.
Como un pedazo de papel en que el fuego siempre adelanta y siempre muerde;
Así diez días y diez noches, en el viento sin piedad, en el fuego que flamea y que ruge,
Montaña de humareda frente al sol, viviente resplandor en las tinieblas
Ardió hasta los cimientos.

TIRCEO: Así acabó. Y el dueño de este país, Avaro que domina su corazón como un caballo,
Mandó que se pusieran guardas en derredor del enorme rescoldo
Y que ningún pie intruso, por el espacio de un año
Viniera a violar la majestad del sepulcro, a inquietar el acabamiento de la muerte.
En lugar de la muchedumbre, he aquí la paz.

GUERIN: De nuevo habiendo surgido en esta fecha aniversaria aparecemos por encima de la muralla.

TIRCEO: Oh Guerin, no es bueno recordar esos catorce años,
Sino por el silencio que une los huesos de las mandíbulas, como los labios y los párpados;
No es bueno que contemplando la humanidad en el día de su postrer esfuerzo y de su desastre definitivo,
Rompamos el silencio,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sino con corazón piadoso y humillado.

¡Tú la has visto, Guerin! Y has visto cómo,

Tal cual la Tierra el primer día de la Creación, estremeciéndose en el hálito del Caos,

A imagen de otra ciudad perdida,

¡Ella quiso establecer la Beatitud!

Hubo entonces un canto, semejante al resquebrajarse de los témpanos,

Semejante al quejido de las piedras calizas en el horno;

Un clamor exiguo para el oído de los dioses,

Como el del niño que, no sabiendo más, dice: a... a...

Como si, quitado el bozal del alfabeto, de la boca incoherente naciera la fórmula de un ansia.

Pero luego, una vez desbocado el individuo, ¿qué porción suya fué tan grande

Que la de su vecino no pareciera más?

La moderación del orden ha vencido y la potencia de la fuerza.

GUERIN: La ignorancia, Tirceo...

TIRCEO: Tú lo has dicho;

No hay libra de la carne del hombre que así como vive, no piense.

Pero la natura impenetrable con la materia de que está hecho, le han participado su ceguera.

No sabiendo lo que es, dime cómo puede saber lo que desea.

Desde ahora, está bien; todo ha concluído.

Cuando en el fogonazo del rayo, el mar como si fuera una cabeza,

Se lanza a golpear con el cuerno sus barreras,

Ya diez leguas se oye el granito tronar como un tambor,

Parece que el abismo se levanta, y recubriendo la tierra

La va a arrasar como un rastrillo, llevándose consigo

Una cosecha de paja, el estiércol mezclado a las urbes de los seres humanos;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero a la mañana, quién no reirá de verlo más azul que tenebroso, cuando el Oriente inmaculado,

Tiene el color del huevo de petirrojo y de los pólenes del álamo.

¡Y se ven a lo lejos los volcanes que humean en la límpida atmósfera salina!

GUERIN: ¡Salve la inmensidad aérea, salve la extensión iluminada!

¡Salve la mañana fresca y la primavera que renueva todo!

El castaño ha partido el asfalto donde estaba encerrado,

Y, libérrimo, nupcial, bañado en los relentes de la noche,

Agita sus penachos y sus flores del color de la carne infantil.

El agua y el ardor del cielo han limpiado las letrinas y los teatros.

Y en cuanto a esos millones de cadáveres de hombres, de perros y caballos,

La llama del incendio los ha carbonizado, y la carne que quedaba

La lluvia del invierno y del otoño, el sol de los meses de verano

La han destruído, y según el movimiento planetario

Se ha descompuesto hasta los elementos primitivos,

Dejando esos montones de osamentas como piedras, duras y limpias en la abundante hierba.

Un agua clara y fresca corre en el fondo de las zanjas, abiertas entre las mentas y el ranúnculo.

Hoy me parece bueno y legítimo vivir, y no hay en mí protesta a la verdad de la luz.

¡Introduciré mi mano dentro de la boca y levantándola en medio déste cielo inmaculado y nuevo,

Ofrezco este sacrificio de saliva!

(Entran Avaro e Ivors, seguidos del Estado Mayor).

TIRCEO *(a Guerin)*: Hélo aquí. No lo miréis demasiado. No le gustan que lo miren.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AVARO: Salud, señores.
GUERIN: Salud, Avaro.

(Pausa).

AVARO: ¡Hum! Qué hay de nuevo.

(Fija la vista largamente en la Ciudad en muda consideración, luego ríe silenciosamente. Volviéndose de pronto:)

¿Por qué me miráis así?
TIRCEO: No os mirábamos.
(Avaro señala con la mano un punto de la Ciudad).
GUERIN: Reconozco los jardines de Besme.
Los barrios bajos no son más que un espantoso montón de escombros.
AVARO: ¡Ciertamente no me voy a ocultar: estoy contento!
¡Oh Ciudad!
Mucho tiempo, en medio de la muchedumbre y como un hombre absorbido,
Errante, extraviado, desterrado en este sitio despreciable, he pateado las aceras con mi pesada suela
Y las dos manos adheridas a los vidrios, he contemplado el fuego encerrado en el corazón de las casas de negocios.
¡He dejado salir el fuego interno!
Y ahora estoy aquí, y tú, oh Ciudad, como una cosa vieja, vas perdiendo tus piedras.
¡Ah, ah! ¡Oh brisa, yo te beso!
¡Esos tejados colgantes, esos postes retorcidos, es la ruina de mi celda, es la herida en el muro de la puerta!
¡Yo contemplo! A causa de ello mi corazón se levanta como un trono.
¡Ciertamente esta hora es buena!
IVORS: Avaro, ¿cuál es vuestra voluntad?
AVARO: ¡Oh Ciudad!
IVORS: Hablad, porque estamos pendientes de vos.
AVARO: ¡Déjenme! ¡Contemplo y no puedo saciarme! ¡Yo te he destruído, Ciudad!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IVORS: Ni todos los hombres puestos juntos tienen ya derechos
Contra uno solo.

(Pausa).

AVARO: Sucedió cuando me hirieron. Tuve un sueño, una noche que había nieve.
Sí, allá por San Nicolás.
Os digo que me ví dormir en tierra, no sé dónde, con el mar y sus sonidos como los de la vaca que rumia.
Era yo mismo y me veía. Y estaba atormentado por mil preocupaciones como las de un general en guerra,
Porque necesita estar atento, como un hombre amenazado por la muerte,
Y como oprimido no lograba concluir lo que pensaba.
Se oyó una voz en el espacio inocupado, como aquel
Que dormido junto al lecho de un enfermo, oye un suspiro y se despierta: Avaro, mi nombre,
Y yo quise responder, gritar,
Y montar el corcel terrible para espantar los hombres ante mí,
Como cuando se deshacen las Ciudades como los hormigueros con la azada —
Pero estaba pesado cual el hierro y continué sobre la arena, mudo.
De nuevo: ¡Avaro! Una tercera vez:
¡Avaro! como un sonido nacido de una boca no sonora.
¿Qué quiere decir ésto? ¿qué estratagema de adivino explorará este enigma con dedo inteligente?

(A Ivors).

¿Qué dices tú, hijo mío?
IVORS: No puedo decir nada.
AVARO: El fin. Me tenderé junto a Sesostris.
Me voy con las cosas ya pasadas.
¡Adiós, entonces! Parto, me voy de aquí.
GUERIN: ¿Qué dices? ¡Qué! ¡No vas a partir, Avaro! Tú que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nos has traído hasta aquí, no nos vas a dejar así de pronto...

TIRCEO:... Sin decir nada más, como hombres a quienes se vuelve la espalda.

AVARO: Lo que os he prometido, lo he cumplido. He protegido vuestros niños y mujeres—

Y os he establecido en la solidez de la paz, haciendo prevalecer por la fuerza el hombre sabio.

¡Ahora sed unidos, como los artículos de una doctrina, como un hombre bajo la piel!

¡Oye Guerin, Tirceo y tú, hijo mío, Ivors!

No os acordéis más de Avaro, él ha muerto.

Que el respeto entre en vuestras almas bárbaras.

Y sabed que la Justicia no se puede separar del Conocer. Y si queréis

Ponerle a este el oro en la cabeza, ¡ahí lo tenéis!

(Contempla afectuosamente a Ivors).

¡Vosotros habéis visto estos años! ¡Qué ninguno de vosotros sea de hoy más, tan extraviado que se deje seducir

Por la voz semejante del hombre inconsiderado!

¡Además, he aquí mi grito!

GUERIN: Dónde miras.

AVARO: ¡Maldición sobre el hombre,

Y sobre todas las obras del hombre!

Porque él hace la mentira,

Cegando sus pupilas con lo que no es

Y yo, yo la he destruído bajo mis pies.

Por lo menos, que esa ruina sea ejemplo y que la hediondez subsista.

GUERIN: ¡Avaro, no partáis!

TIRCEO: ¡Y ahora qué!

IVORS: ¡No partas! ¡Quédate con nosotros!

AVARO: En el principio me gustó ser libre.

Y creí también que no eran cosas despreciables,

El abrazo de la bienamada, semejante a un combate contra un cisne,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El placer de ser fuerte, y de saber, y de poseer y conducir con poderosa mano,

O el reposo en el otoño ubérrimo, entre la mujer y el hijo.

Pero todo eso ha pasado, y sólo el primer afán subsiste.

Por lo cual desenvainaré la espada. *(La saca.)* Tómala, Ivors. Yo te la entrego.

¡Adiós! No quiero ya comunidad con lo viviente —

Como el unicornio virgen, no toleraré la presión de la mano.

Aspiro a la paz.

No voy a demorarme más. Donde de nuevo oiga la voz,

Allá iré. Ribera del estanque o zanja bajo las hayas

De dondé las Sembradoras con las faldas anudadas

Han partido hacia diversos rumbos.

(Se aleja).

IVORS: ¡Avaro!

GUERIN: ¿Así te vas? Enteramente solo, así te rindes...

(Sale Avaro).

¡Ha partido!

TIRCEO: Tú nos quedas, Ivors.

¿Qué hemos aprendido en estos años de búsqueda y tumulto

Sino que el principio sagrado del gobierno y el motor primero

Ha de ser substraído al control de sus móviles y a la curiosidad de las manos ignorantes;

Y buscando un lugar para ocultarlo, no hemos hallado retiro más seguro

Que el corazón de un hombre, que por encima de todos los hombres sea el Uno?

Sé, pues, sobre nosotros, Ivors, El Príncipe.

GUERIN: ¡Te saludamos, Ivors!

TODOS: ¡Ivors!

IVORS: ¿Por qué me escogéis entre los otros?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TIRCEO: ¿Por qué preguntas lo que sabes? ¡Oh joven!: tu rostro ostenta la señal del Sol.

GUERIN: Nos conviene respetar la voluntad de Avaro.

IVORS: Que vuestras palabras me suenen como algo inesperado, amigos, o asombroso

No podría decirlo con verdad;

Sea.

Confieso que mi cabeza está predestinada a la corona.

Muchos hombres en la sencillez de la infancia tuvieron el corazón herido por el amor,

O semejantes a mi padre, el gran Cobre, alguna vez

Por el misterio de la Sabiduría y el lenguaje celestial de la poesía.

Pero en mí, yo he sentido siempre sobre mí una elección, y junto a mí un privilegio;

Ni la pasión me desvía, ni el orgullo me endurece.

Sino juzgando que el bien supremo es la paz, me ha parecido

Que el gobierno del mundo, no era mucho para instalarme en él.

Seré, pues, si así lo queréis, sobre vosotros el Jefe;

No como de un bien muerto, o de un campo que se explota,

Sino sobre hombres libres el maestro que ordena, enseña y juzga,

Con solicitud amorosa y autoridad irrecusable.

Pero antes, porque una cierta duda me persigue, decidme: ¿cuál es la función del Príncipe?

TIRCEO: Administrar la dicha a las naciones.

IVORS: ¿Y qué es esa dicha?

GUERIN: Una seguridad más firme, un bienestar más amplio.

(Silencio).

TIRCEO: ¡Y! ¿No es eso también lo que tú piensas?

(Ivors sigue con la cabeza gacha).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

GUERIN: ¿Tienes algo más que proponernos?

(Pausa).

IVORS: No.

¿Qué más puede hacer el Príncipe que asegurar la dicha de su pueblo?

¡Oh Guerin, y tú Tirceo!

Es esa pues, la única leción que habéis sacado déstos años violentos,

Semejantes a la inquietud y a las vías del espíritu perdido, que busca

¿No habéis comprendido, la lección desarrollada ante vosotros

Del argumento hasta la conclusión?

¿Qué siempre ésta idea, la dicha en el placer?

La Multitud no tiene el Fin en sí; su "*dicha*"

No es el Fin que se ha de alcanzar,

Sino la condición del ejercicio sano de su función subordinada.

El orden está en el sacrificio.

Es preciso que el sacrificio nos parezca bello.

Quiero ser un conductor de hombres y no un pastor de animales que pacen.

TIRCEO: ¿El fin será la augusta persona del Príncipe?

IVORS: Tampoco. El Príncipe también tiene un papel;

El Príncipe no es el principio.

Ninguna persona humana, ninguna cosa causada

Encierra en ella la virtud de fin último.

Y si ningún hombre la posee ¿cómo la suma de los hombres podría reclamar ese título

No siendo ella misma más que un medio?

Pero a esta altura se detiene la inquisición de mi espíritu. Dudo.

GUERIN: ¿Y ese cortejo?

(Entra Cobre, revestido con las insignias episcopales y seguido del clero. Silencio. Ivors y Cobre se miran fijamente.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

COBRE: ¡Ivors!
IVORS: Es mi nombre —
COBRE: Has crecido desde que te dejé, hijo de la separación —
IVORS: ¿Qué nombre me dáis?
COBRE: ¡Hijo! Tu generación no fué consumación de dos en uno.
Dos seres a causa tuya repletos de destino
Habiendo sin duda libertado lo que tenían de común
Se han separado.
IVORS: ¡Hombre! ¿Sois vos mi padre, el gran Cobre?
COBRE: Yo soy.
IVORS: Déjame pues, por fin, oh padre, contemplarte y mirar cara a cara mi principio.
No eres desconocido para mí; el nombre de Cobre no se extinguirá por cierto en las edades,
Como el campanazo en el lugar impenetrable
Semejante a la entonación de una voz de hombre:
¡No hay campana comparable a ésta!
Pero aquella en que toda la escala responde al golpe singular,
El corazón embarazado que la escucha, hace que no sepamos dónde ir.
Ni qué encanto ha suspendido nuestros pasos.
El que en tus versos busca la medida conocida
No halla manera de volver atrás;
No es una vía que lo conduce; es como una espada que lo empuja,
¡Una antorcha que lo precede en las tinieblas!
El sonido de las palabras y el sentido, fundidos en la frase común,
Recelan tan sutiles intercambios y acuerdos tan ocultos, que el alma recogida en el espíritu,
Percibe que la idea inmaculada no rehusará el contacto delectable.
¡A tales nupcias, oh Cobre, nos convidas!
Pero al presente explica, oh padre mío, ese fatal silencio.
Y qué designio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hízote negar a los hombres, la comunicación de tu espíritu.

COBRE: El niño, hijo mío, de puro gozo balbucea y retoza,
Sin discreción ni sonrojo
Como un pájaro publica su placer.
Pero el hombre que concibió el amor o alienta en sus entrañas un secreto supremo,
Tiene una conducta opuesta, y veslo poco a poco reducido a callar.
Antes, sin maestro ni ejemplo, puesto en medio del mundo como Adán entre las aguas del Edén
Lo amé porque gozaba en él —
Pero en la edad segunda de la vida, el beso se convirtió en abrazo
El deleite se tornó aplicación y una pasión como el estudio, semejante a la atracción de los sexos.
Y comprendí la armonía de las cosas en su conformidad y sucesión.
Y por fin, hecho el gran descubrimiento, en la inteligencia de la unidad y la distinción de la diferencia,
Encontré el éxtasis.
Una pupila pura y una mirada fija, ven todas las cosas ante sí volverse transparentes.
Y por eso he callado, y mi lenguaje es semejante al suspiro tenebroso escondido en el hueco del caracol.

IVORS: ¡Padre mío! ¿Dónde has estado todo este tiempo?

COBRE: Me he perdido. Y en las honduras del estudio he encontrado un otro nacimiento.
Reaparezco en la hora de la duda y vengo a establecer la certidumbre.

IVORS: ¿Qué es ese hábito en que os veo?

COBRE: Soy obispo. Soy sacerdote entre los hombres.

IVORS: ¡Obispo! ¿Y esa superstición subsiste aún?

GUERIN: Subsisten por debajo de todo.

TIRCEO: La alfalfa medra en los benditeros y la ortiga desborda en el Tabernáculo,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No sabemos qué se han hecho. Ni siquiera si hay Papa; ya no tienen Anciano, desde que el último cerró sus ojos viejos, donde se reflejaron tantos cirios,

Como una página fresca bajo la lámpara.

IVORS: ¡Estoy lleno de asombro!

¡Oh Cobre! ¡Vos! ¡Quién hubiera esperado veros nunca reunir ese rabaño!

COBRE: ¿Lo hubiera creído yo mismo?

Pero aquel que lleva en sí su alma

No como una vaca llena que rumia sobre sus cuatro pies,

Sino como una potranca nueva, la boca ardiendo por la sal que tomó de la mano de su dueño,

¿Cómo podría encerrarla y contenerla, oh gran cosa terrible que se yergue y relincha,

En la cuadra estrecha de su querer personal,

Como por las aberturas de la puerta, con el viento del alba llega el olor de la hierba?

¿Por dónde mi alma no me hizo pasar?

¿Qué pruebas no nos fueron impuestas?

Y héme aquí por fin llegado, donde estoy.

Oyeme, hijo mío, y los que estáis con él, oíd.

IVORS: ¡Tú también, te aprestas a prometernos la dicha!

Estamos hastiados de promesas. Quiero la solidez de la certeza presente,

No fuera ella más que la del horizonte que abrazo, o la mano del compañero que oprimo, o la tierra que está bajo mis pies.

Estas ruinas por lo menos son piedras.

(A Guerin).

¡Desenvaina la espada de Avaro! Sostén la hoja erecta ante mí, para que asista

Como un testigo incorruptible, en este antro de prostitución.

COBRE: Oh hijo mío la espada ha cumplido su misión, el instante de la lucha y del litigio ha pasado.

(¡Oigo cantar una calandria!)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Si sale el sol, en vano cruzarás tu hierro con los resplandores impasibles.

¡Escucha mi palabra sola resonar en el espacio inmenso!

Los vientos se recogen y solo conmigo, en las supremas alturas se oye este débil canto.

¡Mira en torno a ti la tierra sana y limpia, considera la extensión ilimitada

El día con la pureza de la noche, la gloria luminosa del León en el invierno límpido,

Y conoce que todas las cosas son patentes!

¿No ves que todo está dispuesto a la paz, y que no podrías rehusarte por más tiempo al pacto y a la tregua?

La luz empieza, se incendia el aire de un extremo al otro

¡Oh presencia lateral del Sol, oh invasión irresistible de la llama!

He aquí la extensión, he aquí la gloria,

¡He aquí el día de la ostensión de Dios, semejante a la victoria del Estío!

IVORS: En ésa palabra me detengo y ése nombre.

¿Quién es aquel de quien tú hablas: DIOS?

Yo no lo entiendo; no lo veo clavando en él los ojos. Escapa a la pregunta de mi espíritu:

Si no puedo conocerlo ¿qué puedo hacer con él?

¡Y dime cómo

puedo aprender lo que no puedo comprender!

COBRE: No lo sé, hijo mío, y esa es mi queja justamente,

Y la razón porqué al lado de la amatista, en mi dedo sonríe como una estrella

Esta azul gema —que Besme me donó el día de su muerte.

¿No tendríamos un derecho de no ver a Dios?

Y yo no puedo excluirlo.

No profiere palabra; ¿por qué entonces lo oigo?

Alcanzarlo no puedo, y El está junto a mí.

No está en ninguna parte, y yo no puedo huirlo tomando el camino a la derecha o a la izquierda —

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En eso mismo que no lo conozco, lo encuentro.

No es bueno, pues, ponerse a discutir con el Señor, porque te digo que es despiadado y que es inicuo y sordo a la razón.

Pero nos hace estar de acuerdo con El y saber, oh, hijo mío, lo que pretendo.

IVORS: ¿Cómo saberlo si no tiene palabras para decirlo?

COBRE: Tienes razón;

Tienes razón. Pero el remolino que arrastra al nadador imprudente,

O el tigre que tiene un lechón bajo la garra, no ha menester de una palabra y de una frase para hacerse entender.

¿Cómo saber lo que quiere? ¿Y si nos quiere a nosotros?

IVORS: ¿Qué quiere de nosotros?

COBRE: Temo, hijo mío, que no haya nada de nosotros que escape a su codicia.

¿No te había dicho que no tiene piedad? Toda cosa que vive, por vivir

Es capaz de combustión y arde si se la acerca al fuego

Y ves que el fuego no elige su alimento, todo para él es bueno; las inmundicias y el árbol, las flores y el fruto, la piel o la grasa.

Pero el hombre inmortal es susceptible de una llama inextinguible, en la cual todo entero

Consumiéndose se consuma.

¡Yo protestaré désta avaricia del Creador, que no quiere perder nada de su creatura y recobrar los fondos con el interés!

¡Yo declaro la traición dése asentimiento interior, que El ha puesto en nosotros como una simiente ígnea!

IVORS: ¿Eso que se llama amor?

COBRE: Sí, y allí la iniquidad es manifiesta.

Porque, ¿qué falta a la mujer, para ser el objeto adecuado del amor hombre?

¿Y a quién, sino a la esposa, en el abrazo sacro, devolveremos la vida que debemos a la madre?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Por qué entonces no nos es dado hallar satisfacción en la mujer?

¿De dónde este malentendido entre los sexos, y esta separación irreductible?

Y qué derecho tiene El

A que los hombres lo amemos, si no sabemos quién es?

IVORS: ¿Negarás que escapa a nuestros sentidos?

COBRE: ¿Qué quiere decir esa palabra *escapar?*

En tres de los sentidos nuestros, por lo menos, lo que tú quieres decir no es mentira.

Pero, quién sabe

Si El es ajeno a nuestro gusto, (como el poeta en la boca, sin hablar, distingue por el gusto las palabras).

Y el corazón conoce su toque.

IVORS: En vano pretendes inquietarme. Aquel, que por diez años

Ha visto la muerte a la distancia de su aliento, y sobrevive a un mundo destrozado,

Es señor de su alma en la prudencia, y no se rendirá fácilmente al lenguaje que lo solicita con perfidia.

Mi función consiste en administrar el presente, y lo que no es actualmente no podría interesarme.

Creo que la dicha absoluta no existe para el hombre, y que su atracción es vana.

Y que no hay perfecto orden para ellos. ¡Tú ves este pueblo dispersado! ¡Coma, pues, cada uno, en paz, su propio pan!

COBRE: Un verdadero corazón de rey descubro en tu prudencia.

Tienes razón, Ivors, de no volverte hacia el futuro o el pasado,

Sino encarar con serena mirada lo presente, porque el presente sólo existe, arista de la inmutable eternidad.

Sin embargo, yo te aseguro, Aguilucho, que tu pupila es aún débil y no penetra más allá de lo exterior;

Pero la mirada del anciano grifo, investiga las entrañas de la tierra y descubre las minas y tesoros.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡La Felicidad no es un lujo; está en nosotros como nosotros mismos, incorporada al sujeto de la conciencia,

El incomunicable gozo, nuestra sensibilidad interior, la manera de ser de nuestra prosperidad infusa!

¿De dónde viene entonces, que en nada reconozca su objeto

Y que en todo placer sintamos

Como un desvío del instinto, o un pasatiempo efímero?

Y la dicha: ¿dónde está? Es una sonrisa que se esfuma, una voz que se hace escuchar callando, un rapto

Un transporte precario, y el éxtasis del encuentro que se disuelve en sollozos.

¡Oh inquietud que nada logra adormecer, ¿por qué

Este mal? ¿y qué fatal condena es ésta?

¡Oh Ivors! Si nos arrancas la dicha

también nos harás libres del dolor

Nuestra desdicha por lo menos es nuestra y nadie nos la podrá quitar.

Al enfermo desahuciado, al amante traicionado, a la mujer viuda que ve morir entre sus brazos a su hijo, al poeta pisoteado

¡No le quites el derecho de quejarse!

No nos arranques nuestro quejido, porque es nuestro bien legítimo y todo hombre,

lo hace suyo, rico o pobre, por hallarse sometido a la urgencia de la muerte.

Nuestro bien y nuestra espada y nuestro aliento y sostén, y nuestra mirada en las tinieblas impenetrables.

IVORS: ¿A quién hemos de acusar, Obispo?

COBRE: Toda ruptura de un equilibrio ha tenido una causa y mientras

No se estabilice,

Reclama un restablecimiento.

Ahora bien, como dice el Libro, sabemos

Que todo hombre en el primero de los hombres, ha caído de su estado primitivo;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero nuestra esperanza está en nuestro castigo, y hay felicidad en la amargura, como hay conocimiento en las tinieblas, y está nuestra salud en nuestro pleito.

Habiéndose a Dios *sustraído,* el hombre debe ser *restituído.*

IVORS: No te comprendo.

COBRE: Debe ser sustituído.

Ningún hombre habría podido dar a Dios, sino el hombre que es, con imperfección;

Y no lo que hace que sea hombre, la imagen de su Dios, que él vió.

Dios sólo puede restituir Dios a Dios.

Y por eso lees que se hizo hombre.

IVORS: Obispo, no nos hables de esas cosas antiguas y mal sabidas; ¡nos cansa tener vuelta la cabeza!

El pasado todo entero forma parte de la mansión que hemos destruído —

Libres, desnudos, es bueno que enfrentemos directamente el cielo nuevo, el abismo del azur, el prodigio de la cosa existente, la aurora. ¡Si algún mensaje nos está destinado, lo hemos de hacer nosotros mismos que vivimos!

No solicitamos al sepulcro su palabra.

COBRE: Oh Ivors ¿por qué esta desconfianza del pasado? A mi el presente me parece tan enorme, que nada puede dejar de ser presente.

Lo que decimos historia

No es una sucesión de imágenes vacías; sino un desenvolvimiento, a medida que las cosas, escapando del tiempo, cesan de pertenecerle,

De un orden y de una composición.

El que lee, cuando lee, hay un progreso en su lectura.

Pero en el conocer que engendra al mismo tiempo no existe otro adelanto sino el que va de principio a consecuencia.

Pero ¿por qué extravío mi alma en tantas palabras vanas?

¿Qué más inmediato que la herida abierta en la carne?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Oh hijo mío, no podrías arrancar el viejo dardo, no podrías cerrar la antigua llaga.

En vano serás el Rey, ¡Oh Ivors!, y dispondrás con novedad todas las cosas, y respirará la Sociedad de los hombres
El orden nacido de tu boca.

No sabrías borrar de tu corazón cierta imagen.

Y esa imagen no es otra que aquélla impresa en el lienzo de la Verónica.

Es un rostro fino y largo, y la barba ciñe el mentón en tres guedejas.

Su expresión es tan austera que asusta: y tan santa,
Que el antiguo pecado en nosotros establecido,
Se estremece hasta su raíz original; y el dolor que expresa es tan profundo
Que atónitos nos quedamos como niños, que, sin comprender, miran llorar al padre:
¡El llora!

En vano pretenderías, Ivors, desplegar ante esos ojos la gloria y el esplendor del mundo.

Esos ojos que alzándose, de una mirada han creado el Universo,
Ahora están bajos, y severas lágrimas caen de ellos,
La frente transpira gotas de sangre.

Mas considera, oh, hijo mío, la boca de tu Dios, la boca, oh hijo mío, del Verbo,
Qué amargor saborea, qué propia palabra inefable está gustando,
Porque los labios por el rincón derecho, medio se abren en una sonrisa atroz.

¡Cómo llora con toda el alma, dejando caer la saliva como un niño!

No hay pan para nosotros, oh hijo mío, mientras nos queda este dolor por consolar.

Es el dolor del Hijo del Hombre que ha querido gustar y revestir nuestro crimen,
Es el dolor del Hijo de Dios

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De no poder exhibir todos los hombres a su Padre en el misterio de la ostensión.

(Ivors queda un instante silencioso, con la cabeza gacha; luego se vuelve hacia Guerin y Tirceo, y en fin, irguiéndose y mirando a Cobre a los ojos, dice:)

IVOR: ¡Sea!

COBRE: Hombre ¿crees? ¿Quiéres creer en la Iglesia, que es Verbo visible?

IVORS: Quiero.

COBRE: ¡Dios!

IVORS: Creo en El.

COBRE: Creo en un solo Dios viviente, creo en un solo Dios eterno,

Distinto, creador, simple en la plenitud de una triple persona;

Y en Jesucristo, su único hijo, Nuestro Señor, verdadero Dios y hombre verdadero,

Un sólo Cristo en la unión hipostática, semejante al misterio de la generación;

Que nació de la Virgen María, que padeció bajo Poncio Pilato, que murió, que resucitó al tercer día;

Y en el Espíritu Santo vivificador, y en la Santa Católica Iglesia, infalible y exclusiva;

Y en la resurrección de la carne y en la vida perdurable; y en un sólo bautismo.

IVORS: Creo todo éso.

COBRE: *(a los demás)* Y vosotros ¿qué creéis?

TIRCEO: *(A Ivors)* Oh Jefe, nosotros creemos en tus órdenes.

COBRE: ¡Oh Dios, acepta estas manos sangrantes! Acepta estos sacrificadores

Porque han hecho una labor que te agrada, abatiendo la bestia asentada en las Colinas, la ciudadela de Henoch, el monstruo del horrible y laborioso sueño,

La hidra serpeante, la Ciudad que es un vómito de humo. Y ahora en lugar del alarido informe,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

He aquí la revelación de la palabra proferida; en lugar de los sueños,

La verdad y la realidad de lo que es.

IVORS: Creo.

Y en cuanto al bautismo, saludo aquél de la luz resplandeciente y virginal,

En la cual ese globo está actualmente sumergido

¡Creo en Dios! ¡y de una mano asiendo la empuñadura de la espada,

Extiendo hacia esos campos, adosado al Sol,

La otra mano en el gesto del que jura!

Enséñame, pues, oh padre mío, cómo he de constituir una nueva sociedad entre los hombres

Según el rigor de la dicha, una ciudad en la claridad de la evidencia.

COBRE: No creas que yo traigo una fórmula y que el acuerdo y la justicia entre los hombres, residen

En la virtud de un acomodo automático;

Sino que la Verdad incomprensible

Es como el sol, en la visión del cual todas las cosas

En la embriaguez del gozo y en la exultación del testimonio,

Inventan su forma y vida.

TIRCEO: ¡Oh sabio! no le hables de la luz, porque la ama demasiado y ella sola lo puede hacer reír.

¡No sea que no piense más en nosotros, enteramente resplandeciente y llameante, como una copa de cristal repleta de agua transparente!

Dile más bien que vuelva su rostro hacia nosotros que le amamos y hacia los hombres míseros y pobres;

Pero ese corazón de joven no abriga sentimientos humanos.

IVORS: ¿Quién será tan duro, que me eche en cara amar la bella luz?

¡Mas no creáis que no soy capaz también de amaros a vosotros,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mis amigos, y a ti, oh pueblo miserable!

Y si tú quieres que no haga otra cosa sino trabajar en la dicha de mi pueblo,

Dime ¿cómo hay que hacer y por dónde hay que empezar?

Pero aunque llames bienestar a la felicidad del hombre, o de cualquier otro modo

He dicho que no era un fin en sí, sino el efecto, respecto déste fin de una disposición justa.

Concluye, oh padre mío, porque aquí se detiene mi conocimiento.

COBRE: El conjunto de los hombres es comparable a un hombre único.

Y como el cristiano dedica a su Creador, ésa porción del mundo de que vive; así el Universo todo entero fué puesto entre las manos

Del Hombre, para rendir su homenaje.

Porque esa es la razón de su natura, y ése es el juego de Dios después de la negación angélica;

Que el espíritu se desposara con la Nada y sometiera la materia misma a la confesión.

Y si me pides que describa la forma

De esa nueva ciudad sobre la tierra, en el sol de Dios,

Simplemente te diré: hoy es lo mismo que ayer, todas las cosas están ante nosotros,

Y nada jamás en ese templo que es el mundo sabría escapar a la necesidad de la amplia ceremonia.

Que abran los ojos simplemente sobre lo que hacen y que se conformen

A ese misterio del que participan.

Y si en efecto la sociedad es un cuerpo, para que viva desde ya,

Es preciso que desde ya, con todos sus órganos esté completo.

Y para eso sirven esos hombres y mujeres, menospreciados por su porción brutal.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero abiertos por el espíritu, como la concavidad del tórax profundo, coro de la Iglesia corporal,

Como la nariz dilatada por el olor del incienso.

Y otros hombres son como los pies diligentes, y las manos, y cual los ojos que buscan y examinan el cerebro, y el Universo entero es la materia de su industria.

Y como el cuerpo individual tritura el alimento entre sus mandíbulas, y lo recibe en las oficinas y en los profundos talleres del estómago, del hígado y de ambos intestinos,

Así también el organismo social absorbe, digiere, y elimina.

¿Y qué es el Rey, la cosa sagrada que es entre todos los hombres el Rey

Sino el corazón plantado en medio de las vísceras?

Como un altar sobre el cual toda la materia se consume, cada latido suyo

Exhibe la sangre toda al ardiente matrimonio del oxígeno divino,

Y envía la vida hasta la extremidad de los órganos.

¡Oh hijo mío! Cuando yo era un poeta entre los hombres

Imaginé ese verso que no tenía rima ni metro

Y en el secreto del corazón lo asimilaba a esa función doble y recíproca,

Por la cual el hombre absorbe la vida, y devuelve en el acto supremo de la espiración,

Una palabra inteligible.

Igualmente, la vida social no es sino el doble versículo de la acción de gracias o himno

Por el cual la humanidad absorbe su principio y restituye su imagen.

(Unos minutos antes, Lala ha aparecido en el recodo de una ruina. Guerin la señala con el dedo.)

IVORS: *(bajando los ojos hacia ella)* ¿Quién es?

GUERIN: Esa mujer, Lala, vuestra madre.

IVORS: Mujer sois vos?

LALA: ¿Quién? Dímelo, Ivors para que lo sepa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IVORS: La Emperatriz de la Locura, la madre déste pueblo aberrante,

La Ninfa de la selva humana; la que juró la paz en la abundancia

Ves hoy tu obra, esas muchedumbres trasegadas, esa ciudad recostada en el polvo.

Esa forma de la humanidad deshecha y desunida y esos restos dispersos que se reclaman por el campo.

¡Oh hechicera! el hombre no ha sido hecho para volver su rostro hacia el inmenso mar reverberante

Del abismo de las aguas se eleva, por la noche, el vértigo, y de día el terror y el ensueño,

Pero a él le basta la tierra bajo sus pies para que la cultive,

Y el cielo sobre su cabeza, mensurado por una exacta astronomía.

LALA: Oh Ivors, ésos locos no han comprendido mis razones,

Nadie conoce el secreto de mi gozo, ni ellos, ni los otros, ni vosotros.

Y el mismo Cobre, bien que el único hombre que tuviera de mi posesión,

(¡Y tú eres el fruto de nuestra unión, oh Rey!)

No me conoció del todo

Porque su espíritu se adhiere a las causas y él las acumula en la profunda cavidad de su espíritu, como las nubes de donde nacen el trueno y el rayo.

Pero la delicia y ese sobrecogimiento

Que hay en sentir que uno no está ya sujeto a nada, es lo que no conoce todavía.

El vuelo fijo del pensamiento que, como un nadador sostenido por la correntada,

Se mantiene en la vibración de la luz,

Esos toques repentinos, ésos ascensos imperceptibles, ése partir

Todavía lo sabes mal, ¡pontífice!

Porque Cobre no es como un pájaro sino como un león

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que se adelanta hacia el vado, o como un gran corcel uncido al carro de Júpiter

Pero yo, como un pájaro que oímos sin verlo

Cada cual gusta su propia letra poner a mi melodía.

IVORS: Mujer, tu sitio no está cerca nuestro.

LALA: Es verdad que mis cabellos están grises y que pronto a la noche y al oro sucederá el color misterioso de la nieve,

Pero mi belleza es la misma.

Y la vejez que me alcanza disipa entre mí y el que me sigue el malentendido.

¿Creéis que no está mi lugar entre vosotros?

Yo soy la promesa que no puede ser guardada y mi gracia consiste en éso mismo.

Yo soy la dulzura de lo que es, con la nostalgia de lo que no es.

Yo soy la verdad con la cara del error y el que me ama no se preocupa de separar uno de otra.

El que me escucha está curado para siempre del reposo y de creer que lo ha encontrado.

El que contempló mis ojos no buscará otra cara ¿y qué hará si me da por sonreir?

El que empezó a seguirme no puede detenerse más.

¡Pero siento la muerte próxima!

Que venga el otoño, el instante del silencio profundo

Cuando la hoja muerta en lo alto

Del árbol parece cantar si se estremece,

Y como un muerto, por la perturbación del cañonazo, asciende libertado del fondo del estanque,

Así, habiéndome recogido, ese ruído ligero bastará para que mi alma se desprenda.

¡Adiós, Cobre, esposo mío! ¡Adiós Ivors, mi hijo!

IVORS: En cuanto a nosotros, estableciéndonos en medio de la ciudad, redactaremos las leyes.

Salen — (MEDIODÍA)

PAUL CLAUDEL.

Tradujo: JORGE MEJÍA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA COMPRA DE LA REPUBLICA

Nueva York, 22 de marzo.

ESTE *mes he comprado una República. Capricho costoso y que no tendrá imitadores. Era una deseo que tenía desde hace mucho tiempo y he querido librarme de él. Me imaginaba que el ser dueño de un país daba más gusto.*

La ocasión era buena y el asunto quedó arreglado en pocos días. El Presidente tenía el agua hasta el cuello; su ministerio, compuesto por clientes suyos, era un peligro. Las cajas de la República estaban vacías; imponer nuevos impuestos hubiera sido la señal del derrumbamiento de todo el clan que se hallaba en el poder, tal vez de una revolución. Había ya un general que armaba bandas de irregulares y prometía cargos y empleos al primero que llegaba.

Un agente americano que se hallaba en el lugar me avisó. El ministro de Hacienda corrió a Nueva York: en cuatro días nos pusimos de acuerdo. Anticipé algunos millones de dólares a la República y además asigné al Presidente, a todos los ministros y a sus secretarios unos emolumentos dobles de aquellos que recibían del Estado. Me han dado en garantía —sin que el pueblo lo sepa— las aduanas y los monopolios. Además, el Presidente y los ministros han firmado un covenant *secreto, que me concede prácticamente el control sobre la vida de la República. Aunque yo parezca,*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cuando voy allí, un simple huésped de paso, soy en realidad, el dueño casi absoluto del país. En estos días he tenido que dar una nueva subvención, bastante crecida, para la renovación del material del ejército y me he asegurado, en cambio, nuevos privilegios.

El espectáculo, para mí, es bastante divertido. Las cámaras continúan legislando, en apariencia libremente; los ciudadanos continúan imaginándose que la República es autónoma e independiente y que de su voluntad depende el curso de las cosas. No saben que todo cuanto se imaginan poseer —vida, bienes, derechos civiles— depende en última instancia de un extranjero desconocido para ellos, es decir, de mí.

Mañana puedo ordenar la clausura del Parlamento, una reforma de la constitución, el aumento de las tarifas de aduanas, la expulsión de los inmigrados. Podría, si me pluguiese, revelar los acuerdos secretos de la camarilla ahora dominante y derribar así al gobierno, desde el Presidente al último scretario. Y no me sería imposible obligar al país que tengo bajo mi mano a declarar la guerra a una de las repúblicas colindantes.

Esta potencia oculta e ilimitada me ha hecho pasar algunas horas agradables. Sufrir todos los fastidios y la servidumbre de la comedia política es una fatiga bestial; pero ser el titiritero que detrás del telón puede solazarse tirando de los hilos de los fantoches obedientes a su movimiento, es una voluptuosidad única. Mi desprecio de los hombres encuentra un sabroso alimento y mil confirmaciones.

Yo no soy más que el rey incógnito de una pequeña República en desorden, pero la facilidad con que he conseguido dominarla y el evidente interés de todos los iniciados en conservar el secreto, me hace pensar que otras naciones, y tal vez más vastas e importantes que mi República, viven, sin darse cuenta, bajo una dependencia análoga de soberanos extranjeros. Siendo necesario más dinero para su adquisición, se tratará, en vez de un solo dueño, como en mi caso, de un

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trust, de un sindicato de negocios, de un grupo restringido de capitalistas o de banqueros.

Pero tengo fundadas sospechas de que otros países son gobernados por pequeños comités de reyes invisibles, conocidos solamente por sus hombres de confianza que continúan recitando con naturalidad el papel de jefes legítimos.

GOG.

(*de Giovanni Papini*)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

L I B R O S

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA CULTURA DEL RENACIMIENTO EN ITALIA, por Jacob Burckhardt. Ed. Losada, Buenos Aires, 1942.

Para designar a Aristóteles los escolásticos decían simplemente "el Filósofo"; análogamente para referirse a Burckhardt, Ludovico von Pastor dice sin más "el historiador de la cultura del Renacimiento".

Dicho está con ello que si la moderna historia de la cultura cuenta con clásicos, estamos en presencia de uno de ellos. No ha de extrañar entonces —ya que no cuentan los años para los clásicos— la aparición casi simultánea de la edición inglesa del Phaidon, de la edición española del Editorial Escelier y de la edición argentina que nos ocupa, hacia los ochenta años de la edición original de "La Cultura del Renacimiento en Italia".

En verdad "La Cultura del Renacimiento en Italia" marca una doble fecha en la historiografía. Por una parte, puede decirse sin exageración que de ella deriva toda la manera moderna de tratar la historia de la cultura, abstrayendo los elementos de ésta del cronológico fluir de los acontecimientos. En este dominio la genial innovación de Burckhardt debe apreciarse con mirada retrospectiva. La multiplicación de tal género de estudios nos dificulta imaginar hoy que hace sólo ochenta años que esta vía fué abierta, y que un enfoque histórico para nosotros habitual produjera un verdadero deslumbramiento

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en 1860. Sin embargo, así fué y antes que al detalle del contenido de la obra deberá atenderse a este su carácter señero, y todo cuanto en el curso del presente comentario se diga sobre aquel contenido deberá interpretarse distinguiéndolo de la decisiva significación del conjunto. Es más, cuanto la posterior historia de la cultura oponga a las particulares conclusiones de Burckhardt, constituye en último análisis verdadera exaltación de la gloria de Burckhardt, creador del género cuya grandeza vienen a corroborar sus oponentes póstumos.

Pero ya dijimos que la significación del libro era doble. No sólo constituye a la par primer esbozo y modelo acabado del género histórico-cultural. Los estudios sobre el Renacimiento han recibido de él sello tan decisivo, que no sólo en los días en que von Pastor escribía los primeros tomos de su obra, sino casi en los nuestros, ya se trate de monseñor Olgiati o de Huizinga, de Burdach o de Cassirer, ora se intente rectificarlo, ora confirmarlo, los que se ocupan de la cultura del Renacimiento tienen siempre en el esquema de esa época forjado por Burckhardt su obligado punto de partida. La inmensa vigencia de ese esquema que para dos generaciones fué indiscutido, y para las dos siguientes presupuesto obligado de toda crítica, señala más que todo elogio lo que la historiografía del Renacimiento debe a este libro. También aquí la crítica al detalle no ha de perder de vista la grandeza del conjunto.

Importa para situarse adecuadamente frente a la obra tomar conciencia de un desplazamiento de nuestra atención frente a los hechos de la historia de la cultura, acaecido con posterioridad a los días de Burckhardt.

Con el apogeo del pensamiento histórico como forma del pensamiento filosófico sucedido a mediados del siglo pasado, se opera gradualmente un traspaso de la preocupación causal propia del pensamiento filosófico al propio campo de la historia de la cultura, y este proceso que exceptuando a algunos geniales precedentes aislados, se hallaba en sus comienzos en 1860, ha avanzado luego en forma que se nos hace patente comparando este libro con estudios posteriores.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No es esta la posición de Burckhardt; el hecho histórico-cultural es para él infinitamente menos problemático que para nosotros, sin que por ello la problemática falte en absoluto, como necesariamente debe ocurrir en toda obra de inteligencia humana. Los datos se acumulan con un sentido que podríamos llamar plástico sin temor a que después de lo dicho, se interprete torcidamente esta palabra ambigua. La calificación de cuadro de época se justifica en el caso plenamente.

Caracterizada así en lo fundamental la posición del autor frente a su tema y en qué medida se diferencia ella de la que a nosotros nos es familiar, se evita —sin perjuicio de señalar las aplicaciones del principio— el pedirle lo que no puede darnos y se tiende a una mayor aproximación a un criterio objetivo.

Hay, sin embargo, un vacío consecuente con esta modalidad general que gravita pesadamente sobre la totalidad de la obra. Ni en una introducción ni en ninguna de las distintas partes, se plantea Burckhardt el problema de la diferenciación entre las formas culturales medioevales y las renacentistas, no obstante que tal distinción hace a la esencia de su cometido.

Ni tampoco hay limitación de tiempo ni de espacio a su noción de "Renacimiento" que con asombrosa ubicuidad se apodera así de los elementos culturales en apariencia más disímiles, o por el contrario deja de lado otros sin que el criterio rector se perciba fácilmente.

Así por ejempo, la figura del Dante surge reiteradamente como ejemplo de las más variadas características de los nuevos tiempos, con olvido casi total de lo que hace de él el ápice de las concepciones medioevales. Por el contrario, al tratar de Petrarca, no se alude a la circunstancia de que el ciudadano más renancentista de la renancentista Florencia encontrara su patria de elección en la Provenza, cuyo medioevalismo es dogma para nuestro autor. Ejemplos de este tipo podrían multiplicarse indefinidamente.

Es éste, indudablemente el punto más vulnerable de la construcción de Burckhardt y así lo ha entendido la crítica posterior, de suerte que a medida que progresaban las inves-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tigaciones sobre el material concreto, la antítesis entre el "hombre medioeval" y el "hombre renacentista" se hizo cada vez más móvil y fugitiva. Así resume Ernst Walser sus conclusiones sobre esta materia: "Inténtese estudiar con método puramente inductivo la vida y el pensamiento de personalidades representativas del "Quattrocento", como son las de Coluccio Salutati, Poggio Bracciolini, Leonardo Bruni, Lorenzo Valla, Lorenzo el Magnífico o Luigi Pulci, y con asombro se llegará siempre a la conclusión de que, para las personalidades en estudio los caracteres ya establecidos (de "individualismo", "paganismo", "sensualismo" o "escepticismo") no convienen absolutamente. Si nos esforzamos luego por entender estos caracteres en estrecha conexión con la vida del hombre elegida como sujeto de estudio, y más todavía partiendo del amplio movimiento de aquella edad, toman ellos entonces por regla general, un carácter totalmente distinto. Si se reunen luego los resultados de la investigación inductiva, se forma entonces poco a poco una nueva imagen del Renacimiento, en la que piedad e impiedad, bien y mal, nostalgia del cielo y amor del mundo, se mezclan en una medida no menor, pero en modo infinitamente más complejo (1).

Pasando ya al campo de las categorías singulares con que se elabora la imagen total de la época dos lagunas son manifiestas: las artes plásticas y la filosofía.

De la primera de estas lagunas toma conciencia el autor en su introducción (página 8), pero sin darnos razón de la omisión. No se sabe si lamentar la ausencia de un aporte tan enorme no sólo por su cantidad sino sobre todo por su jerarquía dentro de la totalidad de la vida renacentista, o si advertir en ello un deliberado o inconsciente propósito del autor de ceñir sus medios prescindiendo precisamente del más frondoso y que, por serlo, daba pie a las más diversas interpretaciones. Alarde o prudencia, el resultado es igualmente logrado: la ausencia de este elemento fundamental no impide obtener un cuadro acabado y coherente en sus contornos.

En la omisión de la filosofía señala Cassirer en su "Individuo y Cosmos en la filosofía del Renacimiento" un deli-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

berado propósito de exclusión de lo que Burckhardt se le antojaba supervivencia de una tradición ya muerta. Contra este concepto la citada obra de Cassirer demuestra acabadamente no sólo la coherencia de la filosofía con las restantes formas culturales renacentistas, sino su carácter de vivo reflejo de la totalidad de ese nuevo tipo de vida (2).

En una pequeña "introducción" hace Burckhardt una breve justificación de su método para componer la historia de la cultura que habría de ampliar más tarde en análogo sentido en su "Historia de la Cultura Griega". Es aquí donde más claramente se plantea el problema de los límites de este tipo de conocimiento histórico. "Los contornos espirituales en toda una época cultural —dice— dan acaso para cada visión individual un imagen distinta, y mucho más ha de ocurrir esto y han de mezclarse el juicio y el sentimiento subjetivos, tantos en el lector como en el historiador, tratándose de una civilización que, como madre inmediata de la nuestra, hace aún sentir su influjo" (pág. 7). De esta prudente reserva inicial veremos luego distintas aplicaciones en el curso de la exposición.

La primera parte de la obra lleva un título admirable, "El estado como obra de arte". Es más difícil en cambio coincidir con el criterio que ha determinado la inclusión o apartamiento de él de las distintas formas estatales. Descartando el supuesto de que quiera caracterizarse a la autoafirmación del estado por encima de toda norma religiosa o moral —cosa que el mismo Burckhardt niega (pág. 8)— nos resta la literal significación del título: el estado como creación calculada y consciente, como obra de arte. Y este consciente predominio de lo político no puede pretenderse que se manifieste en Milán o en los Estados de la Iglesia en modo diferente al que adoptaba en la España de Cisneros o en la Francia de Luis XI.

En cuanto a los mismos estados italianos se adopta como

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

punto de partida de su desarrollo francamente renacentista, los comienzos del siglo XIV con arbitrario silencio de su desenvolvimiento anterior. Este silencio es especialmente lamentable cuando se trata de las repúblicas de Venecia y Florencia.

En general el movimiento urbano italiano aparece contrapuesto a una Europa feudal, y no se le señala explicación ni analogía con los movimientos similares de la Hansa, la Alemania del Sur o, sobretodo, de Flandes.

Esta deficiente sistemática se compensa en cambio holgadamente con la admirable capacidad de síntesis que permite a Burckhardt suministrar en cien páginas un completísimo cuadro de la situación política de Italia en el siglo XIV y especialmente en el siglo XV. El carácter de los gobernantes, la influencia de los "condottieri", del Imperio, la intervención extranjera, la fundación de nuevas dinastías, las sucesiones bastardas, son analizadas sumaria pero lúcidamente. El estudio de las grandes dinastías de Nápoles, Milán, Urbino y Ferrara permite destacar la brillante influencia de sus cortes en el desarrollo general de la cultura.

El análisis de las formas adoptadas por la conciencia política en Florencia es excelente y sin duda alguna lo más logrado de la primera parte; en él se incluye el brevísimo y acertado juicio sobre Maquiavelo que conserva su actualidad a despecho del transcurso de años tan fecundos en especulaciones sobre derecho político.

Frente a este fervoroso elogio de la modalidad florentina, se hace sentir una inconsciente frialdad ante la admirable creación política veneciana, tan eficaz en el servicio de la potencia del estado. Advertimos en esta diferenciación de valores el obligado tributo a las concepciones políticas propias del siglo XIX.

En el estudio sobre el Papado que cierra la primera parte no pueden esperarse las máximas garantías de imparcialidad. La época da de suyo base para las mayores críticas y aún así se ha acudido a las fuentes que recargan las tintas sombrías (así Infessura sobre Sixto IV en pág. 93). Por lo demás un to-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tal desconocimiento —y hemos de volver sobre ésto— del significado de la Iglesia dentro de la Catolicidad, no es el mejor camino para comprender, aún bajo el simple aspecto de la historia política, el papel desempeñado en determinada época por el Papado y los Estados Pontificios.

La escasa preocupación causal en la visión histórico-cultural de Burckhardt es sobremanera notable en el arduo tema a que dedica su segunda parte: "Desarrollo del individuo".

La primera frase encierra ya una afirmación rotunda de dificilísima demostración que por lo demás no se intenta: "En la contextura de estos Estados, tanto repúblicas como tiranías, reside no sólo la única, sino la más poderosa razón de ese temprano desarrollo que hace del italiano hombre moderno" (pág. 111). La objeción más aparente surge de inmediato: ¿es tan esencial la diferencia entre las condiciones de los estados urbanos de Italia y los de Flandes, por ejemplo? Y dentro de la misma Italia, ¿no es en Venecia —el estado peninsular más dotado para la política objetiva— donde, al decir de nuestro autor (pág. 66) el Renacimiento se presenta más tarde? Burckhardt no ha creído necesario agregar nada al respecto.

Pero esta simplificación de las causas es superada por la de la misma visión del fenómeno: "Durante los tiempos medioevales, ambas caras de la conciencia —la que se enfrenta con el mundo y la que se enfrenta a la intimidad del hombre mismo— permanecían soñando o semidespiertas, como cubiertas de un velo común. Este velo estaba tejido de fe, de cortedad infantil e ilusión; el mundo y la historia aparecían a través de él maravillosamente coloreados y el hombre se reconocía a sí mismo sólo como raza, pueblo, partido, corporación u otra forma cualquiera de lo general. Es en Italia donde por primera vez se desvanece en el aire este velo. Despierta una consideración objetiva del Estado y con ella un manejo objetivo de las cosas del Estado y de todas las cosas del mundo en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

general. Y al lado de esto, se yergue, con pleno poder, lo subjetivo: el hombre se convierte en individuo espiritual y como tal se reconoce. Así se irguieron un día, el griego frente al bárbaro, el árabe individualista frente a los demás asiáticos como hombres de raza" (pág. 111-112).

Pretender que la estimación del hombre como criatura espiritual, diferenciada de los conjuntos genéricos de la raza o el pueblo sea conquista del Renacimiento, es desconocer la esencia misma de la civilización medioeval. En muchas partes se percibe en la obra de Burckhardt su incomprensión por esas formas de cultura pero en parte alguna como aquí. No se repara en la contradicción que media entre la pretendida absorción del individuo por la raza, y la concepción cristiana que la Edad Media hizo suya, sobre el valor infinito del alma individual. Se pretende así erigir a uno de los individualismos posibles, el que cifró su ideal en la autonomía espiritual del individuo, el de la inmanencia y del cultivo de la subjetividad, en el único capaz de reconocer la personalidad espiritual humana, contra la evidencia histórica de haber existido por lo menos dos formas distintas de individualismo (llamémoslo así) capaces de alcanzar análogo resultado: la forma griega basada no en el descubrimiento del yo subjetivo, sino en la conciencia paulatina de las leyes generales que determinan la esencia humana ([3]) y la cristiana con su proyección sobrenatural de la personalidad. No porque el error fuera común a toda una época es menos burdo.

Pero independientemente del desdichado planteo inicial se advierte en toda esta parte una superficial consideración del tema del individualismo renacentista, que implica a su vez el problema de las relaciones de ese movimiento con la Reforma, y en definitiva, lleva en su entraña todo el ulterior desarrollo espiritual de la historia de los tiempos modernos. Fuera del párrafo transcripto, a nada de esto se alude en las cinco páginas que componen el capítulo inicial de la segunda parte.

Se trata sí del desarrollo de la individualidad propio de las tiranías —fenómeno indudable— y del desarrollo de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vida privada en las burguesías urbanas, donde también la comparación con el Norte se echa de menos.

Al tratar de la "madurez de la personalidad" se entra en un campo distinto, a saber, la aptitud específica del Renacimiento italiano para producir, como fruto del esfuerzo consciente por el cultivo y perfeccionamiento de la personalidad, aquel tipo humano —"l'uomo universale"— cuya poliforme riqueza aún nos deslumbra.

No olvida aquí Burckhardt los precedentes anteriores, y confirma su enunciado primero con Dante, cuya inclusión como renacentista tipo nos parece —ya lo dijimos— una petición de principio. Pero el fenómeno se localiza como en su esfera propia en el siglo XV y se ejemplifica en Leone Battista Alberti, del que se ofrece una admirable semblanza, resumiendo la incompleta biografía de Vassari.

La manifestación gradual del "sentido moderno de la gloria" es un aspecto secundario pero altamente representativo de la época, y el señalarlo constituye un acierto de Burckhardt.

En la tercera parte se considera. "La resurrección del mundo antiguo". Como en las otras ocasiones señaladas, acumula el autor en una brevísima introducción el conjunto de los problemas histórico-culturales que se vinculan con su asunto, sobre los que se despacha sumariamente. El que en éste caso no anotemos mayor discrepancia con sus conclusiones, no obsta a que se deje sentir la necesidad de un mayor realce y autonomía en los distintos miembros de la exposición preliminar.

"Llegados a este punto —comienza— hemos de considerar el mundo antiguo, cuyo "renacimiento" ha dado nombre, con parcialidad evidente a toda esta época" (pág. 143). La evidencia de esa parcialidad ya es manifiesta para quien haya

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

seguido hasta esta altura la exposición del autor y más aún habrá de confirmarse en lo restante de la obra.

"Las circunstancias a que nos hemos referido hasta ahora —continúa— y los acontecimientos que hemos descrito habrían conmovido a la nación y la habrían hecho alcanzar madurez, aunque en nada se hubiera advertido la influencia de la antigüedad; aún las orientaciones del espíritu a que más adelante nos referiremos pueden concebirse perfectamente sin su influjo, en su mayoría por lo menos. Pero tanto lo que antecede como lo que a continuación veremos aparece, por modo múltiple coloreado y matizado por los reflejos del mundo antiguo, y, aunque lo esencial de las cosas fuera posible y comprensible sin tal influencia, siempre tendríamos que su manera de manifestarse en la vida sólo con ella y a través de ella alcanzó un desdoblamiento efectivo. El Renacimiento no hubiera sido el alto acontecimiento histórico-cultural que fué, si pudiéramos disociar sus elementos tan fácilmente. Pero hemos de insistir —como uno de los temas cardinales del presente libro— en el hecho de que no sólo él, sino su íntima alianza con el espíritu del pueblo italiano existente ya, fué lo que subyugó al mundo de Occidente. La libertad que este espíritu conservó fué variable según las circunstancias. Si la consideramos por ejemplo en la literatura escrita en latín, ha de parecernos bien escasa; pero en las artes plásticas, por ejemplo, y en otras esferas, fué sorprendentemente grande y es indudable que la alianza entre estas dos épocas culturales del mismo pueblo, muy separadas entre sí, al verificarse con tan alta independencia —y por ello mismo— se reveló como algo justificado y fecundo" (pág. 143 y 144). El Renacimiento en el sentido más estricto de nueva resurrección de lo antiguo, resultó fecundo por su íntima alianza con el espíritu italiano formado por la cultura medioeval, y en la necesidad de adjudicar calificaciones, llamaríamos a este espíritu lo esencial y al fermento antiguo lo accesorio. Esta solución de Burckhardt parece la acertada y más aún a la luz del cúmulo de nuevas investigaciones sobre la última Edad Media.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y continúa Burckhardt: "El resto de Occidente tuvo que ver como se defendía del impulso que llegaba de Italia y como lo asimilaba íntegramente o a medias. Donde la asimilación fué completa, más vale ahorrarse los lamentos sobre la temprana muerte de nuestras formas culturales medioevales y el mundo ideal en que germinaron. Si hubieran sabido defenderse y hubieran podido, vivirían aún... Que en procesos de tal magnitud ha de perecer necesariamente algún noble y valioso brote singular, si no está imperecederamente vinculado a la tradición y a la poesía, eso es seguro. Pero no por ello va a desearse que no se hubiera producido el gran proceso total" (pág. 144). Nuevo acierto. Vayamos todavía más lejos. El problema de la interferencia violenta entre Edad Media y Renacimiento es un falso problema. Tanto lo que ambas épocas tienen de común como lo que tienen de opuesto, deriva sus raíces de la Edad Media y culmina en el Renacimiento. En la historia de la cultura no se dan las muertes violentas. Las formas culturales mueren siempre de muerte natural.

Sigue el autor: 'Este proceso total consiste en que junto a la Iglesia que hasta entonces —y no por mucho tiempo ya— había mantenido la cohesión del Occidente, surge un nuevo ambiente espiritual, que, irradiando de Italia, llega a convertirse en atmósfera vital para todo europeo culto" (pág. 144).

A la par del incremento del moderno sentido de la personalidad, es ésta la más profunda caracterización que pueda hacerse del Renacimiento y debemos lamentar que Burckhardt fuera tan parco en el desarrollo de esta transformación gigantesca que tan agudamente señala. En qué medida este nuevo común clima cultural haya reemplazado a la perdida unidad religiosa, aún bajo el sólo aspecto de mantener viva la conciencia de la unidad europea, es asunto muy diferente. Pero ello no obsta a que, aun cuando el reemplazante llenara imperfectamente sus funciones, el vínculo espiritual de Europa se desplazó como consecuencia del Renacimiento, de su primitivo centro religioso hacia una común concepción de la cultura de la que los valores religiosos quedaban de más en más excluídos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La posición de la cultura italiana frente a la antigüedad romana sobretodo, se caracteriza luego en forma genérica, sobre la base de la conciencia de continuidad histórica que nunca ha abandonado al pueblo italiano en los momentos centrales de su historia.

En nutrida procesión desfilan los elementos de esa resurrección histórica. En primer lugar las ruinas de Roma que despertaron un "pathos" imposible de traducir hoy, y que asignaban a los romanos una envidiable primacía sobre el resto de Italia.

A continuación los autores antiguos que provocaban el enorme movimiento bibliográfico, la búsqueda y copia de manuscritos, la organización de bibliotecas, etc., a cuyos resultados somos deudores de la gran mayoría del patrimonio cultural de la antigüedad que ha llegado a nuestros días. Los artífices de ese movimiento, los humanistas, son estudiados detenidamente en sus orígenes, encumbramiento, participación en la educación y su decadencia. En el capítulo sobre el mecenazgo se destaca con acabado acierto uno de los más luminosos aspectos de la cultura de la época.

Por último se analizan en detalle los frutos de esa latinización general de la cultura: la epistolografía, la oratoria, el tratado, la historiografía, la estilística y la poesía latinas. Para ello pone a contribución Burckhardt a la par de una aplastante erudición, un cierto fervor apologético que, si bien no siempre convence, da altísima noción de su extraordinaria facultad para ubicarse como en su centro, dentro de las manifestaciones culturales de la época menos afines con las nuestras.

La cuarta parte de la obra está dedicada al estudio de las diversas etapas del "descubrimiento del mundo y del hombre". Toda esta parte está regida por el presupuesto, en diversas partes expreso (p. ej. pág. 235 "in fine") de que el Renacimiento haya descubierto y conquistado el concepto de auto-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nomía de la naturaleza, según ha regido luego en todo el pensamiento moderno, partiendo del punto de vista empírico-sensible. En su obra ya citada Cassirer pone de manifiesto que esa nueva ordenación entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la "conciencia" o el "espíritu" se debe no al empirismo y sensualismo de la filosofía de la naturaleza sino al intelectualismo matemático estrechamente vinculado a la teoría del arte (4). El hecho descargado del potencial idealista que lo asigna Cassirer, subsiste en toda su plenitud. De modo que la fecundidad renacentista no estriba, como lo creía Burckhardt, en haber conjurado el viejo intelectualismo escolástico con el empirismo, sino en la substitución del antiguo intelectualismo por el nuevo intelectualismo de la física matemática. Esta rectificación debe tenerse presente en la lectura de todos estos capítulos: en tanto se integra el cúmulo de multiplicadas experiencias en una concepción de la naturaleza coherente y fecunda, en cuanto son informadas por el nuevo intelectualismo; el resto es lastre del que la Edad Moderna se irá desprendiendo gradualmente.

En el primer capítulo considera Burckhardt sumarísimamente a los italianos como descubridores y como viajeros. Confiesa con noble probidad intelectual su escaso conocimiento del desarrollo de las ciencias naturales en Italia, con lo que nos vemos privados de contemplar el proceso de ordenamiento intelectual a que arriba hicimos referencia, y que, de Leonardo a Galileo, lleva a la formulación de los principios de la física matemática.

En cambio desagrada ver a autor de tanta significación, en consideraciones sobre las relaciones de la Iglesia con el movimiento científico, que más que por la peor historiografía, parecen inspiradas por la peor literatura de 1860, sin el menor conato de información directa ni de comprensión profunda del problema. Es manifiesta aquí la aversión contra el Catolicismo en general y la Contrareforma en particular que se hace sentir desfavorablemente en diversas partes de la obra.

Se estudia luego notablemente siguiendo las huellas de Alejandro Humboldt, el gradual descubrimiento de la belleza

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

del paisaje, tema tan específicamente moderno y que sin embargo, por haberse connaturalizado en tal medida con nosotros, se nos antoja eterno.

El capítulo siguiente, por cierto el más importante de esta parte, no parece ni con mucho igualmente logrado. Al considerar un tema tan escurridizo como "la descripción espiritual en la poesía", Burckhardt toma conciencia de "hollar la peligrosa zona de la conjetura, donde teme que las delicadas metamorfosis de matiz, aunque evidentes, que ante sus ojos desfilan, sean difícilmente reconocidas por los demás como hechos efectivos" (pág. 250). A pesar de ello no abandona su habitual método de exposición sumariamente enunciativo y parco en argumentación; no puede evitarse así a cada paso el inconsciente brotar de objeciones. La delimitación entre la poesía medioeval cortesana caballeresca y la renacentista —siempre bajo el punto de vista de la descripción espiritual— aparece sobremanera arbitraria. Así se aísla a los toscanos de los boloñeses; a Dante de Guinizelli, de Cavalcanti, de Cino, etc.; a todos ellos y a Petrarca de los provenzales. Siempre reaparece la insuficiencia del criterio distintivo entre Edad Media y Renacimiento.

Veamos todavía un ejemplo significativo de esta modalidad. Después de afirmar rotundamente de la "Commedia" que "el poema constituye la iniciación de toda la poesía moderna por la riqueza y la fuerza plástica insigne de la descripción de lo espiritual en todas sus gradaciones y metamorfosis" (pág. 255) —lo que con las debidas limitaciones no deja de ser exacto— remite en la nota como corroborando esa afirmación y en cuanto se refiere a la psicología teórica del Dante, al principio del Canto IV del Purgatorio. Y bien, en los primeros doce versos de ese canto expresa el poeta, de conformidad con la más ortodoxa escolástica, su opinión en favor de la unidad de formas substanciales en el hombre, contra la teoría de la pluralidad de formas de los platónicos, solución típicamente medioeval de problema típicamente medioeval si los hay.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A continuación enuncia Burckhardt su deplorable teoría sobre las razones de la ausencia de una tragedia nacional italiana, lamentablemente huérfana de argumentación y cargada por el contrario de encono hacia la Contrareforma. En cambio la exposición de la epopeya italiana y en especial de Ariosto es fresca y llena de comprensión de ese singularísimo fruto cultural. El capítulo sobre la biografía viene a cerrar dignamente el estudio de la descripción espiritual en la literatura.

Termina esta parte con un interesantísimo estudio sobre la descripción externa del ser humano y los cánones de belleza renacentistas y otro sobre la literatura de género.

Como broche final se transcribe un fragmento del hermosísimo discurso de Pico de la Mirándola "De hominis dignitate", dechado de concepciones humanistas —"uno de los más nobles legados de ésta época de la cultura" dice justicieramente Burckhardt— que separado de toda exposición de la filosofía renacentista pierde mucho de su significación, pero no por ello deja de llenar cumplidamente su papel de digno remate del tema tratado.

Para la consideración del asunto de la quinta parte del libro: "la vida social y las fiestas", el carácter plástico de la exposición de Burckhardt logra su máxima adecuación y su deficiencia que en algunas oportunidades anotamos, se torna excelencia. No hay duda que esta parte considerada en su conjunto es, aún a pesar de lo relativamente secundario de su tema, la más perfecta de la obra.

Se echa de menos, es cierto, una consideración sistemática del ascenso social de la burguesía como clase, algo así como las notables páginas que dedicara al punto Sombart, pero esa exigencia entrañaría una injusticia evidente. En los días de Burckhardt faltaba perspectiva histórica para la consideración objetiva del mundo burgués, los valores burgueses eran simplemente los valores, y es una prueba palmaria de la manera

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en que ese mundo burgués se va alejando lentamente de nosotros, el que Sombart pudiera estudiarlo con la plena objetividad de quien diseca en un laboratorio.

En ninguna parte es ello tan manifiesto com en el capítulo VII, "la vida doméstica", compuesto sobre la base del "Tratato del Governo della famiglia" atribuído indistintamente a Agnolo Pandolfini o a Leone Battista Alberti, el que también empleara Sombart como base de sus estudios. Se percibe allí el complacido asentimiento del autor al rígido aherrojamiento de toda la vida familiar por la nueva economía doméstica racionalizada tal como la proyecta el tratado del Pandolfini.

No obstante esta reserva se destaca acertadamente en el capítulo inicial la formación del nuevo ideal humano de base esencialmente cultural, una "areté" cultural diríamos, sin que la calificación moral, ni el linaje, ni la fortuna queden totalmente excluídos; en verdad trascendentalísimo aporte del Renacimiento a la cultura moderna.

Huizinga ha negado con acopio de datos procedentes del mundo flamenco-borgoñón, que la pasión por revestir de belleza la vida misma, el arte de vivir refinadamente, el despliegue multicolor de un ideal de vida, sean caracteres privativos del "Quattrocento" italiano, como lo pretende Burckhardt en toda esta parte de su obra ([5]), pero aún suprimiendo esta nota de exclusivismo no cabe duda que tales características se dieron en el Renacimiento italiano de un modo eminente.

El refinamiento exterior se caracteriza en breves rasgos en cuanto al vestido, al tocado, a los perfumes, al aseo, al "confort", pequeños detalles que son precioso reflejo del gran conjunto.

De más envergadura es el estudio sobre la depuración del toscano y su ascenso a la categoría de patrimonio nacional, y también de elemento básico de convivencia culta en un refinado arte de la conversación.

Estas formas superiores de sociabilidad y la gravitación

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de la mujer sobre ellas, nos llevan gradualmente a la decantación de todo ese rico material en el incomparable "Cortigiano" de Castiglione que Burckhardt compendia magistralmente.

El capítulo sobre la situación de la mujer constituye un verdadero alarde de la aptitud del autor que ya se ha destacado, para captar formas sociales alejadísimas de las nuestras. Termina esta parte con una detallada y erudita descripción de las fiestas renacentistas.

La última y más extensa parte de la obra nos lleva a la consideración de la "ética y religión" del Renacimiento. Ciertamente no puede haber tema más capital para la caracterización de una época, y sin embargo el interés de la exposición decae notablemente. Para tal exposición carecía Burckhardt de condiciones fundamentales por su acentuado "pathos" anticatólico, pero más aún, por una radical ignorancia del dogma y de la realidad del Catolicismo, en verdad desconcertante en un hombre de su jerarquía intelectual. Así por ejemplo, su incapacidad para concebir la Iglesia como algo más que una jerarquía externa (pág. 375 y sigs.), su concepción de la doctrina de los sacramentos (pág. 382), su exposición del culto de las reliquias y de la Virgen (págs. 396 y 398), sus pretendidos ejemplos de teísmo (pág. 454). A pesar de estas deficiencias la riqueza e importancia de los materiales acumulados redime en gran medida la labor del autor.

Nos encontramos también aquí con un introito sistemático: "La actitud de los distintos pueblos respecto de las cosas supremas —Dios, la virtud, la inmortalidad— puede sondearse e investigarse hasta cierto punto, pero nunca reducirla a una comparación de certeza estricta. Cuanto más claros parecen ser los testimonios en este orden de cosas, tanto más debemos guardarnos de una suposición absoluta,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de una generalización. Valga esta admonición previa, ante todo, por lo que se refiere al juicio sobre la moralidad. Se señalarán multitud de contrastes singulares y matices entre los pueblos, mas para obtener la suma total absoluta es demasiado débil la perspicacia humana. El gran balance de carácter, culpa y conciencia nacionales es enigmático, por el hecho mismo de que los defectos tienen una segunda vertiente que puede revelarse lugo como cualidad nacional y aun como virtud. Dejemos con su tema a esos autores que aplican a los pueblos el patrón de su censura general, y en muy exaltado tono a veces. Los pueblos occidentales podrán maltratarse mutuamente, pero no sentenciarse, por ventura. Una gran nación vinculada a la vida de todo el mundo moderno por su cultura, sus hechos y su experiencia histórica, ni se da cuenta siquiera de que se la acusa o se la disculpa: con la aprobación de los teóricos o sin ella, sigue viviendo, simplemente. Así, pues, lo que sigue a continuación no es un juicio, sino una serie de observaciones marginales, tales como al cabo de años de estudios sobre el Renacimiento italiano se nos han dado por sí mismas. Su validez es tanto más limitada cuanto que se refieren, en la mayoría de los casos, a la vida de las clases superiores, sobre la cual, lo mismo en lo bueno que en lo malo, la información que poseemos es desproporcionadamente más abundante que en otros pueblos europeos. El hecho de que gloria e ignominia tengan aquí más robusta voz que en parte alguna no supone ni el avance de un paso siquiera en el balance de la moralidad general" (pág. 349 y 350).

Es manifiesto el tono apologético frente a las censuras del puritanismo nórdico, pero, en la medida en que se niega la aplicabilidad de las normas de moral individual a la nación como tal, el fundamento de la defensa es firmísimo.

Más discutible parece el juicio del autor sobre el honor como más sólido sostén de la moral. El concepto del honor en el Renacimiento se adecúa singularmente a aquella creciente afirmación de la individualidad por tantos conceptos ma-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nifiesta, pero no obstante esa adecuación y, por otra parte, el descenso innegable de la conciencia religiosa, es temerario suponer que la relación recíproca de ambos predominantes factores morales, cuyo trastueque para la generalidad de Europa sólo es patente en el siglo XVIII, estuviera decidida ya en beneficio del honor en la Italia del "Quattrocento", en los confines del teocentrismo medioeval y en vísperas de la Contrareforma. Los ejemplos aislados y siempre dentro de una clase social determinada —como nos lo recuerda el mismo Burckhardt en la introducción— no son decisivos signos de la vigencia de un nuevo normativismo moral, como, pongamos por caso, el ejemplo de Shakespeare y aún el de la generalidad de la corte isabelina, no son documento decisivo de la total decadencia de la moral religiosa en la Inglaterra del siglo XVI.

Las singularidades del estado moral de la época, las destaca Burckhardt separadamente con recios trazos: el auge del juego, la "vendetta", la moral matrimonial, la sanción del adulterio, la sincronización de la aventura galante con el resucitado amor platónico, y luego, la criminalidad, el bandolerismo, el asesinato político, para rematar en algunas figuras de absoluta perversidad a las que da cifra en la siniestra figura del Sigismondo Malatesta.

El diagnóstico del autor es realmente luminoso: "el defecto cardinal de este carácter italiano de la época se nos presenta al mismo tiempo como la condición de su grandeza: el individualismo desarrollado... Pero este desarrollo individual no es hijo de su culpa, sino que le fué impuesto por un decreto de carácter histórico-universal... Fué el italiano del Renacimiento quien tuvo que resistir el primer oceánico embate de esta nueva edad del mundo" (pág. 372 y 373). Nada más acabado puede decirse sobre la grandeza del destino histórico de la Italia renacentista y con gusto hubiéramos visto el traspaso de estos párrafos, como dignísima culminación al fin de la obra. Lo extractado da la medida de Burckhardt historiador de la cultura.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Reconstruyamos ahora el texto íntegro: "Ahora bien: si el egoísmo, tanto en el sentido más amplio como en el más estrecho, es raíz y tronco de todo mal, se entiende que ya sólo por eso el altamente desarrollado italiano estaba entonces más cerca del mal que los demás pueblos. Pero este desarrollo individual no es hijo de su culpa, sino que le fué impuesto por un decreto de carácter histórico-universal. Y no sólo a él sino, a través de la cultura italiana también a los demás pueblos de Occidente, y, desde entonces, constituye el medio superior en que viven. No es en sí ni bueno ni malo sino necesario. Dentro de él se desarrollan un mal y un bien de peculiar y moderno carácter, una fructificación moral esencialmente distinta de la propia de la Edad Media. Fué el italiano del Renacimiento quien tuvo que resistir el primer oceánico embate de esta nueva edad del mundo. Tanto por lo que se refiere a lo más elevado y claro como a lo más bajo y lóbrego de ella, ha llegado a ser, con sus dotes y sus pasiones, el representante más destacado y característico. Junto a la más radical depravación, viene a desarrollarse aquí la más noble armonía de lo personal y un arte glorioso que exalta la vida individual en forma que ni la Edad Media ni la Antigüedad quisieron o pudieron hacerlo". Aquí junto a la comprobación del hecho va implícito el juicio de valor, junto al historiador de la cultura habla el filósofo moderno y más que el filósofo, el hombre moderno en la arrobada contemplación de su propia imagen.

De la moral pasemos a la religión. Las primeras consideraciones sobre el estado religioso general y la ausencia de una Reforma se hallan regidas por los presupuestos protestantes del autor que más arriba señalamos. Lo mismo puede decirse de su exposición sobre las órdenes mendicantes, sobre la Inquisición y la tradición. En cambio de aquella tan característica inflamada adhesión de los italianos a los grandes predicadores —Bernardino da Siena, Alberto da Sarzana, Giovanni Capistrano, Jacopo della Marca, Roberto da Lecce y, sobretodo, Girolamo Savonarola— se da una

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

descripción colorida y rica de hechos, de los que Burckhardt se abstiene de sacar consecuencias.

En los comienzos del capítulo dedicado a la "religión y el espíritu del Renacimiento" se esboza un gran tema, el de los albores del subjetivismo religioso, pero ese esbozo no llega a un verdadero desenvolvimiento. Por una parte se le atribuye una generalidad que no se confirma con hechos sino con hipótesis arriesgadas, por otra no se analiza el fenómeno en su profundidad, en su alejamiento del tradicional concepto de Iglesia o en sus afinidades con la Reforma inminente.

Altamente representativos de los tiempos son por el contrario la irreligiosidad creciente, influída por la antigüedad y por los humanistas, el epicureísmo, los albores de la crítica bíblica y las exteriorizaciones paganas que sumariamente se recuerdan.

Al considerar el auge alcanzado por la superstición astrológica, en tan gran medida característico de la época, Burckhardt incurre en el error de considerarlo como algo extrínseco, lastre de la influencia de la antigüedad pagana, y totalmente extraño a las virtualidades propias del movimiento renacentista (pág. 417 y 426). Transcribimos para hacer patente este error el agudo análisis que a la cuestión dedica Cassirer: "En el libro... Ficino desenvolvió un sistema de las formas de vida, según las determinaciones y las fuerzas de los astros, perfecto hasta en sus últimos detalles. Un ejemplo como éste puede hacernos ver con particular claridad, que eran dos las fuerzas esenciales contra las que debían luchar el nuevo sentido de la vida y el concepto e ideal de humanidad del Renacimiento. A cada tentativa de liberación del yo, se contrapone una necesidad de doble especie y carácter: si por una parte está el "regnun gratiae", por la otra está el "regnun naturae", que pretende que aquel lo reconozca y se le someta. Y cuanto más enérgicamente era rechazada la pretensión primera, tanto más la segunda se tornaba poderosa y se consideraba la única válida. A la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

coerción trascendente se contrapone ahora la inmanente, a la religiosa y teológica, la naturalista. Y esta era difícil de superar y de vencer: porque en último análisis, también el "concepto de la naturaleza" del Renacimiento era alimentado por las mismas fuerzas espirituales sobre las cuales había crecido su concepto del espíritu y del hombre. Se pedía ahora nada menos que esto: que tales fuerzas se volviesen, en cierto modo, contra sí mismas, y que espontáneamente se fijaran los propios límites. Si la lucha contra la escolástica y contra la dogmática medioevales se dirigía hacia el exterior, ahora, en cambio, la lucha debía dirigirse hacia el interior; se comprende, entonces, como ella debió tornarse áspera y obstinada. De hecho, toda la filosofía de la naturaleza del Renacimiento, tal como nació en el siglo XV, y continuó durante el siglo XVI, aún hasta los comienzos del siglo XVII, estaba inextricablemente ligada a la concepción mágico-astrológica de la causalidad. Concebir la naturaleza "según sus propios principios" ("juxta propia principia"), parece equivaler solamente a explicarla según las fuerzas innatas que en ella existen. Pero, ¿dónde aparecían estas fuerzas más claramente, dónde se mostraban como más claramente perceptibles y en forma más general, sino en el movimiento de los cuerpos celestes? Si en alguna parte es posible descubrir la ley inmanente del cosmos, la regla universal también del acontecer particular, el lugar debe ser ciertamente éste. Astrología y magia, en la época del Renacimiento, están tan poco en desacuerdo con el concepto "moderno" de naturaleza que por el contrario vienen a constituir ambas su más favorable vehículo. La astrología y la nueva "ciencia" empírica de la naturaleza están ligadas, sea efectivamente, sea en la persona de sus cultores" (6). En verdad el Renacimiento con su riquísima complejidad sustentaba las tres corrientes opuestas: la tradicional, que originaría la Contrareforma; la idealista, con la que en cierta medida es posible relacionar al idealismo moderno, y la empírica, a la que acudirían sensualismo y positivismo. Pero estas dos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

últimas tendencias, aunque en su persona las conciliara Burckhardt tenían virtualidades de conflicto, que no habían de esperar al curso del tiempo para manifestarse, sino que, como magistralmente lo expresa Cassirer, chocaron ya en pleno Renacimiento.

Las restantes supersticiones y en especial las que se vinculan a la magia y a la brujería, si bien complementan la visión, de ningún modo alcanzaron a gravitar sobre la mentalidad italiana en medida comparable a la astrología. El capítulo final sobre la crisis general de la fe desarrolla algunos aspectos ya considerados en el capítulo tercero y no se advierte claramente porque no se ha refundido con él.

La obra termina sin una breve recapitulación final del tipo de la que tan hermosamente cierra el primer capítulo de esta última parte y que ya glosamos. De todos modos su sentido general es bien manifiesto: la descripción de los albores de la humanidad moderna, el destino señero que en tal proceso le cupo a Italia, y la exaltación de ese destino y de su resultado.

Imposible terminar esta nota sin destacar el alto esfuerzo que la publicación de este libro significa entre nosotros. Ya el simple hecho de acercarnos a estudios de la misma o parecida importancia pertenecientes a lenguas alejadas de la nuestra y que no obstante su extraordinaria importancia, cuentan naturalmente con restringido número de lectores, dice mucho en favor de la iniciativa. Pero mucho más debemos celebrarla cuando, como en este caso, con exacta comprensión de la empresa no se ha escatimado esfuerzo para que la publicación esté a la altura de la obra: la traducción de Ramón de la Serna y Espina, buena sin altibajos, habiendo cuidado del aspecto literario los profesores José A. Oría y Pedro Henríquez Ureña; la presentación gráfica muy esmerada desde la portada compuesta sobre el famoso retrato de Beatrice d'Este, luego las correctísimas láminas en negro, y por último la muy hermosa composición tipográfica; cuidaron de este aspecto Teodoro Becú y Attilio Rossi. Es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de esperar que este notable esfuerzo del Editorial Losada señale el comienzo de un tipo de actividad editorial que nuestro medio reclama con urgencia. — *ALBERTO ESPEZEL.*

(1) Ernst Walser, "Studien zur Weltanschauung der Renaissance", p. 5. Citado por Ernst Cassirer en "Individuo e Cosmo nella filosofia del Rinascimento", p. 15, traducción italiana.

(2) Op. cit. p. 8-17.

(3) Ver Werner Jaeger, "Paideia", p. 7-11, traducción castellana.

(4) Op. cit., p. 230-241.

(5) En "El Otoño de la Edad Media". T. I, p. 57 y sigs., traducción castellana.

(6) Op. cit., p. 162-163.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sennores e amigos quantos aquí seedes:
Merced pido a todos por la ley que tenedes
De sendos "pater nostres" que me vos ayudedes;
A mí faredes algo, vos nada non perdredes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TERMINOSE DE
IMPRIMIR EN BUENOS AIRES,
EL 28 DE MAYO DE 1943
POR FRANCISCO A. COLOMBO,
HORTIGUERA 552.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar